

Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo



CARLOS M. RAMA

Editorial
PALESTRA

Esta es la primera Historia del Movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo escrita como producto de una investigación científica, considerando las técnicas más modernas de la historiografía social reciente, y con el propósito de proveer de una introducción a un tema apasionante, novísimo, y sobre el que existen escasos antecedentes bibliográficos.

Temas como la intervención de las masas populares en la Revolución Independentista, la introducción de los ideales socialistas en América Latina, la marcha del sindicalismo en las distintas regiones y las grandes revoluciones sociales de México en 1910, a Cuba en nuestros días, son abordadas por el autor en forma sintética, aunque sugerente.

Cuando editamos su obra anterior, **Revolución social y fascismo en el Siglo XX**, decíamos:

"No es frecuente que coincidan la tenacidad investigadora —y por tanto la objetividad científica— de un autor, con su inalterable posición de defensa por la causa de los pueblos. Esta es hoy virtud difícil y de unos pocos. Carlos M. Rama así lo ha hecho antes, a lo largo de su vasta actuación. En lo nacional allí están, entre tantos, sus libros **Ensayo de sociología uruguaya**, y **Clases sociales en el Uruguay**; resultando de su labor docente co-

**HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO
Y SOCIAL LATINOAMERICANO
CONTEMPORANEO**

Colección "HISTORIA VIVA"

DIRIGIDA POR GREGORIO SELSER

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

La crisis española del siglo XX, 1a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1960; 2da. ed. ídem 1962; versión francesa, París, Fischbacher, 1962.

Las clases sociales en el Uruguay, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1960, (agot.).

Sociología del Uruguay, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Revolución social y facismo en el siglo XX, Buenos Aires - Montevideo, Palestra, 1962.

José Pedro Varela, sociólogo, Montevideo, Medina, 1956; trad. alemana, Berlín, 1962.

Ensayo de sociología uruguaya, Montevideo, Medina, 1956.

La historia y la novela, 1a. ed. Montevideo, LIGU, 1947; 2da. ed. San Juan de Puerto Rico, 1963; trad. portuguesa, São Paulo, 1963.

Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea Montevideo, 1a. ed., Montevideo, Nuestro Tiempo, 1954; 2da. ed. ídem, 1962.

Teoría de la Historia, Buenos Aires, Nova, 1959.

Itinerario español, Buenos Aires, Nova, 1960.

Las ideas socialistas en el siglo XIX, 1a. ed., Montevideo, Medina, 1947; 2da. ed. ídem, 1949; 3a. ed. Puebla, Cajica, 1963; 4a. ed., Buenos Aires, Iguazú, 1967.

Copyright by Editorial Palestra
Buenos Aires - Montevideo
IMPRESO EN EL URUGUAY
Printed in Uruguay

Queda hecho el
depósito de ley.

HD
8110-5
R3

CARLOS M. RAMA

Profesor de la Universidad de Montevideo

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SOCIAL LATINOAMERICANO CONTEMPORANEO

EDITORIAL PALESTRA

Buenos Aires - Montevideo

1967

PROLOGO

En los años 1952-1954 estudiando el autor, en la Universidad de París, al tiempo que repensaba los problemas de su país, y por extensión de toda América Latina, entró en contacto con los fundadores de la historia sistemática de los movimientos sociales.

Este núcleo pionero de estudiosos de los temas de la historia social y obrera era animado por los franceses Edouard Dolléans, Georges Bourgin, Georges Duveau, E. Labrousse, Denise Fauvel-Rouïf, ean Maitron, Michel Crozier, Paul Dromlers, Maximilien Rubel, Renée Lamberet, y otros igualmente entusiastas que habían organizado el Institut Français d'Histoire Sociale. En 1953, y en el viejo local de la UNESCO, convocados por los organizadores franceses antes citados, se celebró el primer coloquio internacional de historia social, del que nació la Commission d'Histoire des Mouvements Sociaux, que bajo la presidencia de Edouard Dolléans, se incorporaba a la Commission Internacional des Sciences Historiques (CISH) reorganizada después de la cesura de la Segunda Guerra Mundial.

Junto al núcleo francés se incorporaron al trabajo los delegados del International Institut voor Sociale Geschienis de Amsterdam (A. Ruyter y A. Lehning); italianos como Ugo Fedeli (de la Biblioteca Olivetti), Domenico Demarco (de la Univ. de Nápoles) y Giussepe del oB (Biblioteca Feltrinelli); suecos como Tage Lindbom de la Arbetarorelsens Arkiv; W. Conze de la Univ. de Heidelberg, E. Bull de Noruega y Antony Babel de Ginebra.

Este equipo internacional de investigación sobre los temas de la historia social, ha mantenido una valiosa ac-

ción a través de sus coloquios de Roma (1955), Estrasburgo (1958), Estocolmo (1960), éuñez (1962), París (1964) y Viena (1965) gracias a la devota presidencia primero de Dolléans, después de Bourgin, y actualmente de Ernest Labrousse, Domenico Demarco y Jan Dhondt (Gante), pero particularmente de su secretaria durante trece años Mme. Denise Fauvel-Rouif. La incorporación de investigadores de los países socialistas, a partir de 1955, y de Asia, África y los Estados Unidos, no solamente ha ampliado sus posibilidades, sino que ha justificado la nueva y actual denominación de Commission d'histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales (1).

En esos primeros trece años junto a estos colegas y amigos hemos aprendido las técnicas de la nueva historia social, y hemos enseñado de la existencia de América Latina, convirtiéndonos en el expositor de sus problemas, en el interlocutor inapropiado, pero apasionado y empeñoso de sus temas. No han sido, ni son, pocas las dificultades para que la historia del movimiento obrero y social latinoamericano se de a onocer en los círculos de los historiadores del mundo, tallando bibliotecas, publicaciones, centros de investigación especializadas en nuestros propios países, donde casi nunca hemos tenido el estímulo de la crítica técnica y constructiva, o la colaboración efectiva de especialistas de nivel universitario.

A parte de la Commission aludida, también nos ha correspondido en los últimos diez años presentar temas de historia social de América Latina en congresos internacionales científicos (Estocolmo 1960, Berlin 1960, Burdeos 1963, New York 1965), y ese compromiso nos ha obligado a plantearnos los grandes asuntos de la historia latinoamericana bajo el ángulo de un estudioso latinoamericano, sin perjuicio de atender las necesidades de conocimiento de otros países. Nuestra simultánea condición de uruguayo, y la vinculación fa-

(1) Véase de Albert Soboul y otros, *L'histoire sociale*, París, PUF, 1967.

miliar, de estudios, y por nuestros viajes con Europa y Estados Unidos, la hemos puesto al servicio de esa empresa. Desde la situación de la esclavatura negra en el Uruguay hasta la crisis mundial de 1929 y sus efectos sociales; desde la Primera Internacional de los Trabajadores de 1864 a la Revolución Cubana, muchos temas han merecido nuestra atención, y hemos interesado a lectores de muchos países en la historia social latinoamericana.

Son sin embargo, en su casi totalidad, estos esfuerzos, desconocidos en la propia América Latina, por razones ya anotadas en primer término que resultan del estado de esta rama de las Ciencias Históricas.

Incluso la mayoría de esos trabajos nuestros no se han publicado siquiera en español. En primer lugar el volumen Chronologie et Bibliographie. Mouvements ouvriers et socialistes. L'Amérique Latine, (1492-1936) que Dolléans y Crozier incluyeron junto a los correspondientes a los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Rusia, España e Italia en la colección auspiciada por el Institut Français d'Histoire Sociale de París (2).

Escribiendo en ese libro por 1955 decíamos que: "Todo hace pensar que en los próximos años se asistirá a acontecimientos fundamentales en América Latina, que darán satisfacción a las aspiraciones de las masas asalariadas y permitirán a la vez un progreso económico y cultural que es hoy absolutamente necesario." Los últimos diez años los hemos vivido en la confirmación de esa previsión (Cuba, el guerrillero, el ascenso obrero, la democracia cristiana, el desarrollismo, etc.) y ese clima ha favorecido la popularización de estos trabajos.

(2) París, Les Editions Ouvrières, 1959, 224 págs. La historia de ese libro, y algunos datos sobre la crítica que ha merecido en Europa, en el artículo "El movimiento obrero en Latinoamérica", págs. 41 y 44, revista "Americas", Washington, vol. 14, N° 5, mayo de 1962.

Hoy estamos los latinoamericanos en mejores condiciones que en 1953 para comprender la necesidad de la historia social, y en particular la de los movimientos obreros y sociales y de las estructuras sociales. Ha contribuido, y mucho, el paralelo ascenso de las demás ciencias sociales (sociología, economía, demografía, psicología social), pero también el descrédito de la clásica "historia de los Héroes", cuando no "de los Presidentes", a que se reducían desgraciadamente la mayoría de los estudios históricos latinoamericanos.

El autor desearía, y su ambición aunque desmesurada es humanamente explicable, escribir una gran historia del movimiento obrero y social latinoamericano desde sus orígenes a nuestros días, que sea considerada como una obra exhaustiva y definitiva sobre el punto.

Para ello comenzó por ordenar el material bibliográfico y cronológico (unas cinco mil fichas), de que da cuenta el citado libro de la biblioteca del Institut Français d'Histoire Social de París. Por otra parte ha llevado adelante trabajos monográficos y eurísticos originales sobre la historia social de su propio país, el Uruguay.

En tanto reunimos materiales para una obra mayor, hacemos una experiencia personal directa en el campo de la investigación local, y ajustamos nuestro método en la confrontación con los especialistas del mundo entero, creemos del caso presentar una historia general del movimiento obrero y social latinoamericano en la Epoca Contemporánea, es decir de 1810 a nuestros días.

Siendo muy pocos los libros existentes hasta la fecha sobre estos temas, son a nuestro parecer objetables. El de Moisés Poblete Troncoso ("El movimiento obrero latinoamericano", México, FCE, 1946) por esquemático y ya anticuado y el de Víctor Alba ("Historia del movimiento obrero en América Latina", México, Ed. Mex., 1964) aunque voluminoso, es escasamente científico, y le inspira la lucha ideológica inmediata.

Esperamos que este libro nuestro sirva a muchos como punto de definición del tema, como obra de referencia, como

intento de dar una visión panorámica de un sector de la realidad histórica, no por desdeñado menos importante. También como testimonio de nuestra personal dedicación durante doce años. Si los temas son los hombres, también este libro define nuestro camino.

Se comprenderá finalmente, atento a nuestra deuda de gratitud, que dediquemos estas páginas a nuestros buenos colegas y amigos dispersos por el mundo, de la Commission d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales, y en particular a la memoria de los profesores Dolléans, Bourgin, Duveau, Vicens Vives y Ruyter.

I N T R O D U C C I O N

Es notorio que todo estudio de conjunto de América Latina presenta grandes dificultades, y esto es explicable cuando se recuerda que estamos ante la problemática de veinte países que se extienden desde la zona templada norte al polo austral comprendiendo una superficie de más de veinte millones de kilómetros cuadrados habitados por casi doscientos millones de seres humanos.

Las identidades que obliga la cultura común, su pasado colonial o su presente dependiente, no nos deben hacer omitir la existencia de enclaves importantes de culturas no latinas, e incluso de los millones de indígenas que en la zona andina, Paraguay o México, mantienen su cultura tradicional.

Entre las grandes ciudades, que viven en nuestro tiempo, y los pequeños pueblos o las zonas rurales que no han cambiado mucho desde hace cientos de años la dicotomía social es evidente incluso al viajero más apresurado.

Estas afirmaciones son válidas para cualquier estudio latinoamericano, y justifican que algunos autores se refieran más que a América Latina, a las veinte Américas Latinas, por lo menos tantas como repúblicas organizadas tiene la región.

En particular cuando de la historia general pasamos a la historia económica y social las dificultades son todavía más marcadas. En primer término por su misma novedad en estas latitudes, al punto que no han obtenido hasta hoy la consagración de estar incluidas en los estudios organizados de nivel superior; y hasta por tratarse —para muchos— de "asuntos de izquierdistas", temas para los cuales todavía no

alcanza la objetividad crítica, sospechosos por historiar la gesta de los humildes y de los revolucionarios.

La conjugación de la geografía, notable y sorprendente como en pocas regiones del planeta, con la distribución de los establecimientos coloniales, a través de sus variaciones políticas y económicas, y la acción del imperialismo, explica la América Latina de nuestros días.

Hay lo que se denomina Indoamérica, —aunque tal vez corresponden mejor los términos de América Mestiza— formada por los países en que predomina la base humana india, la explotación agraria latifundista, el colonato y hasta la servidumbre, en parte sustituida desde el siglo XVIII por el peonaje (Méjico, Centro América excepto Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay). Un segundo "país", —donde predomina el mulato— es la zona de antigua esclavatura negra, con excepción de algunos enclaves en otros países, se restringe al litoral del Brasil, Venezuela, Colombia y las Guayanás, las islas del Caribe y el sur de los EE.UU. Finalmente la América Blanca, reducida a Costa Rica, Uruguay, Argentina, Chile y los estados meridionales del Brasil, regiones todas de intensa y a veces reciente colonización europea donde la población indígena ha sido exterminada o puesta en "reservas", y la mano de obra la proporcionan inmigrantes, europeos en su mayoría latinos.

Las vinculaciones entre estos diversos estados, subdesarrollados o semidesarrollados, son todavía hoy menos fáciles de las que individualmente sostienen con Europa o los EE.UU., merced a la influencia del pasado colonial o del reciente capital imperialista.

América Latina del Coloniaje

La historia social de América Latina podría iniciarse con el estudio de las sociedades indígenas, tal como se encontraban al desembarcar los españoles el 12 de octubre de 1492.

No han faltado autores (Baudin, Cunow, etc.) que han calificado de socialistas a algunas de estas comunidades,

aunque está demostrada también en ellas la existencia de clases explotadas (especialmente esclavos, tributarios y siervos), con las tensiones inevitables a sistemas fundados en la violencia, y para los cuales eran usuales los métodos de exterminio, deportación, etc.

Naturalmente que tal tipo de estudio tendría que limitarse a las "civilizaciones" (si nos atenemos a Toynbee), o las sociedades de la barbarie superior (si retrocedemos a Morgan), como la Incaica, Mexicana, Maya y Yucateca, pues en el resto de América, y fuera de sus áreas de influencia, apenas existían miserables comunidades salvajes o semisalvajes.

De ahí que sea preferible iniciar el estudio de la historia de los movimientos sociales latinoamericanos con el Descubrimiento, Conquista y Colonización por los europeos de estos territorios, que asimismo determinaron el ingreso de una masa de esclavos de origen africano, que se ha estimado en unos 12 millones de individuos (Helps).

Desde 1492 hasta 1810 en que se inicia la Revolución Latinoamericana Independentista, se pueden desglosar dos etapas, en líneas generales comunes a los establecimientos españoles, portugueses y franceses de las Indias Occidentales.

Hasta 1700 la historia social americana asiste al establecimiento de una sociedad colonial basada en la división rigurosa en estratos sociales de valor jurídico y social tan acentuado, que los historiadores no han vacilado ocasionalmente en calificarlas de castas. La conquista europea, en la que se destaca inicialmente la hispánica, realiza la explotación sistemática de los recursos de mano de obra indígena, arruinando comunidades de cierta estabilidad, o haciendo ingresar violentamente en el sistema capitalista a tribus enteras de salvajes primitivos, lo que significaba tanto como su exterminio masivo.

Por eso este primer período se caracteriza especialmente por los episodios de la resistencia india, no solamente ante las espectaculares conquistas de Cortés y Pizarro, sino ante las posteriores de sus capitanes, o de otros "adelantados",

que cumplían el dominio colonial sobre las regiones periféricas. Se destacan asimismo las enconadas y seculares resistencias de grupos regionales como los araucanos de Chile, los calchaquíes de Argentina, los charrúas del Uruguay, los caribes de la región antillana. Simultáneamente los indígenas sometidos por la derrota de los "imperios" precolombianos intentan repetidas veces quebrar la explotación económica brutal a que son sometidos, en sublevaciones prolongadas y sangrientas, en que ya actúan como casta económica y políticamente sometida.

Desde 1502 se comienza la introducción de negros esclavos con que se repoblarán las regiones tropicales, en que los indios van siendo exterminados, y se darán brazos a las grandes explotaciones agrícolas o mineras de tipo industrial. Pero también ya en 1555 se inicia la larga serie de las grandes rebeliones de los esclavos negros, y surgen las "repúblicas" independientes de "cimarrones" o "alzados", en las regiones selváticas con los huídos de las "fazendas", minas, "socavones", "ingenios" o "fundos".

Los movimientos de indios o negros, permanecen incommunicados entre sí, y especialmente con referencia a los blancos. Entre los españoles perdura, aún después de la derrota de Villalar de las "comunidades castellanas" (1521), o del reinado absolutista de Felipe II (1556-1598), que se extiende a Portugal durante el período 1580-1640, la adhesión a las libertades locales o "forales", la tendencia al auto-gobierno, y la aspiración a un régimen de libertades públicas.

Algunos de los motines, sediciones e incluso rebeliones armadas de los colonos hispanos, y también lusitanos, sin embargo son protestas contra la legislación centralizadora, monopolista, pero incluso de intención social a favor de los indios que se promulga en España, de la que son típicas las Leyes Nuevas de 1542 o Portugal y Francia en el siglo siguiente. La resistencia de los conquistadores, hará perpetuar el inicuo sistema de la encomienda hasta el propio siglo XVIII (1718, España y 1755 Portugal). En la práctica el sistema

se continuará todavía, en beneficio ahora de los latifundistas bolivianos y peruanos, hasta el mismo siglo XX.

También de los siglos XVI y XVII es el ordenamiento definitivo del trabajo forzado de los indígenas libres para la minería, especialmente de la plata en Zacatecas y Potosí, ciudad esta última que alcanza una población de 120.000 habitantes en 1573.

Estos hechos son contemporáneos de las grandes empresas de evangelización y establecimiento de "reducciones" indígenas por las órdenes monásticas, de las cuales la más famosa es la iniciada en la región paraguaya por los jesuitas en 1609 y que durará hasta 1767, autores también de la fundación de São Paulo en 1554.

1700 inicia la segunda época para las colonias españolas por el ascenso de la dinastía borbónica, la introducción de la administración de tipo francés; pero es una fecha útil también para los dominios portugueses pues en 1703 se firma el famoso tratado de Methuen con Inglaterra. Diez años más tarde el Tratado de Utrecht consagrará el monopolio inglés del tráfico negrero atlántico y a lo largo del siglo su influencia, con los imaginables efectos económicos, sociales, ideológicos y políticos, no deja de crecer en detrimento de Francia, España y Portugal, virtualmente su vasalla económica y política.

La economía americana tiende a integrarse con la europea en un grado mayor que antes, pues a las antiguas explotaciones de los metales preciosos o el azúcar se une la introducción del café, las "vaquerías" platenses, y especialmente los grandes yacimientos auríferos y diamantíferos de Minas Geraes.

Una sociedad colonial finalmente integrada, habita en los dominios de los reyes ibéricos o franceses, dominada por el hecho de una amplísima miscegenación. A través del mestizo o del mulato disminuye la importancia del original elemento indio o negro, se abaten ciertas barreras sociales y entran en un contacto más estrecho los estratos sociales que tienden a desplazarse del sistema de castas al de órdenes o

estamentos, como también es típico de Europa continental hasta 1789.

Los movimientos sociales de este siglo XVIII son rotundamente más intensos, prolongados y repetidos y además tienden a cubrir áreas geográficas más considerables. Pero la característica más importante que puede observarse en las 26 grandes sublevaciones de indios y negros que hemos estudiado, es que por lo menos seis de ellas son mixtas, es decir, comprenden a los habitantes de ambos grupos en un área determinada. La proporción es todavía mayor si se reflexiona que en muchas zonas no coinciden indios y negros.

En 1780 se inicia "la rebelión social más grande de la historia de las tres Américas" (Lewin) que se conoce por el nombre de su líder Tupac Amaruc y que extiende su influencia por las regiones de las actuales repúblicas de Perú, Bolivia, Ecuador y norte de Chile y Argentina. La protesta casi instintiva, y la rebelión, falta de plan y objetivos concretos se ve ahora sustituida por un rudimento de organización y ciertas ideas generales que demuestran la oposición irreducible de la población explotada a las autoridades españolas.

Los historiadores brasileños, por su parte, han indicado como el más evolucionado de los movimientos sociales de la época colonial el de los "alfaites" (artesanos) de Bahía de 1798, ya influídos por el ideario democrático y fraternal difundido por los franceses.

Los movimientos populares y democráticos de los mismos colonos de origen español se incrementan en la misma línea de acción que señalábamos en el período anterior, aunque con más frecuencia y hondura, como lo demuestran especialmente las rebeliones de los "comuneros" de Asunción del Paraguay (1721 y 1730) y de Nueva Granada (1781).

Pero a este secular movimiento se une ahora el influjo de las Nuevas Ideas que sacude al mundo desde la Revolución Inglesa de 1648 - 1688, pero muy especialmente a partir de la Independencia de los EE.UU. de Norteamérica de 1776 y la Gran Revolución Francesa de 1789. Lo mismo que en los dominios metropolitanos de Portugal, Francia y España,

las colonias se agitan al impulso de los publicistas, las sociedades secretas, las asociaciones patrióticas, y se obtienen los primeros frutos de la difusión de la imprenta, las universidades y el periodismo.

Desde 1730 se registrarán no menos de trece grandes movimientos populares precursores de la Revolución Latinoamericana de 1810, que después de 1780 socavan definitivamente el poder de las autoridades ibéricas, liquidan los restos del imperio colonial francés y preparan la definitiva independencia de los veinte países latinoamericanos.

Estos movimientos son un episodio de la lucha del "tercer Estado" en todo el mundo pero en América presentan características más rotundamente democráticas. En su programa mínimo figura necesariamente la abolición de la esclavitud de los negros y del trabajo forzado de los indios. Su triunfo debe corresponder al establecimiento de una sociedad donde teóricamente las castas y estamentos se sustituyen por las clases sociales, y al fin de la discriminación racial o nacional para el acceso a las funciones de carácter público.

El Siglo XIX independentista

Después que los sucesos provocados por la invasión napoleónica de la península ibérica en 1808 determinan el traslado de la corte portuguesa al Brasil y la acefalía del imperio hispánico, el siglo XIX se abre con la Revolución independentista Latinoamericana, que dirigida por los criollos blancos, pone en marcha un proceso que destruye la vieja sociedad colonial y permite la igualdad jurídica y social de vastos sectores proletarios.

Así la abolición de la esclavitud realizada por disposiciones legales que van desde 1810 a 1858 en las nuevas repúblicas de lengua española, al que antecede en Haití (1804) la creación de un Estado de ex-clavos; pero es previa al fenómeno correspondiente en Brasil (1888) y en las últimas colonias hispánicas (1871-1889). Por otra parte la extinción del trabajo forzado de la población indígena (mita y yanacona) desde 1811 a 1825, y el

proceso más difícil de precisar del ascenso de mestizos y mulatos, que a través del militarismo comparten el poder político y se hacen dueños de una buena parte del económico, especialmente en el agro.

En ocasiones se frustra el demoliberalismo ante los movimientos sociales de las clases oprimidas. Así los cubanos prefieren en 1812 la fidelidad al despotismo de Fernando VII ante la sublevación de los esclavos negros de Aponte y Yucatán, en 1841, renuncia a su independencia, para reprimir la gran rebelión de los indios mayas. Incluso sucede que los mestizos elevados al poder restaren los privilegios de clase, como en Bolivia en 1829 y Perú 1866, reimponiendo el trabajo forzado de los indios.

Entre la última batalla por la independencia (1824) y la estabilización de los mayores Estados (Argentina 1852, México 1867), se difunden las ideas francesas, y especialmente del naciente socialismo entonces encarnado en Fourier, Saint Simon, Leroux, pero llegan desconectadas con las masas de trabajadores y protagonizan anacronismos sugestivos. Así seis años después que "New Harmony" inaugura la serie de las colonias utopistas en el Nuevo Mundo, en Brasil (1835) hay una gran rebelión de los esclavos negros mahometanos y todavía en 1861 los araucanos luchan contra el gobierno de Chile.

Será necesaria la emigración popular y espontánea de los proletariados europeos de la segunda mitad del siglo, para que en las décadas del 50 y 60 la organización laboral se manifieste timidamente a través de sociedades de socorros mutuos, entidades artesanales y sociedades de oficios.

Pero en la década del 70, y al directo impulso de refugiados de las luchas del Risorgimento italiano, la Comune de París y de la fracasada Primera República Española, llegan las ideas socialistas de Proudhon, Blanqui y Bakunin a Montevideo, Buenos Aires, México, La Habana y se crean las "secciones" de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

La ideología refleja rápidamente la predominante en Italia y España después de los históricos viajes de Bakunin

(1864) y Fanelli (1868). Estas "regionales" de la AIT se convertirán en "sociedades de resistencia" al estilo de las españolas, que alcanzarán a federarse en la Argentina (FORA), Uruguay (FORU), Cuba (Fed. Cubana del Trabajo), México (Casa del Obrero Mundial), Bolivia (F. O. Internacional). Este proceso se cumple entre 1901 y 1913, y sigue el modelo de la C.N.T. española, aunque registra formas anarquistas extremas. También el sindicalismo revolucionario de la C.G.T. de la Charte D'Amiens y los I. W. W norteamericanos, hace escuela en Chile (I. W. W.), México (C.G.T.) y en Argentina (U.G.T.). Este movimiento obrero revolucionario, estrechamente ligado al anarquismo, culmina en 1910 con los "sucesos del Centenario" de Buenos Aires, la FORU uruguaya y el Partido Liberal Mexicano de los Flores Magón.

La socialdemocracia es posterior, surge propagada a menudo por clubes alemanes marxistas (Argentina, México), y es menos violenta en su irrupción. El P. S. argentino se constituye en 1896 y el uruguayo en 1910, pero si bien éstos son los dos únicos afiliados a la Segunda Internacional débese contar al P. S. Chileno (1912) desglosado del precursor Partido Democrático (1887), el P. S. Brasileño (1912) y el P. S. Mexicano de 1914.

Epocha actual (1910-1959)

El siglo XX está dominado por revoluciones sociales que justifican, también en América Latina, la calificación de época revolucionaria. El período se abre con la Revolución Mexicana de 1910, conmoción histórica que merece auténticamente ser considerada una revolución, pues supone un alzamiento de las masas de indígenas y mestizos especialmente rurales, orientadas —aunque confusamente— por una ideología socialista que procura el cambio de estructuras sociales. El citado Partido Liberal Mexicano, y grupos de orientación socialista, en el liderazgo de sus masas, llevan adelante las grandes reformas agrarias y laboral de los años 1915 a 1917.

La Revolución Rusa de 1917, y las tensiones determinadas por la primera guerra mundial, han revitalizado en América Latina el movimiento obrero y socialista. Las federaciones sindicales de tendencia anarco-sindicalistas alcanzan un nuevo apogeo, como lo demuestran la huelga general revolucionaria argentina de enero de 1919, las huelgas generales del Perú y Brasil del mismo año y la agitación chilena del año 1920. Pero las divisiones tácticas e ideológicas surgidas por el ascenso del bolchevismo internacional llevan a la fundación de la Unión Sindical Argentina y de la Unión Sindical Uruguaya. Desde 1921 USA y USU rivalizan en el Plata con el clásico "forismo", es decir la tendencia anárquica pura de las Federaciones Obreras, por el control sindical.³⁰

A su vez los partidos socialistas de países como Brasil, Chile y Uruguay adhieren por decisión mayoritaria de sus congresos a la Tercera Internacional, y lo mismo hacen los nuevos Partidos Socialistas Populares fundados en esos años en Ecuador y Cuba, y el movimiento se extiende a Bolivia, Argentina y Perú, donde se inauguran los primeros partidos comunistas oficiales. El comunismo pronto se extiende al movimiento sindical.

Lo que se conoce con el nombre de la "diplomacia del dólar" o del "big stick" de 1898 a 1936, en que F. D. Roosevelt la reemplaza por la "política del buen vecino", es el punto de partida de una agitación anti-imperialista muy extendida en los países latinoamericanos, y de la aparición de movimientos nacionalistas de tendencia socialista o socializante, que nuclean a las clases medias. Son sus protagonistas partidos como el de la Revolución Mexicana, el APRA, el Partido Auténtico de Cuba, el Partido Demócrata Progresista de Argentina, la Agrupación Democrática Social Uruguaya, la Acción Democrática de Venezuela y la Acción Revolucionaria de Guatemala. La socialdemocracia, que se reconstruye en el Plata y Chile, se extiende en nuevos partidos en Perú, Colombia y Ecuador.

Es en esta época que el movimiento sindical intenta federarse continentalmente, pero sus éxitos son escasamente

durables. Es así que entre 1918 y 1930 la American Federation of Labour sostiene con organismos del tipo de la CROM mexicana, la llamada Federación Panamericana del Trabajo, pero como ésta apoya la política del Departamento de Estado estadounidense, no será mucho su prestigio entre los sindicatos de la zona que intenta controlar.

El anarcosindicalismo organiza en 1928 con efectos en los países atlánticos, Chile y México, la Asociación Continental de los Trabajadores. Al año siguiente, y también en Montevideo, los sindicatos comunistas a su vez lanzan la Confederación Sindical Latinoamericana, pero ambas centrales sindicales naufragan en la crisis de 1929-1933 bajo los golpes de los gobiernos de fuerza.

Por 1938, y sobre la base de una entente sindical reformista entre socialistas y comunistas, que con ligeras variantes se sostiene hasta el comienzo de la "guerra fría", surge la Confederación de Trabajadores de Latinoamérica (CTAL), que cuenta sus apoyos nacionales más importantes en México, Argentina y Chile.

La causa de la revolución social que surge en México en 1910, se reanima en Bolivia (1943), Guatemala (1954) y finalmente en Cuba (1959), con objetivos y problemas tan parecidos que justifica la idea de que nos encontramos ante una única revolución social latinoamericana.

Esos mismos sucesos revolucionarios alteran alianzas, promueven por imitación, o reacción, nuevos movimientos nacionales y explican la expansión de la legislación social.

Se podrá afirmar, resumiendo el sentido más amplio de la historia social latinoamericana actual, que América Latina se revela muy sensible a las grandes corrientes del pensamiento social del mundo, (recientemente a la Guerra Civil española de 1936-1939, y más todavía a los movimientos de liberación nacional de la post-guerra entre los que se destaca la revolución china); pero al mismo tiempo sus oligarquías privilegiadas, y más todavía las fuerzas imperialistas inter-

nacionales, resisten la necesidad del cambio social. Los conflictos sociales han sido, y serán, obviamente numerosos y por estas razones, (aunque esporádicas y desorganizadas), se mantendrán en tanto no se alteren las condiciones sociales dominantes.

Estos temas en los próximos años serán inclusive más actuales que en la fecha.

CAPITULO I

LAS CLASES POPULARES EN LA REVOLUCION INDEPENDENTISTA LATINOAMERICANA, Y PARTICULARMENTE DEL RIO DE LA PLATA, 1810-1830 (*)

I

Se podría afirmar que la intervención de las clases populares en la Revolución Independentista Latinoamericana de 1810-1824 fue en líneas generales de relativa significación, sin perjuicio de que sus luchas seculares prepararan eficazmente el cuadro histórico insurreccional.

Efectivamente la historia de la Conquista y de la Colonización ibérica, hasta los albores del siglo XIX está jalonada por una línea constante de luchas emprendidas por los sectores proletarios por la obtención de derechos elementales, y por quebrar la dominación política y económica a que estaban sometidos, tal como hemos puntualizado en la Introducción (1).

(*) Este planteo excluye tratar —como lo hizo por ejemplo Pierre Vilar en el XI Congreso de Viena— el caso de los pueblos que se emancipan en la segunda mitad del siglo XX.

(1) Una bibliografía-cronología del tema en nuestro cit. libro "L'Amérique Latine", Capítulos I y II. Como obras generales introductorias del tema de las luchas populares prerevolucionarias, Luis Alberto Sánchez, "El pueblo en la revolución americana", B. A., Americaleo, 1942 y Lincoln Machado Ribas, "Movimientos revolucionarios en las colonias españolas", B. A., Claridad, 1939.

La resistencia de los indígenas libres, o la guerra civil de los indios sometidos a servidumbre, las luchas de los negros alzados o cimarrones, o las revueltas de los esclavos, la actitud libertaria de los mestizos pastores del Plata o Los Llanos, los pronunciamientos de los colonos criollos y las conjuraciones de los artesanos influídos por las nuevas ideas, arrancan desde los ábores de la Conquista hasta las vísperas de la Revolución Latinoamericana. Sin su existencia, y particularmente sin las grandes sublevaciones indígenas como la que centra Tupac Amaru en 1780, no estaría completo el cuadro de las causales del proceso revolucionario independentista.

Pero la Revolución Latinoamericana no fue dirigida ni estuvo al servicio de los intereses de las clases populares. Sus protagonistas principales fueron "los hombres de letras, el bajo clero, . . . los jóvenes militares" nos dice hablando de Colombia el escritor José Samper (2).

La nominación de los personajes revolucionarios del resto de América Latina, es una galería donde a los grupos ocupacionales colombianos habría que agregar: grandes propietarios territoriales, abogados, periodistas, pero todos en definitiva provenientes de los estratos sociales privilegiados. La intervención, siempre en el plano dirigente, de cuadros provenientes de las clases inferiores es absolutamente excepcional, y a lo sumo se registra en el segundo rango, o sea en colaboradores provinciales o secundarios de los grandes centros o principales dirigentes. Es excepcional que el general mestizo Andrés Santa Cruz lleve a la presidencia de Bolivia, en Colombia actúa el también mestizo almirante Padilla, como mestizos fueron los mexicanos Vicente Guerrero y José María Morelos.

En cambio en las filas de los combatientes, en la masa insurreccional, el aporte de las clases populares fue en todas partes muy considerable. El mismo Samper, en la obra citada "América Latina", Capítulos I a III. Como dice Bonaparte, en

(2) "Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas". Bogotá, Centro, 1861, p. 156.

tada, nos dice que formaron parte de la revolución. Los artesanos de las ciudades, de origen colombiano o criollo, y los pequeños propietarios. Los negros esclavos, sirvieron simultáneamente a las dos causas según la opinión de sus amos, los mulatos y zambos libres formaron en las filas de la revolución en su mayor número. La revolución en México arrastró a las masas de indígenas y mestizos campesinos. En Venezuela contó con el apoyo de los pastores mestizos, los "llameros", como en el Plata los "gauchos". En todas partes se liberaron a esclavos negros para integrar "regimientos de libertos".

La actitud de los indios es más compleja. El profesor Griffin la resume diciendo que "los indios se desentendieron de la guerra de Independencia. Cuando participaban en ella no era por causa de ningún sentimiento de solidaridad con los criollos sino por la influencia personal de algunos de sus caudillos, o por la simpatía que les merecía algún jefe criollo" (3).

"A modo de resumen —hemos dicho en otra oportunidad— digamos que las clases proletarias libres apoyaron la Revolución. Esto es especialmente cierto a propósito de los artesanos de las ciudades y de los proletarios libres de la campaña." (4)

Si la Revolución no fue hecha bajo la dirección de las clases populares, y contó, no siempre, por lo menos, con la cooperación de todos sus sectores, en sus resultados y consecuencias termina por ser favorable a sus intereses básicos.

Las clases superiores criollas, especialmente la burguesía urbana y los latifundistas, entendían hacer la revolución contra España o Portugal para aumentar sus derechos y posibilidades sociales; pero nunca para alterar la jerarquía de

(3) P. 63, "Los temas sociales y económicos en la época de la Independencia", Caracas, Fundaciones Mendoza y Boulton, 1962.

(4) Anotamos cierto paralelismo entre este libro y nuestra "comunicación" al Congreso de Roma (1955) que Griffin desconoce.

las clases sociales coloniales, ni la estructura económica de que se favorecían.

Este propósito es claro, por ejemplo, en la Independencia del Brasil, en la revolución en Chile, ("Brasil era un imperio democrático, mientras que Chile era una república aristocrática", dice L. A. Sánchez con cierta razón), o en otras partes donde predominan los "junitistas" de filiación, a lo sumo, liberal.

En el "Plan de Iguala" de Iturbide (1823) vemos el caso en que las clases privilegiadas, incluyendo hasta los ultra españoles, aceptan la independencia de México como una especie de mal menor, para enfrentar a las masas.

Un planteamiento democrático es excepcional. Habría que citar el caso de México principalmente "donde la revolución comenzó por ser social" (Griffin) al pregonar la igualdad democrática, la supresión del tributo, la abolición de la esclavitud, y hasta su lucha contra la discriminación social.

Otra situación se plantea en movimientos revolucionarios que iniciados y dirigidos por los criollos de las clases superiores, como es el caso de Venezuela, comienzan por ajustarse el clásico esquema Brasil-Chile, pero se ven obligados a darle un contenido social favorable a las clases populares (4).

La misma admisión de las ideas revolucionarias de la Ilustración implicaba el concepto de Igualdad como inseparable de la Libertad, como ha destacado Boleslav Lewin estudiando la influencia de J. J. Rousseau.

Finalmente habría que considerar los resultados sociales definitivos del proceso revolucionario. Aún en aquellos países donde deliberadamente las minorías dirigentes no inclu-

(4) El citado Samper ha anotado que sectores casi integros de las clases populares acompañaron a las fuerzas peninsulares en la guerra contra los patriotas. Un caso más complejo es la actitud de cubanos o guatemaltecos, que no arriesgan la lucha independista por temor a la sublevación de los esclavos negros o de los indígenas serviles.

yeron las reivindicaciones sociales en su programa, y la intervención de cuadros dirigentes populares no se registra, sin embargo las guerras de la independencia y la crisis del antiguo régimen colonial, trajeron consecuencias sociales importantes.

El resultado más importante de la Revolución del punto de vista social a saber es: a) la destrucción en grandes regiones del nuevo continente de la vieja sociedad colonial, que permite el fin de las castas o estamentos coloniales y del dispositivo jurídico que explicaba el estancamiento de esta sociedad en la época colonial y b) en los hechos, el ascenso de los mulatos y mestizos, especialmente a través del poder militar, formando parte del generalato de los ejércitos, y del mando político, e introduciéndose en la capa dominante de propietarios rurales.

Griffin resume de modo parecido este balance diciendo que "las revoluciones americanas de la independencia no eran revoluciones sociales... pero la transformación social se aceleró durante dicha época; que la situación de los negros esclavos mejoró mucho gracias al progreso de la emancipación; que los indios, si no recibieron beneficios, si estuvieron sometidos a nuevas normas de derecho..." (5).

En la medida que es posible sintetizar una época revolucionaria, que actúa desde varios centros —en ocasiones rivales y contradictorios— y a lo largo de un extenso período, lo que antecede puede mostrar las características más salientes de la intervención de las clases populares en el proceso independentista.

(5) Ob. cit. p. 53. A continuación puntualiza diversos casos, sin omitir "los hombres nuevos", aventureros, comerciantes enriquecidos y militares afortunados que aprovecharon las circunstancias revolucionarias para hacerse propietarios... El resultado de estos cambios fue una nueva manera de definir la clase superior" (sic). Creemos que aquí falta precisión en materia de estratificación social.

II

Corresponde hacer ahora algunas precisiones sobre la situación concreta de la Revolución en el Río de la Plata.

En los territorios de los actuales países conocidos con el nombre de Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia, el movimiento revolucionario independentista adquirió formas bastante distintas, por lo que caben socialmente diferenciarse líneas históricas locales.

De acuerdo a los conceptos anteriores habría que establecer, por ejemplo, que la Independencia del Paraguay se produce por un movimiento juntista, en las líneas del pensamiento liberal autonomista, sin intervención de las clases populares y sin afectar las tradicionales estructuras coloniales.

El Alto Perú (Bolivia actual) tenía una frondosa tradición revolucionaria de rebeliones indígenas, entre las cuales la última importante la que dirigen los hermanos Katari en combinación con Tupac Amaruc. Asimismo sus artesanos habían reclamado, hasta en forma de motines, sus derechos. En sus aulas se divulgaron las nuevas ideas.

La Junta de Mayo de 1810 bonaerense procura atizar, o reavivar, esas fuerzas para apoyarse en sus campañas militares contra el ejército español. La difusión de las medidas adoptadas a favor de las "castas" inferiores, la presencia de Vicente (Kanki) Pazos "indio del Altiplano" en Buenos Aires, las proclamas de Manuel Belgrano, la guerrilla popular del "gaúcho" Güemes en el valle calchaquí, procura esos fines.

Pero la derrota de las fuerzas patriotas en el acceso a las altiplanicies bolivianas, y la ocupación de la región por las tropas españolas, hace que la independencia del país se logre mucho más tarde por el concurso de las columnas militares de platenses y gran-colombianos. La independencia nacional se establece en una constitución "otorgada" por Simón Bolívar, y a pesar que la misma reconoce el derecho a la libertad de siervos y esclavos, estas instituciones coloniales subsistirán por largo tiempo en el nuevo Estado.

El gran foco independentista platense fue Buenos Aires, sede de una burguesía rica, emprendedora y autonomista. Pero el movimiento de la Junta de Mayo de 1810 se hizo bajo el signo del exclusivismo "patrício", con el apoyo de la guarnición, de la gente de Iglesia, y al margen de las clases populares. Se conoce el nombre de los 450 vecinos que fueron citados al Cabildo Abierto del 25 de mayo de 1810. Se atisba solamente la presencia, o respaldo, de los sectores populares, en las firmas de los revolucionarios French y Berrutti, que firman por si "y por otros 500". Estos serían "chisperos y manolos", de acuerdo a la locución hispánica, gentes de pueblo.

Un gran personaje introduce brevemente ideas democráticas de inspiración roussoniana. Es Mariano Moreno, reputado traductor del "Contrato social", autor de medidas legales por las cuales se decreta el fin de la esclavitud y de la servidumbre. En la práctica recién en 1812 el Triunvirato abolió la trata de negros, y en 1813 la asamblea de Tucumán declaró la libertad de vientres.

El interés por la causa indígena, aparte de su planteo orientado a los problemas del altiplano es muy relativo (6). La intervención de las clases populares, e incluso de los "indios del sur" que —como lo señala, por ejemplo, Rodolfo Puiggros, en su libro "De la colonia a la revolución"— había sido muy activa en ocasión de las invasiones inglesas, ahora es prácticamente inexistente.

En los cuadros dirigentes "juntistas" de Buenos Aires las clases populares están prácticamente excluidas.

(6) A título de curiosidad se debe recordar que el acta de la Independencia argentina del Congreso de Tucumán se imprimió a doble columna, en español y quéchua.

En la búsqueda de soluciones al Poder Ejecutivo no faltaron prohombres argentinos que proyectaron una monarquía constitucional bajo el reinado de un descendiente de los antiguos Incas. El último de los miembros de la familia Tupac Amaru terminó sus días, librado de la prisión peninsular española, en la misma ciudad de Buenos Aires.

Pero sin embargo el profesor Charles Griffin no tiene razón cuando afirma categóricamente: "Del Río de la Plata al Perú la revolución no ha tenido un importante contenido social", e insiste más tarde "Ella ha sido realizada por la clase alta que triunfa en hacerse seguir por las masas sin haber tenido necesidad de hacer concesiones. Vemos solamente, después de 1820, el comienzo de una lucha social en las "guerras de mонтонерas, que se confunden finalmente con las guerras civiles argentinas de la época de Rosas" (7).

Es exacto que "los grandes propietarios territoriales no han sido víctimas de la Emancipación, al punto que se encontraron actuando como columna vertebral del movimiento, siendo sus portaestandartes y primeros beneficiarios", dice Kossok (8).

Es posible incluso que la misma estructura económica local contribuyera a que "la emancipación económica y política (no fuese) acompañada por una revolución social" como dice el mismo autor, atento a la penuria del sector económico secundario en el Plata.

Pero se omite, tanto por Griffin como por Kossok, el hecho de que buena parte de la Revolución Independentista platense se cumple al margen del control de la Junta de Buenos Aires, como es el caso particularmente de la entonces Banda Oriental, que comprendía aparte del actual Uruguay territorios meridionales posteriormente incorporados al Brasil, y zonas de la misma Argentina, vinculadas políticamente a José Artigas, "jefe de los orientales".

El proceso político en esta zona tiene un radicalismo que le asemeja, en algunos aspectos, a la revolución independentista mexicana.

Comienza en 1811 dependiendo de la dirección bonaerense, pero la diferente posición de la Banda Oriental ante la Asamblea del Río de la Plata de 1813 le muestra categó-

(7) Ob. cit., p. 73.

(8) Manfred Kossok, *El virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Futuro, 1959, p. 145.

ricamente independentista, republicana y federalista, (lo que es tanto como autonomista).

Posteriormente las necesidades de la lucha contra la invasión portuguesa iniciada en 1816, radicalizan todavía la revolución oriental y le acercan más a las masas populares, especialmente campesinas. En el programa de Artigas se inscribe una reforma agraria como resulta del "Reglamento provvisorio para el fomento de la campaña y seguridad de sus hacendados" de 1815 y el Reglamento expedido para Canelones. Según el art. 6 del primero "las tierras expropiadas a los españoles y a los malos americanos" serán distribuidas "a los negros libres, zambos de esta clase, indios y criollos pobres" siendo los más privilegiados los más desgraciados (9).

Los estudios documentales más recientes muestran que se intentó esa reforma agraria, que se cumplió en diversas zonas dominadas por los patriotas. (10)

El apoyo de las "Castas" a la causa patriota es apreciable. Los negros, que a partir de 1801 integraban siendo libertos una milicia, son reclutados por los patriotas y actúan en varias acciones militares. (11) El General portugués Lecor buscando desanimar y minar la resistencia adopta medidas si-

(9) Ver Archivo Artigas, Mont., 4 vols., y libros como Eduardo Acevedo Artigas, Mont., Barreiro y Ramos, y las publicaciones del Centenario de 1956.

(10) Recientes trabajos han demostrado como la propiedad agraria se vio afectada por las guerras independentistas, y la política de los patriotas, que promovieron una suerte de "reforma agraria" triunfante en varias zonas. De la misma manera se aprecian sus efectos en la ruina de las castas de los esclavos y de los libertos negros.

(11) Sobre este tema nos hemos expedido extensamente en el trabajo intitulado Los afro-uruguayos en el pasaje del sistema colonial de castas a la sociedad clasista, presentado a la conferencia sobre Raza y Clase en América Latina durante el período Nacional, que organizaran las universidades de Cornell y Columbia.

milares a la "guerra social" venezolana, prometiendo la libertad a todos los desertores, o a los esclavos que abandonaran a sus amos orientales.

Los indios de la Banda Oriental, al estilo de los araucanos chilenos, habían resistido durante muchos años a los conquistadores españoles, y especialmente en la tribu de los charruas se mantenían no sometidos. En la guerra de guerrillas que libran los patriotas, los indios se suman a las fuerzas del General Artigas que desarrolla una política especial de colaboración con sus problemas. La integración de negros e indios con la revolución llega al nivel de los cuadros dirigentes, como es el caso del General Andresito, (indio misionero) o el fiel asistente Sargento Ansina Ledesma, negro que acompañara a Artigas en su exilio al Paraguay.

Los "gauchos", proletarios libres que trabajan en la ganadería son el tercer grupo popular revolucionario, cuya acción en las "montoneras" es notoria.

La misma política social revolucionaria artiguista aleja de sus filas a buena parte de la burguesía criolla latifundista, y acerca más en los últimos años a sus filas a los sectores más radicales y pobristas. Las prolongadas campañas desde 1811 a 1828 sobre la misma Banda Oriental arruinan a buena parte de la capa alta colonial rural, al contrario de la Argentina donde las guerras son fronterizas. Pero la experiencia es breve y perece ante las fuerzas superiores de la invasión portuguesa, y la oposición de Buenos Aires.

En el episodio final de la independencia de 1825 a 1830 vuelve a contarse con el aporte de libertos y esclavos negros, y la primera constitución de 1830 del nuevo Estado, el Uruguay, declara el fin de la trata y la libertad de vientres.

Se tardará sin embargo más de 15 años en terminar efectivamente con la esclavitud, y al tiempo, desandando una política ya usada con los indios, se procederá a su exterminio sistemático. Las fuerzas dinámicas de la revolución independentista artiguista han caducado y se imponen estructuras sociales nuevas, las típicas de la sociedad capitalista moderna.

CAPITULO II

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE AMERICA LATINA EN EL SIGLO XIX

En 1824, después de la batalla de Ayacucho, se abre el período de las guerras civiles hasta 1852, con la batalla de Caseros. Llevada una parte por la característica de la geografía; la especial forma en que se produjo el poblamiento de la América; la intervención imperial de los países hegemónicos del mundo, y la misma incapacidad de los dirigentes de la burguesía latino-americana para organizar de una manera unificada toda la América Latina, terminan por diferenciarse los actuales estados nacionales. Estas sociedades a su vez pueden, a nuestro parecer, —como ya se apuntara en la Introducción— agruparse para su mejor estudio en tres grandes bloques o zonas atendiendo las características de su mercado de trabajo, es decir de la fuerza productiva laboral.

I

En primer lugar por su importancia, lo que se ha dado en llamar *Indo-América*, aunque tal vez sería más exacto llamarle *América mestiza*. Son aquellos países donde la base económica humana es la masa de indios que subsisten de las antiguas comunidades precolombianas, como Bolivia, Perú, Paraguay, Ecuador, México, toda América Central, con excepción de Costa Rica y Panamá, y algunos enclaves en otros países. En esas sociedades durante el siglo XIX la situa-

ción social reposa sobre el trabajo forzado de los indios que, con el nombre de mita y yanacona existió en el tiempo de la colonia, contra el cual insurgieron en el siglo XVIII en Perú los indios al mando de Tupac Amaru en "la revolución social más grande de la historia ibero-americana" (1) y con una situación de carácter político de tal inestabilidad que explica la repetición constante de las "revoluciones".

Justo Sierra, el gran historiador mexicano, decía que "realmente en México había habido solamente dos revoluciones: la revolución de la independencia, y la revolución de la reforma". El escribía a fines del siglo XIX, porque en el siglo XX podía haber agregado la Revolución Mexicana de 1910. México fue sin embargo el país por excelencia de las "revoluciones", es decir de motines de las tropas, ya de revueltas de origen rural, que reciben en México un nombre que define todo el proceso y su característica a los ojos de la población proletaria, "la bola", o sea la asonada espontánea que, en el desorden propio del episodio guerrero, da una oportunidad para todos de cambiar su situación social (2).

Entre los grandes hechos de Indo-América en el siglo XIX, está el restablecimiento del trabajo forzado de los indios. Aquí hay un proceso similar a la esclavatura negra. Las medidas, tomadas por Bolívar para Bolivia en 1826 van a durar solamente tres años, porque en 1829 Santa Cruz restablece el trabajo forzado. En el caso de la abolición del trabajo forzado en Perú por San Martín en 1821, ya en 1825 se aplica de nuevo y con la excepción del período que va de 1854 a 1866, durante todo el siglo XIX se mantiene no solamente dentro de las explotaciones agrarias del Estado y del clero, sino de los propietarios privados que pueden enrolar por

(1) B. Lein: *Tupac Amaru*, Bs. As., Claridad, 1943, p. 131. Hay segunda edición ampliada de Bs. As., Peuser, 1958.

(2) *Evolución política del pueblo mexicano*, México, FCE, 1940, 2da. ed., p. 181.

fuerza trabajadores para sus latifundios. Otro de los aspectos de Indo-América es la abolición de la propiedad comunitaria indígena, que había sobrevivido a la época colonial. Se trata sistemáticamente de abolirla por los gobiernos del Perú, Bolivia y México, incluyendo forzadamente las comunidades indígenas en el sistema de la propiedad privada, tal como está definida en el código napoleónico. En definitiva, quebrar la base económica que le permite a las comunidades indígenas sobrevivir frente al mundo capitalista, que ni comprenden ni están en condiciones de aprovechar (3).

Frente a estas tentativas de abolición debemos registrar las rebeliones indígenas, que son, en el caso de México, contra las leyes Lerdo, que consiguen, en 1856, la supresión de las medidas tendientes a la abolición de la propiedad comunitaria. En segundo lugar debemos citar la resistencia de los indios Yaquis en México a partir de 1873. A menudo, y es fácil explicarlo, la violencia proletaria india y mestiza se ejerce, en defensa de sus intereses y en una dirección progresista, sino a favor de las clases dominantes como es el caso, en América Central de la dictadura iniciada en 1839 en Guatemala, que arruina la Confederación de Centro-América.

II

Un segundo país, siempre en este cuadro general que esbozamos de América Latina, sería la América negra, que debiéramos mejor llamar América mulata. Es la zona de la antigua esclavatura negra: la costa del Brasil, los países del Caribe, Panamá, y toda la costa de Sudamérica que da acce-

(3) Las leyes más importantes para abolir la propiedad común indígena son dictadas en Perú en 1824 y 1828; en Bolivia en 1825 y en México en 1856. Además el Estado, al servicio de los latifundistas, favorece y facilita el *trucksystem* y los contratos forzados de trabajo, como los prueban las leyes paraguayas de 1871 y 1885 y la situación reinante en Perú hasta 1921.

so al Caribe. En estos países subsiste también, más que en el resto de América, el sistema colonial. Todavía hoy es en esta zona donde quedan las últimas colonias europeas y países no independientes. (4)

El pasaje de la esclavatura al salariado en estos países se hace muy tardíamente. Las fechas de las aboliciones de la esclavitud en esta zona, aparte de las que vimos para Venezuela y Colombia, son tardíamente categóricas. Brasil, que es el primero y más importante de estos países, termina por abolir la esclavitud recién en 1888. Inglaterra lo había hecho en 1834, Francia en el '48, Holanda en el '65, Estados Unidos en la misma fecha, y España, aunque hay varias medidas parciales, termina su abolición recién en 1889. (5) Es decir que casi en el umbral del siglo XX termina el sistema de esclavatura dentro del área de la América mulata.

También en Brasil, tal vez por la existencia de grandes tensiones, se registran algunas de las gestas más notables de los movimientos proletarios. En primer término, continúan las rebeliones de los esclavos negros. Las más estudiadas son de esclavos mahometanos de Bahía, que en sólo 38 años, realizan nada menos que diez movimientos revolucionarios contra las autoridades brasileñas, sus patronos, e incluso contra los esclavos no mahometanos. Están también los movimientos de campesinos de jacquerie, casi permanentemente entre 1833 y 1848, en los estados de Alagoas, Pernambuco, Pará, Bahía, Maranhão y Piauí con el nombre de *cabanada, vina-grada, sabinada, balaiada o revuelta praeira*.

(4) A la fecha cuatro potencias coloniales (Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos), retienen 19 posesiones con 611.223 kilómetros cuadrados, habitados por 9.602.000 habitantes.

, (5) Ver Víctor Alba: *Le mouvement ouvrier en Amérique Latine*, Paris, Ed. Ouvrières, 1953, p. 72, ampliado en español en el año 1964, con el título de *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Lib. Mex. Nuestra opinión sobre su punto de vista en la revista *Movimiento Operaio* de Milano, nº 3, año VI, maggio-giugno, p. 507.

Estos movimientos con una base estrictamente campesina, buscan permanentemente, de un modo ciego, a menudo brutal, pero en que la presencia proletaria es dominante, terminar con un sistema de explotación que mantiene en los hechos la vida social colonial de castas. Brasil, que en el siglo XIX es realmente apasionante por el conjunto de problemas que plantea, tiene también rebeliones más modernas, con un contenido de más factible comprensión internacional y en especial para el medio europeo, como por ejemplo la conjuración de los *altaites*, es decir de los artesanos, de Bahía, influída por la Revolución Francesa a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX; la revolución pernambucana de 1817 que comentó Stendhal, y el movimiento de los *farrapos*, es decir de los harapos, de Río Grande do Sul en 1835, en el que intervendrá Giusseppe Garibaldi.

III

En Brasil el problema termina por resolverse, al entrar en crisis la vieja estructura colonial, por la aparición en la región meridional de una nueva zona, (económicamente diferente por basarse en el trabajo libre), que es la de los estados de São Paulo, Santa Catalina y Río Grande do Sul. Estos tres estados van a formar conjuntamente con Uruguay, Argentina, Chile, y Costa Rica la tercera de las regiones que interesa estudiar.

Se caracteriza porque la mano de obra, la base proletaria, no es india, porque ha sido exterminada (en el Uruguay en 1832) o puesta en reservas al estilo de Estados Unidos, como sucede en Chile a partir de la guerra araucana de 1861 en que quedan los indios confinados en la zona de Temuco, y tampoco hay negros, esclavos ni libertos. La mano de obra es proporcionada, por la emigración espontánea europea, especialmente latina. Serán italianos, españoles, franceses, y, en menor grado, alemanes, los que proveerán la mano de obra necesaria e integrarán el proletariado y las nuevas clases medias de las ciudades de estos países. Bue-

nos Aires, Montevideo, São Paulo, Santiago de Chile son ciudades en las cuales, a fines del siglo XIX hay un verdadero aflujo de proletarios europeos que sumergen la antigua población y cambian totalmente su fisonomía social.

Los demógrafos han señalado que entre 1850 y 1950 han inmigrado a América Latina unos 17 millones de personas, de los cuales siete fueron a Argentina, cuatro al Brasil, dos a Chile y uno a Uruguay, correspondiendo el resto a los demás países. De los inmigrantes, los grupos mayores serían italianos (6 millones), españoles (cuatro millones) y portugueses (un millón). Para comprender la importancia de estos guarismos debe tenerse en cuenta las poblaciones globales existentes en los países citados, a tiempo de la llegada de los inmigrantes (6).

Aquí sí es posible encontrar los primeros elementos del socialismo. Hasta ahora hemos hablado exclusivamente de movimientos proletarios, de movimientos reivindicativos, de ascenso de las masas, etc., pero deliberadamente no hemos empleado la palabra Socialismo. Será en estas ciudades donde aparecerán los primeros precursores del socialismo. Esteban Echevarría, el fundador de la Asociación de Mayo de Buenos Aires; Francisco Bilbao y Santiago Arcos creadores de la Sociedad de la Igualdad en Santiago de Chile; y los europeos venidos de los círculos fourieristas o saintsimonianos, como Eugéne Tandonnet que por 1844 publica en Montevideo una revista fourierista, que tiene cierta resonancia en los círculos platenses o revolucionarios europeos del tipo de Giuseppe Garibaldi, que después de la Revolución de los farrapos de Río Grande do Sul, pasa al Uruguay, donde interviene en la guerra grande de los países del Plata, acompañado por una falange de italianos venidos del círculo de ideas del *Risorgimento* italiano. Estos precursores sin

(6) Gonnard (*Essai sur l'histoire de l'émigration*, Paris, Vilois, 1928) y Reinhardt (*Histoire de la population mondiale*, Paris, Domat, 1949).

embargo obtienen frutos menguados porque no guardan estrecho contacto con las masas proletarias (7).

El movimiento proletario organizado se inicia a mitad del siglo. Que sepamos, las primeras sociedades obreras, son chilenas, fundadas en 1847. Al principio son sociedades de socorros mutuos, entidades artesanales, y finalmente sociedades de oficios. Los tipógrafos, carpinteros, zapateros, de estas ciudades comienzan muy lentamente a organizarse a partir de esta fecha y no solamente en estos países sino también en México y las posesiones españolas del Caribe, Puerto Rico y Cuba. Entre las décadas del 50 y 60 se producen las primeras huelgas importantes y se manifiestan de un modo tímido pero creciente las aspiraciones de la clase proletaria ciudadana organizada.

Una tercera etapa se cumple finalmente con la Asociación Internacional de los Trabajadores, que es también un acontecimiento para la historia social de América Latina. (8)

Cada uno de estos primeros grupos del socialismo popular actúa independientemente y se relaciona más con el país de origen de sus integrantes —Francia, Italia y España— que entre sí, con los países y ciudades vecinas, e incluso con la sociedad rural de su propio país.

Las sociedades obreras de la época publican incluso su prensa en francés, italiano y alemán. La *Gran Sociedad de Carpinteros y Anexos de Buenos Aires* publica durante veinte años un periódico trilingüe en italiano, francés y español. En el mismo nombre de estas sociedades se registra esa ca-

(7) Excluimos deliberadamente el movimiento de colonias utópicas, que a imitación de *New Harmony* de 1829, se expanden por Chile, Brasil, Paraguay, etc., pero sin buscar influir sobre el medio latinoamericano. Véase sobre el tema nuestro libro *Las ideas socialistas en el siglo XIX*, Buenos Aires, Iguazú, 1967, 4a. ed. ampliada.

(8) A este tema se dedica enteramente el capítulo III de este libro al cual nos remitimos.

racterística internacional, heterogénea, que tiene este nuevo proletariado en embrión de América Latina. Es muy fácil encontrar sociedades cosmopolitas, sociedades internacionales, sindicatos universales, o corporaciones mundiales. Estas denominaciones señalan elocuentemente el carácter complejo, hasta por sus distintos orígenes, del proletariado en estas ciudades. En cuanto a la ideología y la táctica, en la mayoría predominan las ideas que en Europa son enunciadas por Proudhon, Blanqui y Bakunin. La presencia del viaje de Bakunin en 1864 a Italia, y de Fanelli en 1868 a España se siente 10 años más tarde en la misma forma en la América Latina. En estas sociedades predomina la ideología anarquista en la forma primitiva previa a la aparición de Kropotkin.

En cuanto a la práctica o táctica sindical de estas sociedades, lo mismo que los sindicatos españoles, donde predominan también los anarquistas, se organizan como sociedades de resistencia, y se coordinan en federaciones regionales de una mundial asociación, que no sobrevivirá por cierto a las federaciones regionales.

En la década del 80 en estas ciudades se organizan los más importantes gremios, y se producen las primeras huelgas generales. La tendencia a federar en un plano amplio estos movimientos se encuentra en México en el Congreso del '76, el primer congreso nacional de los trabajadores mexicanos, y se crea la gran Confederación de los Trabajadores Mexicanos de 1880. Hay movimientos similares en Uruguay, Argentina, Perú y Cuba. Lo mismo que en España y en menor grado Italia, una floración de ateneos, centros de estudios sociales, escuelas racionalistas o modernas, y una prensa múltiple, espontánea y pionera, que difunde el ideal libertario e incluye intelectuales de estos dos países. Existe todo un estilo dentro de los países de que estamos hablando en que la literatura está influída por las ideas anarquistas originarias de estos círculos. Finalmente, se crean entidades permanentes y definitivas, a las que le corresponderá la orientación del movimiento obrero latino-americano durante muchos años, como son, entre otras, la Federación Obrera Re-

gional Argentina, F.O.R.A. 1881; la Federación Obrera Regional Uruguaya, F.O.R.U. 1905; la Federación Cubana del Trabajo, la Casa del Obrero Mundial de México, 1912, y la Federación Obrera Internacional de Bolivia. Si bien es cierto que por simplificación decimos que estos movimientos son anarquistas o anarco-sindicalistas, hay ciertas variedades específicas y originales, por ejemplo lo que en Río de la Plata se conoce con el nombre de forismo, nombre derivado de las siglas F.O.R.A. y F.O.R.U. y que consiste en la concepción de la federación obrera como partido anarquista. Es decir que a todos los miembros de los sindicatos se les reclama una adhesión a los principios anarquistas. Además hay que contar ya a principio del siglo XX, la influencia del sindicalismo revolucionario, del tipo de la *Confederation Generale du Travail* del congreso de Amiens, o en Estados Unidos los *International World of Work*, los I. W. W. Surgen entidades como la filial chilena de los I. W. W., que todavía hoy existe, aunque en un estado fósil; la Confederación General de Trabajadores de México, en este caso mezclada al anarco-sindicalismo, y finalmente la Unión General de Trabajadores de la Argentina que hará simultáneamente la competencia a la F.O.R.A. y a los trabajadores organizados por los social-demócratas.

En cuanto a la social-democracia, y las corrientes orientadas por el marxismo, lo mismo que en España, su importancia en el siglo XIX es menor; alcanza a un sector menos combativo y tiene manifestaciones posteriores en el tiempo a las que venimos citando. En Argentina, Brasil y México el embrión del movimiento social-demócrata son clubes de obreros de lengua alemana. El de Buenos Aires, es un importísimo centro que mantiene una actividad extraordinaria durante 20 años como promotor del movimiento social-demócrata en América austral. El Partido Socialista argentino recién se constituye en 1896, fecha relativamente tardía frente a los movimientos anteriores. El Partido Socialista uruguayo corresponde al año 1910, y son estos dos los únicos partidos socialistas que adhieren a la Segunda Internacional. (9) Tam-

bién se debe contar el Partido Democrático chileno, fundado con anterioridad en 1887, partido artesanal, con vagas aspiraciones de carácter social y del que se separa, bajo la dirección de Luis Emilio Recabarren, el Partido Socialista chileno en el año 1912. En Brasil se funda también un partido socialista en 1912, y en México hay otro partido fundado en 1914, que tiene escasa duración y mínima resonancia.

Tanto el movimiento anarcosindicalista como el movimiento socialdemócrata de inspiración marxista no llegan a organizarse de una manera permanente y efectiva en sus países, y mucho menos a federarse en este siglo XIX en agrupaciones de carácter continental. Habrá que esperar hasta 1928-1930 para tener las primeras federaciones de carácter continental. De todas maneras consignemos los triunfos del Partido Socialista Argentino, que conquista su primer diputado en 1904, y alcanza un auge considerable en la primera mitad del siglo XX obteniendo en 1913 la mayoría de los votos en Buenos Aires.

IV

Para terminar refirámonos a los antecedentes en el siglo XIX de la Revolución Mexicana. México presenta la singularidad de una especie de conjunción, que se va a revelar explosiva, entre la ideología socialista, con todos sus matizes, y por otra parte un cuadro social de tensiones típico de Indo-América. Además en México más que en otros países, este proletariado mestizo e indio tiene el anticipo de una conciencia de clase, y siente, aunque vagamente, su fuerza. En estas rebeliones que hemos citado del siglo XIX y en su intervención en las mal llamadas revoluciones, afirma su personalidad y crea un estilo propio que fructifica en la gran

(9) Puede dar una idea del proceso de organización de estos partidos, así como del desarrollo del Partido Socialista argentino la insustituible obra de Jacinto Oddone: *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, 2 vols.

Revolución Mexicana de 1910, seguramente el movimiento proletario más importante de América Latina en la primera mitad del siglo XX. En 1869 estallan los primeros movimientos agraristas, que reclaman la Reforma Agraria frente al crecimiento del latifundio y la expropiación de las comunidades indígenas. Las necesidades de tierras, características de la revolución mexicana, típicas de una comunidad campesina tienen, a mi juicio, cierto parecido con los movimientos similares contemporáneos en países europeos como Rusia y España.

Del punto de vista ideológico, el esfuerzo más sostenido de infiltración es el cumplido por el llamado Partido Liberal Mexicano, que no es partido ni es liberal, porque está formado por anarquistas orientados por los hermanos Flores Magón, y su intención no es justamente intervenir en las elecciones, aunque se oponen al reeleccionismo continuado del dictador Porfirio Díaz, sino que reclaman de acuerdo a la vieja divisa española, *tierra y libertad*. Realizan una serie de sublevaciones y de revueltas armadas desde 1900, 1903, 1905, 1906 a 1909.

¿Es posible trazar con todo esto un balance, hacer un resumen? Es difícil por la misma diversidad del cuadro. Parece posible señalar un constante ascenso de masas, en un sentido progresista. Hay una tendencia que puede ser ciega, y a veces errónea, pero siempre constante en el sentido de la libertad de las masas populares y de su mejor condición de vida.

En algunos países significa una mejora incluso del standard vital de las masas, y finalmente, en los países de la llamada América blanca, la presencia de los movimientos socialistas y obreros ha contribuido eficazmente a establecer o a permitir, la existencia de la democracia política. El movimiento obrero y socialista es una de las garantías, en países como Chile y Uruguay, de la existencia de libertades democráticas, que hacen de ellos comunidades modernas.

Para terminar, diría que este es un proceso abierto. Naturalmente toda la historia es un proceso abierto, y toda la

cadena histórica tiene un eslabón que nosotros tenemos en la mano. Pero en el caso de América Latina este eslabón, digamos, nos quema la mano, porque los hechos que actualmente se registran en nuestros países, indican que un proceso revolucionario se encuentra en curso, y podríase mostrar cómo las grandes líneas continúan en términos generales, los trazos del procesos que esbozamos.

CAPITULO III

AMERICA LATINA Y LA PRIMERA INTERNACIONAL

I

Las fuerzas de la izquierda político-social han celebrado, y es su derecho, en 1964 el centenario de la Primera Internacional, de la Asociación de Trabajadores. Comunistas, anarquistas, socialistas han evocado los grandes hechos que se iniciaron en el histórico mitin de Saint Martin's Hall de Londres en setiembre de 1864, y las personalidades de figuras como las de los integrantes de su Consejo Central, con sede en Londres, Carlos Marx y Federico Engels, o de su apasionada oposición, que simboliza en grado superlativo Miguel Bakunin.

Pero la evocación, aún siendo legítima, por cuanto la continuidad histórica se ha fijado a lo largo de un siglo en hechos significativos para el movimiento obrero y social, no omite la verdadera Historia, sino que al contrario, obliga a su consideración objetiva, y por tanto no sectaria.

Entendiéndolo así el Centre National de la Recherche Scientifique de Francia, y el Comité Internacional de las Ciencias Históricas que patrocina Unesco, han organizado conjuntamente en París un coloquio internacional sobre el tema "La Historia de la Primera Internacional". Allí se comunicaron y discutieron las investigaciones que veníanse celebrando desde 1960 en el seno de la Comisión de Historia Social

y de las Estructuras Sociales, se llegaron a ciertas conclusiones y acordaron nuevos e importantes trabajos. (1)

El ángulo bajo el cual se cumplió el coloquio era tan múltiple como el que define Kriegel en un reciente libro sobre el internacionalismo obrero, que a su juicio no solamente es un acontecimiento en el seno de la historia contemporánea, sino además tanto un elemento de la historia social como de la historia de las ideas. Los participantes reconstruyeron las "secciones", casi siempre clandestinas, que a partir de 1864 se extienden de Londres a Buenos Aires y de México hasta Berlín, en cuyas filas milita una élite de obreros, artesanos e intelectuales animados por las ideas revolucionarias que se forjan simultáneamente a su experiencia por los líderes del marxismo, y por quienes se definen en su oposición, como los blanquistas, los prodhonianos, los sindicalistas, los anarquistas colectivistas, y otros grupos menores.

La perspectiva de un siglo destaca junto a la diversidad de las ideas la unidad revolucionaria de los hechos, y más todavía de la acción práctica. Se comprende que en una de las sesiones el famoso marxólogo francés Maximilien Rubel haya dicho: "Bakunin fue el primero de los marxistas, y Marx el mejor de los bakuninistas".

El material reunido por los historiadores (entre los cuales había desde sacerdotes jesuitas a afiliados a partidos comunistas reinantes), es prácticamente immenso. Se ha reencontrado casi toda la prensa, han ubicado millares de documentos (incluyendo los curiosos informes de la policía), pero queda mucho por saberse, particularmente en las "secciones" de los países marginados, ya sea de aquellos que en el este de Europa salían entonces penosamente de la servidumbre, co-

(1) Durante varios días 50 franceses, 5 alemanes, (de ambas Alemanias), 3 belgas, 1 español, 2 norteamericanos, 4 ingleses, 3 húngaros, 1 israelí, 3 italianos, 1 japonés, 3 holandeses, 3 polacos, 1 sueco, 3 suizos, 1 checoeslovaco, 4 rusos, y 1 uruguayo participaron en las deliberaciones.

mo de los americanos que dibujaban su silueta en la independencia, cuando no luchaban todavía por ella, como Cuba, Puerto Rico y el propio México frente a la intervención imperialista.

Si un siglo es bastante para tener la famosa perspectiva de la historia, pronto se cumplirán también los centenarios de dos hechos que forman parte de la vida de la primera Internacional: la aparición del primer tomo de *El Capital* (1868) y *La Comuna de París* (1871).

Considerando ese balance y habida cuenta de los acontecimientos que arrancando de 1864 llegan a nuestros días, no puede dudarse del éxito histórico de la fecundísima simiente que dejó la acción de los primeros internacionalistas obreros.

Si el mundo contemporáneo resulta incomprendible sin el conocimiento de los movimientos sociales, y de los sistemas nacionales que han estructurado, se comprende que el estudio de sus raíces históricas se debe considerar un tema de capital importancia. Hecho el inventario de lo conocido, los participantes del citado coloquio se comprometieron a continuar sus estudios, particularmente en el ángulo de perfeccionar el conocimiento de la vida de las "secciones" y de su influencia en el medio social correspondiente.

II

Es prematuro escribir en términos definitivos sobre la historia de la Asociación Internacional de los Trabajadores en América Latina por cuanto el escaso material posible no ha sido debidamente relevado, ni existen las investigaciones nacionales para cada país basadas en el inventario de los materiales locales, difícilmente conocidos por los investigadores extranjeros. (2)

(2) Por ejemplo el meritorio esfuerzo de la Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales para la publicación de los impresos y periódicos de 1860-1877 y 1862-1877 respectivamente y finalmente la edición de las actas oficia-

En los últimos años, sin embargo, se multiplican las publicaciones, y prácticamente en casi todos los países latinoamericanos más adelantados existen historiadores locales que inician este tipo de estudios, editando los primeros libros monográficos sobre historia del movimiento obrero nacional. Sigue a menudo que se trata de autores no profesionales, alejados de las normas de erudición correctas y sus informaciones son imprecisas o marcadamente teñidas de ideología.

El *Colloque International sur l'Histoire de la Première Internationale* que se cumplió en París en 1964, organizado por el Centre National de la Recherche Scientifique francesa y la Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales du C.I.S.H. inicia una nueva etapa en este campo.

Cabe anotar primeramente que los mismos internacionales como que vivieron dominados por la grandeza de su obra inmediata, (vincular efectivamente a los movimientos sociales de los países europeos occidentales), no pudieron iniciar trabajos efectivos para extender la Internacional a los países latinoamericanos.

Por otra parte el tardío ingreso en la AIT de los núcleos de lengua española, portuguesa e italiana, que por obvias razones estaban más vinculados a los centros latinoamericanos, hizo más difícil aquella empresa. (3)

les de las Federaciones y Secciones nacionales de la AIT, que en tres volúmenes se han publicado en París integrando el *Repertoire International des Sources pour l'Etude des Mouvements Sociaux XIX et XXe. siècles*, Colin, 1951-1963, no arroja elementos de juicio sobre el tema.

El autor viene trabajando, con un equipo de sus alumnos, en el tema *Fuentes para la historia del movimiento obrero y social en el Uruguay*, con el patrocinio de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de Montevideo, pero no tiene noticia de trabajos de relevamiento crítico similar.

(3) Por ejemplo si se examinan las actas del Consejo General de Londres correspondientes al periodo 1864-1866 o las minutas de la Conferencia de Londres de 1865 se aprecia el hecho. Tomando

Pero si la instalación de núcleos de "internacionalistas" es en América Latina retardada en comparación con los países europeos, no puede decirse que la AIT se desconociera, o que los militantes de la misma no tuvieran referencia a los problemas latinoamericanos. Sería a todas luces interesantísimo relevar la prensa latinoamericana de 1864 en adelante para establecer la imagen que en la opinión pública de cada país existía sobre la AIT. (4)

El mismo interés por los trabajos e ideas de la AIT se vio en América Latina facilitado por una anterior y relativamente importante difusión del socialismo de las primeras etapas. Hubo en muchas ciudades latinoamericanas saintsimonianos y fourieristas, y particularmente Pierre-Joseph Proudhon tuvo adeptos fervientes desde México a Bolivia. La historia de esas primeras manifestaciones socialistas corresponde al capítulo anterior, pero la recordamos para explicar la rápida y hasta profunda pasión "internacionalista" que en su momento hubo en ciertas regiones de América Latina.

la edición del Institute of Marxism Leninism of the CC.CP.S.U. publicado en ocasión del Centenario de la AIT (Documents of the First International) se aprecia que entre muchos países y ciudades, solamente se cita, por dos veces, a México, págs. 168, 248. Realmente sólo la segunda citación hace referencia a posibles adherentes a la AIT en México, aunque la primera, (que corresponde a la sesión del 27 de febrero de 1866), defiende el derecho del pueblo mexicano frente a la agresión imperialista que entonces sufría.

La extensión de las tareas de la Internacional a países como España, Portugal e Italia está citada expresamente en el acta del 20 de marzo de 1866, p. 173. España participa en la Conferencia de Londres de 1871, aunque se le cita conjuntamente con Alemania e Italia, p. 240 ob. cit., como países donde es posible difundir la Internacional mediante un esfuerzo sistematizado.

(4) Hemos señalado para el Uruguay el caso en nuestro trabajo, José Pedro Varela, sociólogo, Montevideo, Medina, 1956, y tenemos entendido que el Prof. Hernán Ramírez Necochea ha hecho lo mismo en un trabajo todavía inédito para su país, Chile.

Al contrario la imagen de América Latina que posee por ejemplo el Dr Karl Marx en estos años es fácilmente reconstruible por

Los países europeos que mantenían colonias en tierras latinoamericanas tuvieron una explicable facilidad en que se instalaran secciones de la Internacional en sus posesiones ultramarinas. Aparte de una sección francesa que aparece en 1865 en La Martinique; (5) es el caso particularmente de las "provincias" españolas de Cuba y Puerto Rico, cuyo proletariado está alimentado por una amplia migración popular hispánica. En la prensa española obrera y social debe haber referencias importantes a esos primeros intentos (6) y recientemente—por lo menos para el caso de Cuba—se ha comenzado a relevar los elementos documentales que pueden encontrarse todavía en las Antillas. Es explicable que el movimiento obrero y social cubano siga derroteros paralelos al español.

Según el meritorio José Rivero Muñiz "el primer gremio (cubano) genuinamente obrero lo fue la Asociación de Tabacueros de La Habana, cuyas bases quedaron aprobadas a fines de junio de 1866 creada por iniciativa de Saturnino Martínez, fundador a su vez del semanario *La Aurora*, "dedicado a los artesanos" cuyo primer número se publicó en La Habana el domingo 22 de octubre de 1865" (7)

la lectura de sus escritos, aunque no sucede lo mismo con otros personajes menores.

En el caso de Giusseppe Garibaldi, cuya presencia en Londres contribuye a vincular a los fundadores ingleses de la AIT, y cuyo representante el Mayor Wolf se encuentra entre los miembros del primer Consejo, es de señalar su vida en América del Sur (Brasil y Uruguay), entre los años 1835-1848.

(5) Los autores franceses no han estudiado esta sección de la cual hemos visto referencia en Max Nettlau, pero sin mayores informes.

(6) El excelente volumen de Renée Lamberet, *L'Espagne, 1750-1936*, París, Les Editions Ouvrières, 1953; sin embargo no cita publicaciones de obreros españoles residentes en las "provincias" ultramarinas.

(7) Pp. 11-12 de *El primer partido socialista cubano. Apuntes para la historia del proletario en Cuba*, Las Villas, Universidad Central, 1962. De este autor hay que tener también en cuenta *El mo-*

La sindicalización cubana parece iniciarse en el sector de inmigrantes españoles que trabajan en las *tabaquerías*, y esto se explica por cuanto se trata de un sector industrializado con vistas a la exportación. No debe olvidarse que hasta 1898 existe la esclavitud en las islas antillanas de bandera española y son esclavos los que en mayoría laboran en ingenios, cafetales y haciendas, aparte de tareas artesanales en las ciudades. Aquellos obreros son de inspiración anarquista y "las doctrinas socialistas aparecen relegadas a segundo término mientras que las ácratas ocupan el primer plano. Nadie habla de Marx, ni de Engels, y mucho menos de Owen, Fourier y demás precursores del socialismo, pero en cambio los nombres de Bakunin, Malatesta, Kropotkin, Reclus y Anselmo Lorenzo no son desconocidos entre los obreros cubanos y españoles que trabajan en las *tabaquerías* donde a diario son leídas y comentadas sus respectivas producciones". (8)

Este movimiento obrero y social cubano de inspiración anarquista culmina, a través de periódicos como *La Aurora* y *El Productor* —que según Nettlau se inspira en el del mismo nombre de Barcelona— (9) en el llamado Primer Congreso Obrero celebrado en La Habana en noviembre de 1887, y la fundación del Círculo de Trabajadores de La Habana (local de los gremios de la capital) y finalmente en el Congreso Regional Obrero de 1892.

vimiento obrero durante la Primera Intervención (1961), El movimiento laboral cubano durante el período 1906-1911 (1962) y Carlos B. Bañón (1962), los dos primeros también editados por la Universidad de las Villas y el último por la Com. Nac. Cubana de la UNESCO. El periódico *La Aurora* lo hemos consultado en el Inst. de Amsterdam, y termina de reeditarse en La Habana la valiosa obra de Portuondo.

(8) Ob. cit. de Rivero, p. 21. Tiene una obra anterior. *La lectura en las tabaquerías* (1931), La Habana, Bibl. Nac.

(9) Max Nettlau, Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914. Bs. As. La Protesta, 1127, p. 11.

Este movimiento obrero y social, posiblemente en toda América Latina es el más vinculado con Europa, y por defecto tal vez el menos enraizado en la realidad social local, debió integrar en el plano de sus cuadros dirigentes el ambiente de la Alianza Democrática Socialista y el bakuninismo. Para probarlo será necesario compulsar su prensa, sin perjuicio de ubicarse los documentos originales correspondientes emanados de sus sociedades.

El marxismo llegó mucho más tarde a Cuba. El profesor V. Ermolaev ha señalado su relación con el movimiento obrero estadounidense que se inicia en ocasión de la guerra civil de 1868-1878 que lleva a instalar tabaquerías en los Estados sureños con personal cubano, como una vía de esa penetración ideológica, aunque no aporta las pruebas correspondientes. (10)

La situación en los países latinoamericanos independientes se puede ordenar en dos grandes grupos. Por una parte aquellas sociedades más urbanizadas, donde la inmigración europea es abundante, o la difusión de las nuevas ideas sociales más precoz, como es el caso de México, Argentina, Uruguay, Chile y Brasil. En todas ellas podemos estudiar las trazas de un movimiento social "internacionalista", en general tardío, o sea posterior al Congreso de La Haya de 1872, limitado a las ciudades y apoyado casi exclusivamente en la

(10) P. 118, en el ensayo "Surgimiento de las primeras organizaciones obreras y círculos marxistas en los países de la América Latina, 1870-1900" y en la revista *Estudios*, Montevideo, nos. 13-14, año V, marzo de 1960, traducción del nº 1 de *Cuestiones de Historia*, Moscú, 1959.

Carlos Baliño, nacido en 1848, lo cita como fundador del Grupo Obrero, primer círculo marxista, pero debe referirse al "Partido Revolucionario Cubano" de 1892 (y por tanto fuera de nuestro tema), según resulta de la ob. cit. de Rivero Muñiz, p. 7.

Recientemente se ha destacado la presencia en Cuba, pero sin intervenir en la vida política local, de un amigo personal de Marx y Engels, el alemán Georg Weerth, que actúa como su corresponsal. Véase Juan Marinello "Homenaje a Georg Weerth", revista *La Gaceta de Cuba*, La Habana, nº 26, del 18 de septiembre de 1963.

inmigración europea, o por lo menos alentado por sus líderes más activos casi siempre llegados recientemente de España, Francia, Alemania o Italia. En los otros países prácticamente se desconoce la Internacional, en sus manifestaciones organizativas, sin perjuicio de que nuevas investigaciones nos corrijan en nuestro aserto.

Cada uno de estos países citados en el primer grupo presenta, sin embargo, características singulares que deben ser consideradas separadamente.

El caso de México está muy condicionado por la particular coyuntura histórica que vive el país como consecuencia de la intervención imperialista franco-española de 1861-1867. La Reforma con sus leyes de desamortización y nacionalización transformaron las estructuras agrarias, aumentó la productividad agraria y se impulsó la industrialización, aunque sobre la base de un proletariado nacional, a diferencia de otros países latinoamericanos donde la inmigración es decisiva.

El incipiente movimiento obrero mexicano se organiza a través del llamado "Círculo de Obreros de México" fundado en 1872, que en 1874 —según un nuevo reglamento— se le conoce como "Gran Círculo de Obreros". Dos años más tarde (la entidad contaba con sus filiales en los demás Estados mexicanos con unos ochocientos mil miembros), se convoca el Primer Congreso Obrero Permanente que se inicia en la ciudad de México el 6 de marzo de 1876. Un Segundo Congreso se cumple en 1881, pero el movimiento decae en la medida en que, a partir de 1884, se afianza el porfirismo, es decir la dictadura del Gral. Porfirio Díaz que durará hasta 1911, ahora para dar paso a la Revolución Mexicana.

En esos años 70 hay una amplia prensa obrera y social mexicana destacándose *El Socialista*, fundado en 1871, *La Internacional*, *El hijo del trabajo*, *La Comuna*, *La huelga*, *El obrero internacional* y otros, en que intervienen personalidades como el griego Plotino Rhodakanaty, traductor de P. J. Proudhon, y a quien reconocen como maestro Francisco Zalacosta, Santiago Villanueva y Juan de la Mata Rivero, aunque éste se convirtió en el líder de la tendencia reformista que

acepta el paternalismo de los políticos de la época. Estos terminaron por poner a sus órdenes el incipiente movimiento obrero, para finalmente desintegrarlo.

Este movimiento obrero y social mexicano se siente identificado, (por lo menos en el nivel de sus dirigentes), con la AIT. La noticia de su fundación fue conocida y comentada en México. En 1869 Villanueva edita en un folleto los acuerdos del Congreso de Ginebra de 1866, y en el semanario *El Socialista* se da cuenta de las reuniones y resoluciones del Consejo General y de los congresos y secciones europeas.

Ciertos documentos nos precisan que el conocimiento que existía en México de la Internacional llegaba incluso al nivel de las disputas internas ideológicas, y alineaba a sus dirigentes en uno y otro sentido. (11)

Producida la escisión del Congreso de La Haya, y sin perjuicio de que el Consejo General ahora residente en Nueva York mantenga relaciones epistolares con el Gran Círculo de Obreros de México, (12) y que en el periódico *El Socialista* (subvencionado a la fecha por el gobierno y de total orientación reformista), se publicara en 1888 la primera traducción conocida al español del Manifiesto Comunista, los cuadros di-

(11) Por ej. en el Primer Congreso Obrero un delegado dice textualmente: "De asuntos internacionales, ignoro... Aquí hay un grupo de agitadores extranjeros, políticos profesionales, expulsados de sus países por malhechores que vienen a haber obra de lesa patria. ¿Qué necesidad tenemos de ocuparnos de lo que pasa en Londres? Lo que aquí debemos tratar es de dar nuestro contingente, hecho confianza, a los promotores del Congreso... Mucho se habla de comunismo, del socialismo y de otros ismos de importación que el Sr. Rhodakanaty nos ha hecho conocer con piel de oveja"..., p. 78 de *El movimiento obrero en México*, de José C. Valdés, Bs. As., La Protesta, 1927.

Del mismo autor y en el Apéndice intitulado, *Documentos para la historia del anarquismo en América*, se aprecia un entendimiento epistolar entre los internacionalistas mexicanos y uruguayos mediante su orientación común bakuninista y proudhoniana.

(12) Citado por V. Ermolaev en art. cit., p. 113.

rigentes se mantienen fieles a la tendencia autodeterminada "anticorporativa". Bajo el nombre de "La Social", cuya secretaría ejerce Zalacosta, se agrupan obreros, y artesanos influidos por las nuevas ideas. La correspondencia —por ejemplo desde Montevideo— ya en 1872 los considera "sección mexicana de la Asociación Internacional de los Trabajadores", aunque según J. C. Valadés fue recién después de su reorganización en mayo de 1876 que "La Social" se consideró oficialmente como sección mexicana de la AIT jurásica, surgida del Congreso de Saint Imier. (13)

Todavía por julio de 1878 se funda el llamado "Partido Comunista Mexicano" (sic) que dice contar diecisiete "centros políticos", también de tendencia bakuninista, y que desaparece rápidamente, en las primeras etapas del porfirismo.

En Argentina la AIT cumple un proceso que podríamos calificar de clásico. Sus promotores tienen una vinculación orgánica y regular con Europa. Se inicia a través del Consejo Federal español cuyo secretario Francisco Mora escribe al Consejo General de la AIT en Londres por diciembre de 1870 recomendando ponerse en contacto directamente con Buenos Aires. A partir del 31 de julio de 1871 hay cartas de Federico Engels, en nombre del Consejo General londinense, a las que se contesta desde Argentina comunicando que con fecha 28 de enero de 1872 se había fundado una sección francesa en Buenos Aires que solicita al mes siguiente su incorporación formal a la AIT. El Consejo londinense reconoció oficialmente su existencia en julio de 1872, y la nueva sección estuvo representada en La Haya por un amigo de Lafargue, Raymond Vilmar, que llegando a Buenos Aires en 1873 corresponde con Marx. (14)

(13) En Valdés, ob. cit., pp. 78, 85 y 89.

(14) Seguimos el resumen del Prof. Ermolaev, ob. cit., pp. 106-109, que se cumple con material del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú. Angel M. Giménez, en su valioso folleto, *Páginas de historia del movimiento social en la República Argentina*, Bs. As.,

La organización de los "internacionalistas" de Argentina es muy característica de la especial estructura de la clase obrera platense en la década de los años '70. La primera "sección" es francesa, y entre sus 273 afiliados ha sido posible individualizar a muchos ex communards de 1871. Más tarde se desgaja de su seno la "sección italiana", cuya importancia es obvia dado el volumen de los trabajadores de ese origen en Buenos Aires, y recién es más tarde que aparece la "sección española", que por lo demás está constituida fundamentalmente de inmigrantes hispanos, aunque le es más fácil que a las anteriores reclutar adherentes locales. Desde 1872 los internacionalistas "argentinos" editan el periódico *El Trabajo* y mantienen una línea favorable al Consejo londinense. (15)

Por 1875 los internacionalistas franceses de Buenos Aires son involucrados en un proceso en que se les acusa del incendio de una iglesia, y al año siguiente la "oposición" bakuninista se separa para fundar un "centro de propaganda obrera" de escasa vida, lo mismo que el llamado "Círculo Socialista Internacional" de la misma tendencia de 1879.

Las ideas marxistas se refuerzan con la creación por los obreros alemanes residentes del club "Warwaets" en 1882 que intervendrá en la Segunda Internacional. Por su parte los anarquistas amplían su control del movimiento obrero y se organizan, al estilo español, en sociedades de resistencia y federaciones regionales, pero lo mismo que el club alemán y el Partido Socialista Obrero de 1892, ya están fuera de la órbita de la Primera Internacional.

La Vanguardia, 1927, identifica al Dr. Vilmart (más tarde abogado alejado de las cuestiones sociales), como un ex integrante de la Federación del Jura, lo que contradice a Ermolaev, p. 31.

(15) Esto se confirma con la lectura de los informes que los "internacionales" bakuninistas de Montevideo envían a las demás secciones. Véase la citada correspondencia con la sección mexicana, editada por Valadés, y particularmente p. 84 "...de Buenos Aires regreso desconsolado" (sic) en carta de abril de 1872.

La integración del Uruguay en la Internacional es bastante semejante a la argentina aunque, por las condiciones políticas más favorables, hay una mayor continuidad en el movimiento obrero y social y un predominio más marcado, incluso inicialmente, de la tendencia bakuninista y prouthoniana.

La correspondencia, tantas veces citada de Valadés, nos muestra cartas dirigidas ya en abril de 1871 "al secretario de la sección uruguaya de la AIT". (16)

Por setiembre de 1876 se transforma ese núcleo en "Federación Regional de Montevideo que lucha al lado de la Gran Asociación con sus principios de acción revolucionaria socialista", y por intermedio de la Federación Española solicita formalmente su incorporación al IX Congreso de la AIT, el celebrado en Verviers en setiembre de 1877. Aduce la entidad contar con seis oficios organizados, cinco secciones y dos mil socios permanentes.

Aceptada en la reunión de Verviers la Federación de Montevideo se transforma en "Federación Regional de la República Oriental del Uruguay" y por 1878 publica sus Estatutos y documentos de la AIT como son sus Estatutos Generales. (17)

En la práctica es este mismo núcleo de militantes el que terminado el ciclo de la Internacional por 1885 funda la Federación Obrera Local Uruguaya, que con diversos nombres pero siempre en una orientación similar, domina el panorama sindical uruguayo hasta la Revolución Rusa de 1917.

El mayor aislamiento de Chile, incluso por razones geográficas, explica que su relación con la Internacional fuera menor que la de los países atlánticos. Los sucesos de la

(16) Esto podría ser inicialmente un exceso del corresponsal mexicano, pero seguramente en enero de 1873 se ha formalizado la adscripción del núcleo de artesanos y obreros montevideanos a la AIT, como "sección uruguaya".

(17) Hemos reeditado en 1955 en la revista *Nuestro Tiempo*, Montevideo, nº 2, estos textos. No hemos podido consultar la revista *Internacional*, órgano de las clases trabajadoras, que también por 1878 se comienza a publicar en Montevideo por los internacionales bakuninistas.

Guerra del Pacífico (1874-1883) que enfrenta a Chile contra Perú-Bolivia, contribuyen a esa situación. No es extraño que el historiador chileno Ramírez Necochea diga que "la semilla sembrada por la Primera Internacional empezó a producir sus frutos pocos después de su disolución", sin perjuicio de que "la acción de tales organismos (internacionales) se hizo sentir sobre nuestra clase obrera a través de los siguientes conductos: 1) difusión de informaciones relativas al movimiento obrero internacional en la prensa chilena... 2) Hasta Chile llegaron en tránsito o para radicarse definitivamente numerosos obreros extranjeros... 3) Numerosos obreros chilenos tomaron contacto en oportunidad de salir del país con organizaciones de otros países... 4) También llegaron hasta Chile libros, folletos, periódicos y revistas publicados por los organismos obreros europeos y americanos... 5) Por último, es muy probable que las instituciones internacionales de trabajadores hubieran hecho llegar más de una vez hasta Chile, directa o indirectamente a algunos encargados de organización y propaganda". (18)

La situación de Brasil tiene los mismos inconvenientes que la cubana, pero incluso sin poseer sus mismas ventajas demográficas. En efecto, la subsistencia de la esclavitud hasta finales del siglo, no fue acompañada tan tempranamente, como en las Antillas, de la formación de un proletariado concentrado, sin perjuicio de que a través de la inmigración de origen portugués e italiano, y más tarde alemana, llegaran las nuevas ideas al Brasil. Francisco Mora, al informar al Consejo Federal de Londres en julio de 1871 de la creación del núcleo de Portugal decía con fundadas razones que seguramente se extendería la Internacional al otro gran país de lengua portuguesa, el Brasil.

En la práctica los intelectuales, artesanos y obreros libres adherentes a las nuevas ideas formaron en una especie de frente popular de lucha contra la esclavitud y el Imperio y la hora de la organización sindical fue postergada. En el Brasil

(18) Ob. cit., pp. 204-205.

rural hay movimientos subversivos espontáneos, incluso de tipo religioso, desconectados con las ideas revolucionarias de su tiempo. Recién por 1892 se intenta fundar un partido obrero, y se crean los primeros núcleos ideológicos marxistas. Los obreros italianos de inspiración libertaria o socialista, aunque residentes en Brasil, siguieron formando parte durante mucho tiempo del movimiento italiano con sede en la península. (19)

Si fuera necesario establecer una suerte de balance de este ciclo de la Internacional en América Latina el mismo es históricamente positivo. El movimiento obrero, hasta entonces incipiente y casi reducido a los moldes del mutualismo y la sociedad de oficios, en varios países adquiere la madurez que le capacita para encarar su organización en forma más permanente y firme. Al igual que en Europa estos centros obreros son verdaderas "academias" donde se discuten las nuevas y revolucionarias ideas de la década del socialismo mundial del '60. De estos núcleos arrancará prácticamente todo el movimiento obrero de la segunda mitad del siglo XIX en los países más adelantados de América Latina, hasta constituir las grandes federaciones de los primeros años del siglo XX, y los primeros partidos socialistas y ateneos libertarios e influir en el movimiento cultural finisecular desde Santiago de Chile a La Habana.

III

La época de instalación de las "secciones" de revolucionarios que en América Latina integraron la Primera Internacional debe extenderse de 1864 a 1881, y por tanto incluye desde la fecha inicial de la reunión londinense, hasta el fin de ambas ramas disidentes de la AIT.

En principio corresponde a la etapa de la vida independiente en que países como Argentina, Chile, México, Uruguay

(19) Véase nuestro ensayo bibliográfico "La stampa periodica italiana nell'America Latina", revista *Movimento Operaio*, Milano, nº 5, año VII, setiembre-octubre de 1955.

se organizan adquiriendo su fisonomía definitiva, dejando atrás los "tiempos difíciles" de las guerras civiles, o de la intervención extranjera. Puede decirse que por entonces la sociedad latinoamericana está en estado de formación, por cuanto se registra en la costa atlántica el aluvión de la inmigración que cambia la fisonomía de ciudades como Buenos Aires, Rosario, Montevideo, Porto Alegre, São Paulo, La Habana e incluso Rio de Janeiro. En esta sociedad abundan los elementos móviles en buena parte venidos del extranjero, y hasta prima un cosmopolitismo que facilita una rápida recepción de las novedades europeas. Muchos de estos internacionalistas de América Latina, han hecho ya una experiencia personal previa en Europa.

Marx anotaba que la solidaridad proletaria, por encima de lenguas y fronteras, tenía necesariamente un eco en América y América Latina prueba el aserto.

Si todo esto es imaginable, no deja de ser sorprendente la rápida aculturación que supone el arraigamiento de las "secciones" en los países latinoamericanos. El frondoso movimiento mexicano no es por cierto un hecho de "extranjeros", sino que se multiplica y profundiza en sindicatos, periódicos y grupos necesariamente nacionales. En Montevideo la "sección" local tiene por 1875 más afiliados cotizantes regulares que Austria-Hungría, Rusia, Escandinavia y Turquía reunidas.

Otro hecho a destacar es el nacimiento de la conciencia regional americana. Independientes de los centros de Londres, Nueva York o Ginebra, las "secciones" de Buenos Aires, Montevideo, México y tal vez de La Habana, se conectan directamente, intercambiando experiencias, y viven el intento de una hermandad revolucionaria latinoamericana.

CAPITULO IV

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE AMERICA LATINA EN EL SIGLO XX

I

Si en América Latina se compara la resonancia de los movimientos sociales en 1900 con la existente en la actualidad, resultan diferencias significativas.

A principios de siglo la cuestión social, (entendida en el sentido de la causa de la revolución social y los movimientos obreros y sociales), es una corriente subterránea perseguida por el aparato represivo estatal, y que, si bien es cierto que cuenta con la adhesión de fervorosos militantes e intelectuales vanguardistas, es ignorada por los grandes escritores, la prensa cotidiana, y la acción legislativa de los gobiernos.

A pesar que el establecimiento del movimiento sindical latinoamericano remonta a la década de los años 1855-1865, y que las nuevas ideas socialistas enunciadas por Proudhon, Bakunin y Marx-Engels llegan con la instalación de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Buenos Aires, Montevideo, México, La Habana, etc., entre 1865 y 1875, su opinión no alcanza a las Universidades, (donde hasta fines del siglo se batén burgueses espiritualistas y positivistas), ni plasma en organizaciones políticas o sindicales permanentes, y menos en transformaciones revolucionarias efectivas de la

estructura económica, social y política de los países latinoamericanos (1).

Hoy vemos a los varios países latinoamericanos aceptar oficialmente los principios revolucionarios. México celebra el Cincuentenario de su Revolución agrarista y antiimperialista de 1910, y Brasil se orientó hasta hace poco bajo la sugerencia de intelectuales que sostienen la causa de la Pre-revolución Nacionalista brasileña. En tanto, desde el Caribe, Cuba promueve con su revolución socialista una transformación radical de sus estructuras, al tiempo que corrientes poderosas de adhesión y rechazo frente a ella, sacuden a los pueblos de los demás países. Estados como Uruguay basan su estabilidad en la temprana admisión de los principios reformistas del movimiento obrero y social, mientras otros se enfrentan a inminentes situaciones revolucionarias. Por todas partes el movimiento sindical es una realidad definitiva, y en ocasiones poderosa.

En el ambiente intelectual, después de la publicación en 1924 de *La vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera, el tema social irrumpió en la novela y más tarde en la poesía. La Universidad se impregna de las ideas socialistas. El "intelectual comprometido" sustituye en todas partes a la "torre de marfil" de 1900.

La aceptación oficial por excelencia de una situación revolucionaria en proceso en América Latina resulta en forma categórica del mismo programa que el Presidente J. Kennedy de los EE.UU. bautizó el 13 de marzo de 1961 con el nombre de *Alianza para el Progreso*. Este vasto plan de inversiones por valor de un mínimo de U\$S 20 mil millones de dólares, a proveer por fondos oficiales norteamericanos, instituciones internacionales, capitales privados estadounidenses y europeos, y autofinanciamiento latinoamericano, se propone —de

(1) Una bibliografía y cronología sobre estos temas en nuestra obra *L'Amérique Latine. Mouvements ouvriers et socialistes*, ob. cit. caps. III al VI, años 1810 al 1936.

acuerdo a sus pregoneros— elevar la renta continental per cápita en un 2,5 % anual y difundir ese aumento entre toda la población, a través de la vivienda, educación, salud pública, y sanidad.

Estas medidas o mejoras, que por extensión se les denomina en los documentos oficiales "cambios sociales", complementados por proyectadas reforma agraria y fiscal, legislación laboral, integración económica y estabilización de precios, se esperaba que transformarían las condiciones históricas de los países latinoamericanos para prevenir nuevas explosiones sociales revolucionarias e inmunizar a las comunidades hasta ahora no revolucionadas del contagio de las premisas extremistas (2).

El plan supone la admisión oficial, y hasta por círculos particularmente interesados en el statu quo latinoamericano, de la existencia de movimientos sociales en estos países de una profundidad y dinámica revolucionarias, frente a los cuales resultan ineficaces las clásicas actuaciones policiales, y a las que es necesario quitarle virulencia con medidas que atiendan de alguna manera las aspiraciones de las masas.

La reforma social, poderosa con el apoyo del capitalismo mundial, entraría en pugna con la revolución social, estableciéndose una suerte de competencia a breve plazo por el dominio de la zona.

(2) El texto oficial de la Alianza para el Progreso ha sido publicado por la Unión Panamericana, Washington, 1961. Del mismo origen el material correspondiente a las Conferencias Panamericanas de Punta del Este de agosto de 1961 y São Paulo en 1963. Un interesante resumen de la cuestión —del punto de vista norteamericano— en "Journal of Inter-American Studies", Gainsville, nº 1, vol. V, january 1963, págs. 67 a 81, firmado por Walter Krause. La opinión del "Comité de los Nueve", en págs. 151-159 de la revista "Panoramas", México, nº 1, enero-febrero 1963. Las mejores visiones críticas en Gregorio Selser, Alianza para el Progreso, la mal nacida, B. A., Iguazú, 1964, y Ernesto Che Guevara, *Condiciones para el desarrollo económico latinoamericano*, Mont., El Siglo Ilustrado, 1966.

A la idea simplista de la "siesta latinoamericana" que evitaba el estudio de América Latina por los extranjeros, sustituye hoy el concepto de que es una zona explosiva, revolucionaria, cuyas decisiones o acciones pueden comprometer el destino histórico de la humanidad.

Los movimientos sociales latinoamericanos del siglo XX responden a su particular problemática, remontan sus orígenes en la historia colonial y el período independentista, y suponen ideas, soluciones o técnicas operacionales tan originales que incluso son imitadas en otros continentes. El peronismo argentino, o los movimientos indigenistas andinos, por ejemplo, no se explican sin conocer la industrialización bonaerense o evocar la sombra de Tupac Amaruc. Nada más americano, y al tiempo espejo de la revolución social universal, que los movimientos mexicano y cubano.

Todo esto no impide, sino que al contrario obliga, a la interferencia en ese cuadro de las tensiones internacionales. Los movimientos sociales implican luchas contra el poder imperial de turno, y obtienen explicablemente el apoyo de sus grandes rivales.

En el Río de la Plata el "imperio" inglés, será hostilizado por los americanos o los fascistas europeos de los años treinta; y en el Caribe el imperialismo norteamericano será desafiado hasta 1918 con el concurso del kaiserismo germánico, y más tarde del comunismo ruso-chino. En todos los casos los movimientos sociales populares parecen piezas menores en la estrategia política universal, pero es obvio que ese hecho profundiza la importancia de los conflictos histórico-sociales (3).

(3) Por lo demás esto es de la mejor tradición latinoamericana. Frente al dominio colonial portugués, (hasta 1713) y español, (hasta 1810), los ingleses promovieron el apoyo a los criollos, e incluso a las "castas" inferiores. Véase para el siglo XVII, por ej.

II

Muy típico de América Latina es el hecho que, si por una parte ensaya las más modernas ideas sociales, e incluso pone en circulación conceptos y estrategias originales, sin embargo mantiene características tradicionales regionales.

Un ejemplo son aquellos movimientos sociales en que se mezcla la protesta social con la religión popular. En el Brasil rural, particularmente, en las zonas de poblamiento "caboclo" siguen actuando los "santos" mesiánicos y milagreros que arrastran multitudes, fundan "ciudades santas", rehacen jerarquías eclesiásticas y predicen la justicia social evangélica que redimirá a los miserables del "sertão" o la "serra".

A la gran crisis económica de 1897 había acompañado la "guerra de Canudos", dirigida por Antonio Conselheiro, que ha inmortalizado Euclides da Cunha en "Os Sertões". Desde 1910 el movimiento renace a miles de kilómetros de distancia, ahora en el extremo sur, en los estados de Paraná y Santa Catharina. En el Contestado, sobre el Alto Uruguay se constituye un centro que animan sucesivamente los "santos" João Maria de Agostinho y "José María de Agostinho", hasta la extirpación del movimiento por 1916, después de la destrucción de la "ciudad santa" de Tamanduá.

Un observador afirma que la lucha era una insurrección de gentes "expoliadas de sus tierras, de sus derechos y de

Cromwell, los criollos y los indios y la conquista de Hispano-América, en la revista "Imago Mundi", Buenos Aires, nº 7, p. 66.

La intervención de la diplomacia alemana, gracias a la apertura de los archivos de aquel país después de 1945 nos es bastante conocida. Una visión del problema por Walter Markov, *Probleme des neokolonialismus und die politik der beidau deutschen staaten gegenüber der nationalen befreiungsbewegung*, págs. 23-106 en tomo I de *Konferenz Probleme des Neckolonialismus*, Leipzig, 1961. Sobre México revolucionario los trabajos documentales de Friedrich Katz; y para el nazismo *Zur politik des deutschen faschismus gegenüber Lateinamerika, 1933-1945*, de Manfred Kossok, págs. 421-434, del citado *Konferenz...*

su seguridad" y efectivamente la "proclamación" del "santo" João Maria prometía dividir entre los "hermanos" tierras y bosques, que por otra parte —acotamos— por entonces las autoridades locales entregaban en concesiones a grandes compañías capitalistas, en su mayoría extranjeras.

La injusticia de una estructura social feudal, la ignorancia de las multitudes agrarias, se une a la falta de salidas institucionales que permitieran expresar pacíficamente la oposición y el ascenso social y esto explica que a partir de 1893 en el Brasil rural la afirmación popular a menudo se produce a través del banditismo o el profetismo religioso (4).

Bastide ha observado que entre los afroamericanos no ha interesado el mesianismo, aunque su explicación del hecho (el catolicismo más ortodoxo que practican por oposición a los brasileños de origen mestizo), nos parece discutible (5).

La protesta social en el seno de este importante grupo se expresa en formas particulares también tradicionales, co-

(4) Hemos seguido el hermoso libro de María Isaura Pereira de Queiroz *La guerre sainte au Brésil: le mouvement messianique du "Contestado"*, São Paulo, Facultade de Filosofia, Ciencias e Letras, 1957, particularmente págs. 228-236. De la misma autora, *Classifications des messianismes brésiliens*, extracto de "Archives de Sociologie des Religions", Paris, nº 5, janvier-juin 1958 y *O movimento messianico do Contestado*, separata do nº 9 R.B.E.P., Belo Horizonte, 1960.

La obra de Euclides da Cunha *Os Sertões*, tiene numerosas ediciones en Brasil y está traducida a diversas lenguas, (el francés por Juillard, París, 1957).

El movimiento de Canudos, lo mismo que el de Contestado, supone asimismo la reivindicación monárquica, como supervivencia del "sebastianismo" portugués. ("el rey que repartía sus riquezas entre los pobres"). Véase João Lucio de Azevedo *A evolução do sebastianismo*, Lisboa, Clássica, 1947.

(5) *Le messianisme chez les noirs du Brésil*, revista "Le monde non chrétien", Paris, juillet-septembre 1950, nouvelle serie. Para los negros cubanos son fundamentales los estudios de D. Fernando Ortiz.

mo son las sociedades secretas, los clubes de danzas, y hasta en partidos políticos particulares.

La modernidad se mezcla, y termina por superar los aspectos fósiles y atávicos, incluso de los movimientos sociales rurales brasileños, cubanos, etc. La rebelión del Contestado, por ejemplo, es atacada por el gobierno brasileño en 1914 con la aviación, ("por la primera vez en América del Sur los aviones eran utilizados en servicio de guerra"). El mesianismo se encuentra todavía en 1934 en el estado de Ceará con el Padre Cícero, cura de la aldea de Joázeiro, pero sus últimos partidarios terminan por integrarse en las "Ligas Campesinas" que anima el Dr. Francisco Julião y que se inician en 1955 con la "Sociedade Agrícola e Pecuária dos Plantadores de Pernambuco" en el "Engenho Galiléia" vecino de la ciudad de Recife (6).

Finalmente, en el caso de Cuba, el movimiento social específicamente negro de las sociedades secretas hoy se ha integrado en las filas del castrismo, y hasta ha contribuido con cierta tonalidad particular.

Hemos visto que en el siglo XIX hay movimientos típicos de un "proletariado exterior" insurreccio como las guerras, de los charrúas uruguayos hasta 1832, de los araucanos chilenos hasta 1861 y la conquista del desierto" argentino en 1879, hechos todos terminados con la expropiación de la propiedad territorial de los indígenas, en beneficio de la sociedad capitalista "civilizada".

(6) Véase Edmar Morel, *Padre Cícero, o Santo do Juazeiro*, Rio de Janeiro, O Cruzeiro, 1946 y M. B. Lourenço Filho, *Joazeiro, P. Cícero*, São Paulo, Melhoramentos, s.f.

De E. Julião Que são as ligas campesinas, Rio de Janeiro. *Cadernos do Povo Brasileiro*, 1962. Muy útil el breve libro de Celso Furtado *A operação nordeste*, Rio, Iseb, 1959, donde se define la zona del Nordeste como "una región de 25 millones de habitantes que va del Maranhão a Bahía, y que constituye la más extensa entre las zonas de bajo desarrollo, o más agudamente subdesarrollada de todo el Hemisferio Occidental", p. 20.

En cambio, en el siglo XX los movimientos similares de resistencia terminan por integrar a ese proletariado exterior indígena en la causa de la revolución social y las ideas sociales nacionales.

Típico es el caso de los indios yaquis del estado mexicano de Sonora, a quienes se hostiliza desde fines del siglo XIX; no se cumple el tratado de 1897, y finalmente se les deporta a Yucatán en el año 1905. La Revolución Mexicana de 1910 empalma con el "problema yaqui" y esos indios forman en las filas revolucionarias convirtiéndose en soldados en los ejércitos del Gral. Alvaro Obregón, y obteniendo finalmente satisfacción a sus derechos a la tierra y la libertad personal. Para ellos, y otras comunidades indígenas expropiadas durante el porfiriato, la Revolución significará —aparte de la integración definitiva en el seno de la sociedad mexicana— que si "antes estuvieron en calidad de siervos, tienen hoy tierras, escuela, organización social a través de sociedades de crédito, cooperativas, y comisariados, seguro social y están acelerando su progreso con la técnica moderna" (7).

En los años recientes se producen movimientos similares en los indios andinos, particularmente, de los valles del Cuzco y La Convención, y la provincia de Puno del Perú, en que la aculturación les lleva a integrarse en los cuadros del movimiento sindical y social de circulación universal.

La existencia de una "casta indígena" distinta de la oficial nacional de lengua española, es el caso de países como Guatemala, Ecuador, etc., dificulta o retarda este proceso. De un punto de vista sociológico podría sintetizarse diciendo que el sistema de estratificación social latinoamericana se unifica, (y moderniza), en beneficio de las clases sociales ca-

(7) Pág. 198 de *El movimiento indigenista* por Genaro V. Vázquez en el volumen *Méjico: Cincuenta años de revolución*, t. II, "La vida social", Méjico, FCE, 1961.

pitalistas, trayendo un factor decisivo a la lucha de clases, y borrando las antiguas castas aisladas (8).

Si los movimientos sociales de nuestro siglo tienen un contenido más estrictamente inspirado en las ideas socialistas, con menor mezcla con la temática religiosa; si el proletariado exterior consigue a menudo confundirse con la causa general de los oprimidos de la sociedad nacional; si una incipiente conciencia de clase borra las sociedades secretas o las diferencias que aislaban a los distintos grupos proletarios, en buena parte la explicación debe encontrarse en ciertas transformaciones sociales.

La primera y más importante es la consolidación y ampliación de un proletariado industrial y su influencia en el medio campesino. Las escasas ciudades y centros mineros en que se concentraban los obreros y artesanos del siglo pasado, amplían considerablemente sus efectivos, y surgen zonas industriales nuevas y pujantes, como São Paulo en Brasil, Monterrey en México, Concepción en Chile, la explotación petrolera venezolana, etc.

Por 1928 la Confederación Sindical Latinoamericana estimaba a todos los obreros de la zona en apenas un 8 % de la población activa, de los cuales un pequeño porcentaje alcanza el nivel de la sindicación. La C.E.P.A.L., veintidós años más tarde, estimaba el sector secundario socio-económico, (incluyendo por tanto a los empleados de la industria, aunque dejando de lado a los desocupados marginales incluso industriales), en un 18% de la población activa (9).

No menos interesante es que vastos sectores de la población campesina se integran en la idiosincrasia de la clase

(8) Hemos desarrollado esa idea en el artículo *Latinamerikanische gegenwartsfragen*, publicado en la revista de la Universidad de Leipzig en 1961, heft 4.

(9) Pág. 12 del nº 4 de octubre de 1930 de la revista oficial de la C.S.L.A. "El trabajador latinoamericano", Montevideo. El dato de CEPAL en el volumen *Estudio sobre la mano de obra en América Latina*, Santiago de Chile, 1957, ed. mimeográfica, p. 20j.

obrera. Un caso particularmente típico es que como consecuencia de la difusión de los ingenios azucareros en la isla de Cuba, relacionados por medio de una densa red ferroviaria con los puertos, se han creado núcleos de actividad típicamente industrial, servidos en ciertas épocas del año por los mismos campesinos (10).

III

El auge del movimiento social latinoamericano del siglo XX, es en primer término el resultado de la labor, desconocida por la mayor parte de los historiadores, de la predica de los "agitadores" de la segunda mitad del siglo XIX.

Pero la misma no hubiera trascendido de reducidos núcleos de iniciados, si las condiciones sociales de estos países no fueran particularmente favorables a "la causa de la justicia social", hasta permitir el surgimiento del actual y polifacético movimiento rebelde.

La existencia de la miseria, e incluso el hambre, como una realidad permanente entre los trabajadores, la represión como única respuesta a sus reclamos, el lujo ostentoso de los poderosos, la discriminación desmedida de las empresas imperialistas extranjeras; el latifundio agrario; la supervivencia de la servidumbre; en una palabra: el desprecio a la condición humana, han mantenido y profundizado la protesta y explican, finalmente, la importancia de los estallidos revolucionarios.

La esperanza de una redención catastrófica, revolucionaria, es por lo demás típica del mundo del siglo XX, y particularmente de sus zonas periféricas. El revolucionarismo político del siglo anterior, es ahora social, e intenta empresas

(10) Huberman y Sweezy en Cuba. *Anatomía de una revolución*, Buenos Aires-Montevideo, Palestre, 1961. 2da. ed. ven en este hecho una explicación de la revolución cubana que en 1959 llegó al poder.

totales que procuran la absoluta reestructuración económica y social de sus respectivos países. Estos movimientos se abondonan en la lucha frente a las oligarquías contrarrevolucionarias (11).

El prestigio de las grandes revoluciones sociales del siglo se multiplica por los nuevos medios técnicos de difusión y propaganda. La acción que en el siglo XVIII tuviera para inflamar el entusiasmo de las nuevas generaciones la Independencia Americana o la Gran Revolución de los franceses, ahora corresponde a las noticias que vienen de México, Rusia, China o Cuba. Está por hacerse un estudio continental de la "resonancia revolucionaria", o sea de la recepción que en las juventudes merecen los grandes movimientos revolucionarios sociales, e incluso otros menores y de áreas más restringidas. Del mismo resultaría el conocimiento de un factor no desdeñable de la dinámica histórica. Por lo menos esto es lo que resulta de nuestros trabajos, que hacen referencia exclusivamente al Uruguay (12).

El menor aislamiento geográfico, la mayor difusión del conocimiento de las revoluciones sociales latinoamericanas, su propagación, la existencia de condiciones similares en distintos países, y hasta la eventual participación en el movimiento social de personalidades provenientes de distintos países, han favorecido la idea ya interpretativa de la existencia de una única Revolución Social Latinoamericana, de la cual

(11) Hemos desarrollado estas ideas en la Introducción y en el Cap. V de nuestro libro *Revolución social y fascismo en el siglo XX*, Buenos Aires Montevideo, Palestra, 1962.

(12) Véase nuestro ensayo *La revolución mexicana en el Uruguay*, en revista "Historia Mexicana", México, vol. VII, nº 2, octubre-diciembre de 1957; sobre la Revolución rusa en las págs. 222-228 de *Ensayo de Sociología uruguaya*, ob. cit. y sobre la revolución cubana en el artículo *Uruguay 1958-1961*, en vol. CXX, año XXI, enero-febrero 1962 de la revista "Cuadernos Americanos" de México, y en *Die gegenwartssituation Lateinamerika und der Widerhall der Kubanischen Revolution*, publicada en el nº 11 de 1962 de "Wissenschaftliche Zeitschriften der Karl-Marx Universität Leipzig", Leipzig.

Méjico en 1910, Cuba en 1959, etc. no serían otra cosa que manifestaciones parciales.

El latinocamericanismo se expresaría no solamente en la pluma de los escritores, o en los discursos diplomáticos, sino que además tendría una realidad popular, insurreccional o rebelde, que llamaría a la solidaridad entre los pueblos sometidos a un destino similar, rivalizando con las mismas fuerzas represivas.

Si el cuadro social explica la existencia de un activo movimiento rebelde, no solamente para América Latina sino también para otras regiones atrasadas del resto del mundo, en nuestro continente se da activado por acontecimientos en la estructura social de reciente formulación. Nos referimos a fenómenos que la economía, demografía, y sociología, vienen estudiando en estos años, como son por ejemplo, y citemos a título enunciativo, los siguientes:

- a) un crecimiento demográfico hasta ahora inigualado en el mundo, del orden del 2,5 % anual.
- b) un proceso de industrialización acelerado, formulado en forma desigual y hasta ahora no planificado.
- c) la urbanización rápida de países enteros, multiplicando las ciudades o desbordando las existentes en pocos años.
- d) una dependencia del mercado mundial de materias primas, incesantemente desventajoso para los productores.
- e) una inflación que se produce en un ritmo antes no conocido.

Estos hechos aceleran el cuadro de condiciones favorables a los movimientos sociales, crean problemas urgentes que dislocan las frágiles estructuras existentes, y llevan la inestabilidad y la inseguridad, incluso a los sectores medios y superiores de la sociedad latinoamericana (13).

(13) Una literatura estadística insospechable es la que proporcionan las agencias internacionales: CEPAL, ONU, FAO, UNESCO, etc. sobre estos temas. Por extensa no la detallamos.

IV

El estudio de los grandes episodios de la lucha social latinoamericana en este siglo permite distinguir en el seno de las formas organizadas o institucionalizadas, por una parte el movimiento sindical y las corrientes ideológicas estructuradas en partidos o asociaciones similares, y por otra acontecimientos históricos, en que el movimiento social se materializa en intentos de transformación nacional.

En la mejor tradición ibérica, el movimiento sindical ha sido el arma por excelencia de las clases proletarias latinoamericanas.

Hemos destacado que en el siglo pasado habían surgido federaciones obreras combativas en Argentina, Uruguay, México, Cuba y Chile, casi siempre orientadas por el anarcosindicalismo que arrancan de la Primera Internacional de los Trabajadores de 1864. Será recién en los primeros años del siglo que esa corriente florezca en entidades de la importancia de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina), que en 1904 hereda a la Federación Obrera Argentina, creada en 1901; la F.O.R.U. (Federación Obrera Regional Uruguaya), creada en 1905; en La Paz la Federación Obrera en 1908, (que tres años más tarde es Federación Obrera Internacional y diez después Federación O. del Trabajo de Bolivia); y por 1912 en México la Casa del Obrero Mundial de que proviene la C.R.O.M. (Confederación Regional Obrera Mexicana). Al crearse en 1913 la Confederación Operaria Brasileira (C.O.A.) se constituye asimismo un Comité de Relaciones de los Trabajadores de América del Sur, que procurará enlazar continentalmente esas federaciones.

La vinculación permanente de este movimiento sindical de orientación anarquista, anarcosindicalista y sindicalista revolucionario, sin embargo se hará tardíamente, ya cuando su peso en la dirección del movimiento social latinoamericano se encuentra afectado. En 1918 la defeción de la CROM, arrastra al reformismo a buena parte del movimiento sindical del Caribe, que se alía con la American Federation of Labor de

U.S.A., de donde surge la Federación Panamericana del Trabajo que durará hasta 1930, en que es denunciada públicamente como "agencia sindical del Dep. of State", en el congreso final de La Habana.

El prestigio de la Revolución Rusa trae el cisma en el movimiento sindical rioplatense, surgiendo la Unión Sindical Argentina y la Unión Sindical Uruguaya, partidarias del apoyo a la experiencia soviética. Los restos del sindicalismo anarquista se congregan finalmente en mayo de 1929 en el congreso constitutivo de la Asociación Internacional de Trabajadores (ACAT) celebrado en Buenos Aires, ya en vísperas de la crisis económica y de la instalación de dictaduras en casi toda América. Este secretariado debe errar de Buenos Aires a Montevideo, y de aquí a Santiago de Chile sin mayor suceso.

Se cierra así la gran hora del anarquismo obrero, dejando una huella fundamental en la formación de la conciencia revolucionaria latinoamericana y habiendo cumplido empresas de histórica importancia. Destaquemos, por ejemplo, su constante lucha por la emancipación de la clase obrera argentina, que le lleva a soportar las sangrientas represiones de 1904, 1906, 1907, 1909 y 1910, e intentar una casi insurrección entre 1917-1919, ahogada en la llamada "semana trágica", en que el gobierno cuenta incluso con la colaboración de los "nacionalistas", las primeras tropas de choque fascistas en América del Sur. En el Uruguay en cambio actúa como un "grupo de presión" ante el gobierno progresista batllista, y hasta nutre finalmente sus mismas filas partidarias. En México se le encuentra entre los protagonistas más importantes de los intentos revolucionarios anteriores a 1910, y alianza desde 1900, una condición orientadora con la fundación del llamado Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón y el periódico "Regeneración", aparte de las manifestaciones estrictamente sindicales que se agrupan en la Casa del Obrero Mundial.

En todas partes recluta los intelectuales progresistas de los años 1900-1920, y particularmente aquellos formados al

márgen de las universidades y los círculos académicos. Ya débil su influencia todavía se aprecia hasta nuestros días entre los estudiantes universitarios, y en artesanos y gremios aislados de varios países.

Un movimiento anarquista puro o "específico" que trascendiera el ambiente sindical, y que al tiempo actuara como orientador del sindicalismo afin, solamente se intenta en forma organizada en el Río de la Plata. En 1935 se funda la F.A.C.A. (Federación Anarco-Comunista Argentina) que después de contar con unos 300 grupos decrece paulatinamente durante la época peronista. En el Uruguay hay varios intentos en la década de los veinte, y en el tiempo de la guerra civil española, que son el antecedente de una reciente Federación Anarquista Uruguaya (F.A.U.). En otros países se crean centros, grupos "de afinidad", periódicos "de ideas", pero sin mayor vinculación orgánica y por tanto mínima repercusión efectiva en la orientación ideológica nacional o internacional.

En la misma fecha que la A.C.A.T., el movimiento obrero animado por los partidos comunistas, que cuenta con aliados en todos los sectores radicalizados por la revolución rusa, celebra el congreso constituyente de la C.S.L.A. (Confederación Sindical Latinoamericana) ahora en Montevideo, sobre la base de la U.S.A., la U.S.U. y federaciones de Chile, Cuba, Brasil, Perú y Venezuela. Viviendo años difíciles no dura más allá de 1932, aunque nominalmente fenece por 1936 (14).

La tregua que impone la lucha antifascista entre los distintos sectores del obrerismo, y particularmente de los comunistas y socialistas, permite por 1938 la creación de una importante fuerza, la Confederación de Trabajadores de América Latina (C.T.A.L.) que hereda los restos de la C.S.L.A. También integra a su favor las fuerzas de los poderosos sin-

(14) Del impacto de la crisis y de las dictaduras en el movimiento obrero, particularmente en los países australes de América Latina nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

dicatos reformistas de la Confederación del Trabajo de Argentina (C.G.T.) y la Confederación de Trabajadores de Chile (C.T.CH.). Actúa bajo el liderazgo de la Confederación de Trabajadores de México, que Vicente Lombardo Toledano creara durante la Presidencia del Gral. Lázaro Cárdenas. En su segundo congreso regional, cumplido en Cali (Colombia) en 1944, se encontraban representadas federaciones pertenecientes a quince países, con efectivos de alrededor de 4 millones de afiliados, de los cuales correspondían a Méjico una cuarta parte (15).

La "guerra fría" ha afectado también la unidad del movimiento latinoamericano y ha hundido a la C.T.A.L. Ha surgido la O.R.I.T. (Organización Regional Interamericana de Trabajadores) auspiciada por el sindicalismo norteamericano y con apoyo en varios países.

Los acontecimientos de Cuba han promovido a su vez un reagrupamiento en la izquierda sindical y en setiembre de 1962 un congreso en Santiago de Chile reúne a representantes de federaciones de Cuba, Uruguay, Chile, Argentina, Brasil, etc.

A principios de siglo, aparte del anarquismo, el movimiento ideológico organizado se expresa en América Latina a través de los partidos socialistas, pero su importancia es en comparación con Europa, menos significativa y se expresa tardíamente.

El más importante de esos partidos es el argentino que en 1894 se denomina Partido Obrero transformándose al año siguiente en Partido Socialista Obrero Internacional Argentino. Es el único en toda América Latina que alcanza caudal

(15) Por entonces un tratadista comentaba el balance de los primeros seis años afirmando: "Ha logrado producir la unidad en el movimiento obrero latinoamericano, defender con altura de miras, con una exacta comprensión de los problemas económicos, sociales, políticos y culturales del continente americano los intereses de las clases trabajadoras", etc. p. 276 de *El movimiento obrero latinoamericano* de Moisés Poblete Troncoso, ob. cit.

electoral como para obtener, bajo la dirección de Juan B. Justo, la primera banca parlamentaria en 1904 con el Dr. Alfredo L. Palacios, hasta alcanzar la mayoría en la capital federal bonaerense en 1931 (16).

También a principios del siglo aparecen en Cuba el Partido Socialista (1899), al año siguiente Partido Popular, que fracasa como también el Partido Socialista (1906), el Partido Socialista Uruguayo que tiene un diputado en su fundador el Dr. Emilio Frugoni en 1910, aunque su congreso constituyente es de 1912, el Partido Socialista Chileno que en 1912 se desgaja del antiguo Partido Demócrata bajo la dirección de un líder obrero, Luis Emilio Recabarren, en la misma fecha el Partido Socialista del Brasil y dos años más tarde el efímero partido socialista mexicano.

La resonancia de la revolución rusa de 1917, y la presión de la base obrera, explica que el Partido Socialista chileno (1922), el Partido Socialista Brasileño (1921) y el Partido Socialista uruguayo (1920) se incorporen a la Tercera Internacional y pasen a denominarse Partidos Comunistas. En otros casos la fundación del Partido Socialista es simultánea con su afiliación a la Internacional Comunista como sucede en Ecuador (1927), y en Cuba (1924) donde se denominará Partido Socialista Popular, y todavía en 1930 en Costa Rica, ahora con el nombre de 'Vanguardia Popular'.

La fundación de los partidos comunistas en aquellos países donde fueron minoría en la discusión de los XXI puntos de Moscú, o donde no existían anteriormente partidos socia-

(16) Véase la obra ya clásica de Jacinto Oddone *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, 2 tomos. Alfredo Galletti en *La política y los partidos*, serie "La realidad argentina en el siglo XX", de Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 1961, cap. III observa, (y la observación es extensible a otros partidos socialistas, y en particular al uruguayo), que la acción partidaria se restringió a la Capital Federal sin alcanzar a los trabajadores del interior, y en particular los rurales, y que —por otra parte— aunque se inició con una marcada base obrera termina por nuclear preferentemente sectores de la clase media inferior.

listas organizados, se establece entre 1921 (Partido comunista argentino), 1922 para el partido comunista mexicano fundado con la colaboración de destacados intelectuales extranjeros: en Perú con el escritor José Carlos Mariátegui en 1928, y recién en 1930 para Colombia.

Estos diez partidos comunistas principales, enriquecidos con el aporte de militantes veteranos del socialismo obrero, el anarquismo, anarcosindicalismo y sindicalismo, libran una combativa, revolucionaria, extremista, y también sectaria, lucha contra el imperialismo, las oligarquías locales y los demás grupos ideológicos de izquierda (17).

La corriente socialdemocrática se rehace con dificultad, pues es necesario refundar el partido socialista uruguayo, siempre con Frugoni y en el año 1922; en Brasil en el año 1925; en Ecuador y en Perú en 1930; en Chile, sobre la base de varias fracciones en 1933; y el P. S. brasileño recién en 1946. En otros países, y de los cuales es Cuba un ejemplo típico, faltará definitivamente un partido socialdemócrata sobre la derecha del comunismo y el anarquismo (18).

La disidencia del trotskismo llegará tarde a América Latina, y solamente se instalará como partido organizado y con importancia nacional en Bolivia con el P.O.R. (Partido Obrero Revolucionario).

(17) En ocasión de celebrarse en noviembre de 1960 en Moscú la Conferencia de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros que participaron de los festejos del 43º aniversario de la Revolución de 1917 comparecieron veinte partidos latinoamericanos, de los cuales la mayoría son clandestinos. Véase nº 12, año III de diciembre 1960 de la revista "Problemas de la paz y del socialismo", Praga.

(18) Un balance de estas fuerzas, recordando los Congresos de Montevideo (1939), Santiago de Chile (1940 y 1946) y Montevideo-Buenos Aires (1956), puede verse en el artículo del secretario latinoamericano de la Internacional Socialista Sr. Humberto Maiztegui, *El socialismo en América Latina*, págs. 3-10 del nº 2 de la revista "Combate", setiembre-octubre 1958, San José de Costa Rica.

El sindicalismo obrero católico, y el catolicismo de izquierda, a pesar de la tradición local favorable, no ha tenido mayor importancia en estos países. En Brasil se ha manifestado —como decimos en otra parte— en la disidencia heterodoxa campesina, y mucho más tarde en partidos políticos de clase media. Solamente en Chile alcanza porcentajes electorales nacionales considerables con el partido de la Falange Nacional, después Demócrata Cristiano. En Costa Rica el sindicalismo cristiano se organiza en la federación "Rerum Novarum" en los años de la segunda post-guerra, y en el Uruguay alienta desde 1912 un pequeño partido Unión Cívica, que se transformó recientemente en Partido Demócrata Cristiano sin mayor éxito.

A partir de la fundación del CELAM (Conferencia del Episcopado Latinoamericano) en 1952 se han propiciado contactos a nivel político y sindical para toda la región, destacándose la fundación de la C.L.A.S.C. (Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Católicos) y las gremiales estudiantiles católicas, apoyadas en las universidades confesionales.

Muy importante en cambio, y por cierto característico del movimiento ideológico latinoamericano, son los partidos o movimientos de centroizquierda que participan parcialmente de las ideas socialistas, tienen un reclutamiento basado en las clases medias y asumen formas locales ajenas al internacionalismo socialdemócrata comunista. Por equiparación, tal vez superficial en la Rusia zarista suele llamársele populistas. El primero de esos partidos, que la escisión encabezada por Luis Emilio Recabarren en 1912, redujo a la insignificancia es el Partido Demócrata chileno, creado de acuerdo al modelo del partido socialista belga. El primero que alcanzó posiciones gubernamentales, y consiguió realizar una obra de reorganización nacional es el batllismo uruguayo, denominado así por su fundador el presidente José Batlle y Ordóñez, que orienta su país desde 1904 hasta 1928 (19).

(19) Véase nuestro trabajo *El movimiento obrero y social uruguayo y el Presidente Batlle*, separata de "Revista de Historia de

Más conocida es, sin embargo, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) de Víctor Raúl Haya de la Torre fundada en México en el año 1924 como movimiento latinoamericano e instalada definitivamente en Perú como partido nacional, a partir de 1930, pero que no ha puesto en práctica sus ideas, ya que no ha tenido acceso al poder (20).

Una trayectoria y valor similar tienen para Venezuela "Acción Democrática" que funda el escritor Rómulo Gallegos, como en Costa Rica el Partido de Liberación Nacional dirigido por José Figueres. Estos partidos en agosto de 1960 se reunieron en Lima en una Conferencia de Partidos Populares y posteriormente han entrado en contactos regulares con la Internacional Socialista, cuyo secretariado continental actúa en Montevideo.

Finalmente tenemos los partidos que representan la institucionalización y defensa de las revoluciones sociales locales. Por ejemplo para Paraguay el abortado Partido Febrero Revolucionario desde 1931; en Bolivia el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y en México el hoy Partido Revolucionario Institucional (PRI), y en Cuba durante pocos años el Partido Unido de la Revolución Socialista (PURSC). En estos últimos casos incluyendo en su seno, en la fundación, a los antiguos partidos comunistas, tentativa fracaçada

América", nº 46, diciembre de 1956, México, incluido en el volumen colectivo *Batlle. Su vida. Su obra*, Montevideo, Acción, 1956.

(20) De acuerdo a su convocatoria en 1924 era entonces un partido de "lucha contra el imperialismo yanqui, unidad política indioamericana, por la nacionalización de las tierras y las industrias, internacionalización del canal de Panamá y solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas", y así puede leerse en la obra de su fundador *El antiimperialismo y el APRA* de la misma fecha. Posteriormente ha sufrido una evolución similar al socialismo argentino procurando partidarios en las clases medias, y desplazando su programa a un reformismo político moderado y pro-estadounidense. Una síntesis por Harry Kantor.

en México y que en el caso de Cuba termina dando paso a un nuevo partido comunista (21).

La frecuente intervención de los militares en la vida política explica la existencia de una suerte de "nasserismo", (antes, por cierto, que Nasser apareciera en Egipto), con el "teniente" brasileño de 1922, de donde surgirá el líder comunista Luis Carlos Prestes, imitado con menor éxito en otros países. En varios países los oficiales de carrera intentan manipular los sindicatos.

No menos típico de América Latina es el hecho que amplios sectores del proletariado, incluso organizados en sindicatos, entienden postular sus reivindicaciones, en particular la demanda de una legislación social protectora, mejor nivel de vida, etc., a través de partidos creados bajo el liderazgo de políticos nacionales que utilizan el arte de manejar las masas, tal como lo han desarrollado los países europeos totalitarios. Es el caso del Partido Trabalhista brasileño creado por Getulio Vargas en 1945, sobre la base de una intentona previa en 1928. Más conocido es el caso de la Argentina con el "movimiento justicialista", después de 1947 "Partido Peronista" por su director el Gral. Juan Domingo Perón (22).

Entre los partidos socialistas, comunistas y progresistas han existido alianzas o frentes electorales en ocasión de la lucha contra el fascismo en los años 30, y un nuevo aglomeramiento, aunque más reducido, ha provocado el antiimperialismo y más recientemente la causa de Cuba. Esta incluso ha

(21) El caso de México es seguramente el más complejo y puede verse en *Partidos y corrientes políticas*, de Vicente Fuentes Díaz, págs. 375-402 del vol. III de *Méjico: 50 años de Revolución*, ob. cit.

(22) Sobre Brasil léase al sociólogo Guerreiro Ramos en *A crise do poder no Brasil*, Rio de Janeiro, Zahar, 1961, cap. II y sobre Argentina —aparte de la cit. ob. de Galletti— el libro de Silvio Frondizi, *La realidad argentina*, Buenos Aires, Praxis, 1957, 2 ts. que aporta material interesante aunque su tesis sea discutible.

Nuestras ideas sobre este tema las hemos desarrollado en el cit. libro *Revolución social y fascismo en el siglo XX*, cap. XIII.

traído la crisis en el seno de los partidos localistas de centroizquierda (casos del Perú, Venezuela, Colombia, etc.) facilitando el surgimiento de nuevos partidos más radicales, e incluso revolucionarios.

V

En el estudio de los grandes acontecimientos históricos del movimiento social latinoamericano del siglo XX se aprecia, junto a la presencia de las corrientes ideológicas organizadas que hemos apuntado, las consecuencias que derivan de un pasado histórico y hasta de un exclusivo estilo de actuación política.

Los episodios principales de la historia del movimiento social latinoamericano del siglo XX son, —a nuestro parecer— los siguientes:

- a) *la Revolución Mexicana de 1910.*
- b) *las luchas antiimperialistas.*
- c) *la República socialista chilena de 1931.*
- d) *la post-guerra del Chaco en Paraguay y Bolivia, y en este país el movimiento de 1953.*
- e) *la lucha antifascista.*
- f) *la revolución cubana contemporánea.*

Sobre la Revolución Mexicana hemos expresado en otra parte, que "el pueblo mexicano tiene el privilegio histórico de haber iniciado en el siglo XX la revolución social en América Latina" (23), y pudimos haber agregado que ese carácter inicial lo tiene además en ciertos aspectos y soluciones incluso en el mundo. Su importancia no se mide, solamente, por la temprana fecha que se produce, o su originalidad en el cuadro de las revoluciones históricas, sino particularmente por su acción en América Latina en su calidad de ejemplo histórico.

(23) Revolución social y fascismo en el siglo XX, ob. cit., cap. VII.

En el Simposio de Burdeos de 1963 no faltaron comunicaciones que trataron particularmente del tema mexicano (24), y por otra parte el reciente *Cincuentenario de la Revolución de 1910* ha promovido una bibliografía original, y para nuestro posible enfoque muy completa (25).

Interesa, sin embargo, subrayar algunos aspectos. En este gran hecho histórico es observable el resultado de una característica que distingue a México de otros países latinoamericanos similares, a saber, la temprana agitación social en el seno de las masas indígenas integradas en la cultura nacional, a través de las nuevas ideas sociales y en particular de las lanzadas por P. J. Proudhon y el anarquismo, como lo demuestra la historia de Plotino Rodekanaty y más tarde de Ricardo Flores Magón y sus hermanos.

Los mayores fracasos y hasta incoherencias del movimiento revolucionario mexicano derivan sin embargo de la falta de organizaciones nacionales revolucionarias. El localismo, el choque de intereses de grupos ocupacionales, la inferioridad y hasta predominio de sectores o países que buscan favorecerse de la conmoción revolucionaria, etc., deben atribuirse a ese hecho.

El sacrificio y la voluntad popular logran sin embargo éxitos tan importantes como la reforma agraria, la nacionalización de importantes riquezas económicas, el plan de alfabetización, la nacionalización cultural, la estabilidad política,

(24) Especialmente *Aspectos sociales de la Revolución Mexicana* de Moisés González Navarro (México) y la discusión sobre este mismo trabajo.

(25) En primer término se ha procedido a la edición de las fuentes documentales, reedición de la folletería de la época, y hasta de su caricatura. En las obras críticas, aparte de los tres citados volúmenes editados por Fondo de Cultura Económica, recordemos a Jesús Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, México, FCE, 1958, y Víctor Alba, *Las ideas sociales contemporáneas en México*, México, FCE, 1960, directamente atingentes con nuestro tema.

la industrialización, el ascenso de las masas a nuevos niveles de vida, etc.

Sería apasionante seguir en países de similar estructura social como es Brasil el caso testigo de otra sociedad, que permite un paralelo alegre y emocionante.

El tema del imperialismo aparece indisolublemente unido a la historia del movimiento social latinoamericano del siglo XX, aunque la centuria que hereda no se caracterizaba por su conciencia antiimperialista.

La explotación minera, los grandes servicios públicos, la misma plantación agrícola de exportación, en la mayoría de los países se hizo por empresas capitalistas extranjeras de origen europeo o estadounidense. En algunos casos las técnicas más modernas de producción incluso se aplicaron primero en estos países que en los mismos centros industriales originales, y en especial —sobre la base del bajo salario y mínima protección legal de los trabajadores— estas empresas emplearon cantidades considerables de mano de obra local. Chuquicamata para el cobre, Pasco en Perú, el petróleo de Maracaibo, las plantaciones de la United Fruit en América Central, etc., han quedado hasta en la literatura como prototipos de la gran empresa económica de los trusts extranjeros.

Inevitablemente la lucha de clases se fundió con la afirmación nacionalista, e incluso se convierte en doctrina, en los escritos de los ideólogos surgidos en la intelligentsia local (26).

(26) A principios de siglo en la Argentina el escritor Manuel Ugarte intentó la formulación de un socialismo nacional, (*El destino de un continente*, Madrid, 1923), que ha dejado su huella en el pensamiento político argentino. Hemos citado a Haya de la Torre en los escritos de su primera época. Más recientemente la obra de Oscar Weiss *Nacionalismo y socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Iguazú, 1960, 2da. ed. y una vasta teorización marxista-leninista en la prensa comunista en que se destaca Rodney Arismendí, *Problemas de una revolución continental*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1962. La reunión de la Conferencia Tricontinental en La Habana en enero de 1966 promueve una amplia literatura.

La debilidad numérica de los pequeños estados o el desorden administrativo y económico de los demás, explica que sus resortes económicos, —al igual que otros países subdesarrollados— pasen a manos de los trusts extranjeros, respaldados por sus gobiernos. Entonces la lucha nacional necesariamente adquiere un carácter revolucionario frente a la dominación y explotación económica foránea.

El intervencionismo del Departamento de Estado norteamericano en los asuntos del Caribe, con la consabida participación de la infantería de marina durante los año 20 se inscribe, en muchos casos, en la historia de las luchas sociales. La resistencia nacional, por ejemplo, de Sandino de Nicaragua participa de la reivindicación social y obtiene su sostén en: los obreros sindicalizados, los estudiantes, los grupos de extrema izquierda y el campesinado de las plantaciones de propiedad de las grandes empresas extranjeras.

La reivindicación de la propiedad de riquezas naturales de importancia, como ser el petróleo, encuentra en México el apoyo del Presidente Cárdenas, o es en Brasil, expresión de un auténtico nacionalismo de masas.

Sería particularmente interesante hacer la historia crítica y general de la lucha antiimperialista latinoamericana como expresión de la toma de conciencia nacional de sus masas, y símbolo de integración en el plano nacional.

Afirmaciones paralelas pueden hacerse sobre el movimiento antifascista. Por definición estos movimientos tienen más numerosos protagonistas pero encuentra sin embargo su verdadera espina dorsal y una oportunidad para el movimiento social y obrero, de obtener la alianza política con los partidos de la clase media, la opinión pública politizada de las grandes ciudades, los centros universitarios y las colectividades de extranjeros afectados.

Un caso típico lo proporciona Chile con su triunfante Frente Popular del año 38, en que intervienen junto a comu-

nistas y socialistas, radicales y otros partidos y grupos no revolucionarios.

Cuando en los años 60, en algunos países, parece renacer el fascismo de los años 30, se observan eventuales aglomeraciones similares.

Si el movimiento antifascista es una acción políticamente defensiva en la cual los sindicatos, partidos y órganos de expresión extremista procuran salvar su existencia material y su derecho a la acción pública; en la medida que obtiene ese movimiento la victoria consigue destruir las armas agresivas potenciales de la contrarevolución, despojándole de sus elementos más peligrosos y posibilitan su existencia legal y desenvolvimiento futuro.

En un plano más restringido las luchas contra el racismo tienen una significación similar. Habría, por lo menos, dos grandes temas a recordar. En primer lugar la integración de los sindicatos latinoamericanos con gentes de diversas etnias, ya sean originarias de América o provenientes de otros continentes. Hubo incluso sindicatos y grupos políticos "de extranjeros" que actúan durante etapas históricas reducidas, que corresponden al tiempo de su integración en el país que les recibe y en tanto no dominan definitivamente la lengua nacional. En el siglo XIX son particularmente importantes en países como los atlánticos, este tipo de grupos (particularmente los italianos) y en los años treinta se repite en forma más reducida a propósito de los inmigrantes judíos provenientes de Europa Central y Oriental.

Por otra parte los sindicatos latinoamericanos han luchado constantemente por recibir una paga igual para todos sus miembros, aboliendo la discriminación basada en el origen extranjero; y ese caso se ha dado particularmente en las grandes compañías extranjeras que proveen ciertos niveles laborales con gentes provenientes del país de la empresa, o reclutados en otros países. La construcción de grandes obras, como por ejemplo, el canal de Panamá ha dado motivo a situaciones dignas de estudio.

Practicando la armonía racial, o luchando activamente contra la discriminación, el aporte del movimiento obrero y social latinoamericano es muy digno de tenerse en cuenta.

Hay un conjunto de movimientos revolucionarios que no han alcanzado la dimensión histórica a que aspiraban sus conductores, o posiblemente necesitaban sus pueblos, por haber sido abortadas por la represión nacional o internacional, y fracasado en la obtención de sus confesados objetivos.

Es el caso por ejemplo de la llamada impropiamente "revolución febrerista" paraguaya de febrero de 1936 cumplida por los ex-combatientes de la guerra del Chaco, que bajo la dirección del Coronel Franco y por algunos meses, hasta ser sofocada por un golpe militar, realizan distintas reformas sociales, la colonización de tierras fiscales, la promoción del campesinado, etc.

Lo mismo la "república socialista chilena", primer intento de tal nombre y orientación en América del Sur, también dirigida por militares progresistas que encabeza el Comodoro Marmaduke Grove en 1932; pero que dura solamente trece días en que se expide una amplia legislación, en la que se destaca la moratoria general de alquileres.

El caso de Guatemala entre 1944 y 1954 es más profundo, y aquí aparece su represión vinculada a la intervención de las grandes compañías monopolistas norteamericanas afectadas en sus intereses por la presencia de leyes de reforma agraria y fiscal, y un código del trabajo moderno. Se ha probado la decisiva intervención de la CIA norteamericana. Este movimiento guatemalteco tiene dos etapas bastante claras. Una primera civilista y legalista procura restaurar las libertades públicas y establecer un régimen democrático, siendo presidida por el educacionista Juan José Arévalo. Las condiciones económicas y sociales tan particulares del país facilitan el advenimiento de la reforma social revolucionaria, la activa intervención sindical y de los grupos de la extrema izquierda, y esa radicalización de la segunda etapa da pretexto a la intervención extranjera.

En todos estos casos los nuevos gobiernos militares de facto se dan como principal tarea borrar las reformas anteriores y extirpar el germen de rebeldía popular.

Bolivia presenta un caso distinto. Las condiciones sociales del país después de la guerra del Chaco fueron especialmente favorables a la eclosión de una revolución social, pero la impregnación de la ideología, (o si se quiere utopía en términos de Mannheim), no alcanza el nivel de México, ni tuvo un "equipo" revolucionario comparable, por ejemplo, al cubano.

De la oficialidad del ejército y de la intelligentsia de la clase media surgen los cuadros del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) que por la época del febrerismo paraguayo actúa gubernamentalmente bajo la dirección del Cnel. Busch, vuelve al poder con el Coronel Villaruel —cuyas simpatías nazistas se han discutido—, y finalmente se instala desde 1952 en el gobierno. La modernización del país (abolición de la servidumbre personal, voto universal, reorganización de la administración) se observa junto a típicas reformas sociales (nacionalización de la gran minería del estaño, reforma agraria, supresión del Ejército, etc.). La crisis de la minería, la reducción del volumen bruto de la producción agrícola, la dependencia del país de la importación extranjera, la inflación, se han unido a la falta de conciencia socialista en los actores para dar el espectáculo de una revolución latinoamericana truncada, dependiente de la ayuda americana, e incapaz de mejorar efectivamente el nivel de vida del pueblo. Ese régimen, como era previsible, se reveló inestable y fue sustituido por un gobierno militar.

Estos movimientos en su etapa triunfante se ordenan entre los años 1931 y 1952 y mantienen la confianza entre los miembros de la intelligentsia progresista en la salida revolucionaria para los problemas latinoamericanos.

En cierto modo, al producirse cronológicamente entre la revolución mexicana y la cubana, contribuyen a unificar todos los movimientos como episodios parciales de una única Revolución Latinoamericana continental. Los vaivenes de la

vida política, como el exilio y la deportación, los escritos latinoamericanistas, o la directa acción solidaria llevan de un país a otro a sus líderes o escritores, y hacen finalmente converger el interés colectivo en forma sucesiva, en cada uno de esos centros revolucionarios.

La Revolución Cubana por tratarse de un proceso en curso y estar en el centro de una vasta, y no siempre objetiva polémica resulta todavía difícil valorarla históricamente (27).

Lo que parece innegable es que se trata de un acontecimiento fundamental en la historia de los movimientos sociales de América, no solamente del siglo actual, sino de toda la Época Contemporánea.

Por ciertos rasgos se inscribe entre los movimientos populares antiimperialistas y esto se explica por su muy reciente independencia política (1898) y la subsiguiente intervención norteamericana, que mantuvo la isla en el coloniaje. El movimiento revolucionario contra la dictadura de Batista, iniciado en julio de 1953 con el asalto del cuartel de la guarnición de Santiago de Cuba, promueve la reforma agraria en mayo de 1959 afectando los intereses de los trusts azucareros americanos. Frente a las sanciones económicas con que el gobierno norteamericano se solidariza con aquellas empresas, el movimiento revolucionario cubano responde en julio del mismo año con las expropiaciones de las empresas industriales y bancarias estadounidenses.

Por otra parte el movimiento popular del Dr. Fidel Castro (proveniente de los rangos de la clase media), a partir de 1955 se instaló insurgentemente en la Sierra Maestra de la provincia de Oriente y obtuvo sus partidarios entre el cam-

(27) Se ha iniciado el estudio bibliográfico sistemático de la producción referente a la revolución cubana, por Sergio De Sanctis en la *Rivista Storica del Socialismo*, Roma.

pesinado mulato pobre de la zona. Este carácter agrarista se aprecia en el estilo del movimiento revolucionario, y en la citada ley agraria de mayo de 1959. El movimiento sindical y los partidos y grupos ideológicos de la extrema izquierda, en contra de la estrategia clásica de otras revoluciones parcialmente estuvieron ausentes en la etapa subversiva de la Revolución Cubana.

Esto explica que en el terreno ideológico esta revolución social se haya iniciado utilizando un pensamiento moderado, que sus líderes calificaron de "humanismo", mientras no faltaron quienes creyeron en la posibilidad de una revolución social sin ideología (Sartre), o capaz de forjarla originalmente al imperio de los hechos (Huberman - Swezy).

La conversión de los dirigentes cubanos al marxismo-leninismo anunciada en diciembre de 1961, y ya anteriormente la creación de un "partido revolucionario único", incluyendo el antiguo Partido Socialista Popular (comunista) y más tarde la estructuración del Partido Comunista Cubano, es a nuestro parecer un hecho histórico en el campo de las ideas y de los movimientos sociales latinoamericanos con consecuencias difíciles de prever.

Otro hecho en curso es la intervención del "fidelismo" o "castrismo" en la pugna Moscú-Pekín que divide actualmente la corriente de orientación comunista, y cuyos alcances también son difíciles de apreciar, por haber pasado por varias y diferentes etapas.

La Revolución Cubana ha popularizado en el mundo entero los problemas sociales latinoamericanos, y marca —siempre por oposición al año 1900— una etapa en la historia de los movimientos revolucionarios del continente y su historial social.

CAPITULO V

EL MOVIMIENTO SOCIAL Y OBRERO EN AMERICA AUSTRAL: ARGENTINA, CHILE Y URUGUAY, DE 1929 A 1939.

I

Aparte de su vecindad geográfica —por integrar la zona austral del continente americano y tener sus centros urbanos más importantes sobre el paralelo 35° de latitud Sur— las repúblicas de lengua española de Argentina, Chile y Uruguay presentan ciertos rasgos sociales, económicos, culturales y políticos que les asemejan.

Integran estos países —y aquí comparten la caracterización económica predominante en América Latina— el sector de los países dependientes, productores de materias primas para los centros industriales más adelantados de EE.UU. y Europa.

De ahí la importancia que entre 1929 y 1939 tiene el comercio de exportación, especialmente de la minería para Chile (cobre y salitre); y de la lana, carne, cueros y cereales en los países del Río de la Plata.

Aún dependientes y exportadores de escasas materias primas, dentro de la América Latina estos países tienen ciertos rasgos que los caracterizan especialmente y los señalan entre los más adelantados. Por ejemplo, su densidad de población por kilómetro cuadrado, entonces la más elevada de América del Sur; sus altos índices de urbanización con ciudades de la importancia de Buenos Aires, Montevideo, San-

tiago de Chile, Rosario y Valparaíso y su creciente tendencia al desarrollo de los sectores secundario y terciario (1).

La integración de la población de estas tres repúblicas es muy homogénea, pues se trata de países de reciente colonización europea, típicos exponentes de la "América blanca" (2).

Pero durante esta década en el Plata la inmigración proletaria se corta casi totalmente por efecto de la crisis económica y de medidas restrictivas de los gobiernos dictatoriales. Es sin embargo fundamental el aporte de grupos de "refugiados", como los antifascistas italianos, los judíos expulsados de Europa Central y los republicanos españoles, que, aunque pequeños en número, tonifican la vida urbana local. En general se acelera en este período el proceso de la migración de las masas campesinas a las ciudades, especialmente a las capitales, para reclutar el nuevo proletariado de las industrias en desarrollo.

En su composición social hay un constante ascenso de las clases populares urbanas. Las clases medias —mayoritariamente integradas por empleados, profesionales y técnicos— tienen una importancia social comparable a los países europeos más desarrollados. Su medio, o si se quiere su instrumento por excelencia, es la educación pública, donde Argentina alcanza las cifras más altas de alfabetización y Uruguay las correspondientes a la difusión de la enseñanza secundaria.

Se comprenderá entonces que al iniciarse la década de los años 30 la fuerza política por excelencia en todos estos países esté constituida por los partidos progresistas que con

(1) Sobre estos aspectos, a través del análisis sociológico, hay información estadística en nuestro libro, *Las clases sociales en el Uruguay*, Mont., Nuestro Tiempo, 1960, Cap II.

(2) Hemos expuesto estas características en el capítulo "Los movimientos sociales en América Latina en el siglo XIX" de esta obra.

el nombre de Radicalismo en Argentina, Radical-Socialismo en Chile y Batllismo en Uruguay, se inspiran en el Radicalismo francés de la III República francesa, de la que son admiradores.

Estos partidos dueños del poder, (en Argentina desde 1916, en Uruguay desde 1904 y en Chile desde 1920), han derrotado —pero no destruido— a la vieja oligarquía terrateniente y clerical basada en la estructura agraria y aliada a los intereses imperialistas foráneos.

En 1929 la hora del extremismo izquierdista parece lejana y su presencia sólo se computa en el movimiento obrero y la intelectualidad no oficialista.

II

La historia del movimiento obrero argentino en la década de 1929-1939 es fundamental, por cuanto en la misma están las raíces del apoyo popular que contará el fascismo peronista en la década siguiente.

Los orígenes y hechos más importantes de la historia obrera argentina habían estado unidas a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) de orientación sectariamente anarquista. Los sucesos de la revolución rusa, lo mismo que en otros países, habían suscitado una gran transformación ideológica y social que dio nacimiento a la Unión Sindical Argentina (USA) anarcosindicalista. Por su parte los gremios orientados por sindicalistas moderados o reformistas formaron la Confederación Obrera Argentina (COA), y los militantes comunistas a fines de la década de los años 20 el Comité de Unidad Sindical Clasista, de relativo poder.

Por 1929 se vivía un momento de ascenso proletario. Basta recordar que en ese año en la Argentina hubo en total 125 huelgas, entre las cuales las muy importantes de albañiles y telefonistas. En marzo de ese año se llegó a la simultánea disolución de la USA, COA y Comité de Unidad para crear la Confederación General del Trabajo, entidad que "será in-

dependiente de todos los partidos políticos y las agrupaciones ideológicas", según su declaración inicial (3).

La FORA por entonces, aún reducida, contaba en el congreso de Buenos Aires de agosto de 1928 con un centenar de sindicatos que agrupaban unos cien mil afiliados y una prensa difundida por todo el país (4).

El gobierno radical del Dr. Hipólito Irigoyen, que representaba desde 1916 a las clases medias y sectores burgeses urbanos, se desprestigia por los primeros efectos de la crisis económica y esta coyuntura es aprovechada por el Partido Conservador, representante de los latifundistas agropecuarios. Su instrumento será el Ejército que se subleva el 6 de setiembre de 1930 al mando del Gral. Uriburu, que gobierna dictatorialmente durante 18 meses. Se inicia la intervención de la oficialidad militar argentina en los asuntos políticos que sigue ininterrumpidamente hasta nuestros días.

Se trata en 1930 de un típico golpe preventivo, porque la incapacidad gubernamental y la desorientación de la opinión pública llevaban al desplazamiento del centro del poder a las manos del movimiento obrero organizado.

El gobierno militar en su manifiesto expresa que "cuando los representantes del pueblo dejen de ser meramente representantes de comités políticos, y ocupen las bancas del Congreso obreros, ganaderos, agricultores, profesionales, industriales, etc. la democracia habrá llegado entre nosotros a ser algo más que una palabra".

Uriburu en el campo sindical realiza una persecución implacable de los sindicatos y militantes anarquistas y comunistas, deportando y encarcelando a sus hombres, cerrando sus locales, destruyendo sus bibliotecas e imprentas. Mientras el gobierno militar destruye la parte más combativa

(3) Cit. por Rubens Iscaro, *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Bs. As., Anteo, 1958, p. 145.

(4) Véase D. A. de Santillán, **FORA**, Bs. As., Nervio, 1933, p. 296-297.

del sindicalismo argentino, la CGT —llevada por sus dirigentes más reformistas— lo apoya. Una declaración de su dirección durante la época uriburista expresa: "estamos convencidos de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional" y "dispuesta a apoyar al gobierno en su acción de justicia institucional y social", pues "el gobierno mantiene en vigencia la ley marcial para asegurar la tranquilidad pública".

Aquí nace la importante vinculación entre el militarismo fascistizante —de orientación incluso clerical— y ciertos sectores del movimiento obrero que posteriormente caracterizará el peronismo argentino en forma más orgánica.

La aspiración de los militares, y los representantes de los grandes intereses económicos, a manejar el movimiento sindical era antigua, pero ahora surgirán hábiles conductores, como el ex-agregado de la embajada argentina en Roma, Cnel. Juan Domingo Perón, que opinan: "La masa es para nosotros el instrumento de acción dentro de la política. Para conducirla tenemos que empezar por conocerla, prepararla y organizarla... Hoy es posible hacer reaccionar a la masa en la forma y en la dirección que uno quiera, si esta masa está preparada" (5).

Naturalmente que esa actitud política neo-autoritaria, fracasó en muchos países, e incluso en Italia, Alemania y España, donde el fascismo si contó con las clases medias rurales y urbanas pauperizadas, no llegó a penetrar en el medio obrero. La explicación del fenómeno argentino ha preocupado incluso a sus sociólogos y se ha expuesto la teoría de "las masas disponibles". Según la misma, la clase obrera argentina de 1929-1950 era la masa constituida por los recientes inmigrantes venidos del campo, especialmente del norte, atraídos por la rápida industrialización que vive el país. Estos obreros, a diferencia de aquellos que habían formado la mano de obra proletaria argentina hasta esa fecha, y que

(5) Cit. en Silvio Frondizi, *La realidad argentina*, Bs. As., Praxis, 2da. ed., 1957, t. II, p. 295-296.

provenían especialmente de Europa, no tenían conocimientos mínimos sobre organización obrera, ni estaban incluidos en "la sociedad". Su situación era totalmente marginal, y "estaban disponibles" para cualquier movimiento político, que necesariamente debía afectar un liderazgo paternal y autoritario, a ejemplo de las pautas campesinas (6).

Estos obreros auspiciados firmemente por los poderosos medios disponibles por el gobierno, aleccionados por una propaganda moderna, son dirigidos primeramente por los antiguos líderes reformistas corrompidos, y más tarde incluso por militantes espontáneos.

Los militantes progresistas intentarán librarse a la CGT de su condición de instrumento sindical de gobiernos militaristas o reaccionarios. Así a fines de 1935 los sindicatos más importantes deponen el comité central confederal, y convocan el congreso constituyente de la CGT que se reúne del 31 de marzo al 2 de abril de 1936 con la asistencia de 23 organizaciones fundadoras y 19 observadoras.

Este año fue, como antes 1929, un momento de reanimación del movimiento obrero argentino destacándose la gran huelga de la construcción en Buenos Aires que durante los días 7 y 8 de enero se convirtió en una huelga general. Después de 96 días, y a pesar de la represión policial, la huelga triunfó. La celebración del Primero de Mayo tuvo el sentido de una auténtica movilización de masas.

Pero antes de terminar el año había resurgido la USA, con gremios que no aceptaban la nueva dirección politizada hacia la izquierda de la CGT, en la cual predominan por algún tiempo los partidos socialista y comunista.

El Partido Socialista argentino había obtenido en 1931, aliado al Partido Demócrata-Progresista, unos 126.000 votos, contra los 166.000 de la mayoría en la ciudad de Buenos Aires. Cuenta ahora con importantes masas de trabajadores y ciertos sectores se radicalizan. En el XXII Congreso

(6) Gino Germani en diversos trabajos y especialmente en: *Integración política de las masas y el totalitarismo*, Bs. As., 1956.

de Santa Fe se acuerda disolver a la Juventud, por considerarla extremista; y en el XXV Congreso de Buenos Aires se expulsa a varias federaciones provinciales por la misma razón. Estos núcleos crean el Partido Socialista Obrero más extremista y afecto a la alianza con el Partido Comunista, que aunque proscripto a menudo, y perseguido sus militantes sigue creciendo en importancia.

Por su parte la tendencia libertaria, aunque decreciente, se reorganiza en la Federación Anarco-Comunista Argentina (FACA), creada en el congreso de marzo de 1935.

Un resumen sobre la evolución del movimiento obrero en esta década, resulta del paralelo de los efectivos sindicales, según resulta de las estadísticas oficiales (7).

	Año 1930		Año 1940
FORA	102.000 miembros	CGT	311'076 miembros
USA	22.000	"	USA 32.039 "
COA	93.000	"	Aut: 120.188 " (inc. Fora)
			Empl: 18.675 "

El índice general de sindicalización ha subido ampliamente, pasando de un total de 217.180 miembros a 481.000 en cifras redondas, pero mientras en el período anterior la fuerza organizada más importante correspondía a la FORA, de una clara conciencia clasista y revolucionaria, ahora ha pasado a la CGT, que, a pesar del esfuerzo de socialistas y comunistas, deriva acusadamente hacia un reformismo, favorable al oficialismo militarista.

Destaquemos todavía ciertos factores típicamente argentinos. Por ejemplo la incierta posición internacional de la Argentina en el conflicto bélico contra el eje nazi-fascista desde 1939. Los gobiernos de derecha estarán respaldados en el interior por movimientos ultranacionalistas de corte fascista como la Legión Cívica, o la Alianza Nacionalista, que

(7) Moisés Poblete Troncoso, El movimiento obrero latinoamericano, ob. cit., pps. 82 y 89, de acuerdo a datos de OIT.

actúan con sus milicias como tropa de choque contra los obreros de extrema izquierda. Por otra parte, la línea constante de todos los gobiernos desde 1930 tendiente a destruir los sindicatos combativos y el movimiento social, y simultáneamente oficializar e incluso burocratizar, a su servicio el sindicalismo.

III

Un informe de la entonces Liga de las Naciones señaló a Chile como el país que dentro del mundo sufrió más intensamente la crisis económica de 1929. La minería que empleaba 104 mil trabajadores en 1928, bajó a solamente 42.000 en 1932, y su contribución al ingreso nacional que era del orden del 32,5 % en 1928, llegó en 1948 a solamente el 11,9 %.

Las exportaciones chilenas —especialmente minerales— durante el período de la crisis se redujeron a la mitad de su volumen y a la cuarta parte de su valor, mientras las importaciones disminuyen en un 80 %.

Pero lo que agrava la situación económica chilena es que nunca pudo recuperarse de la catástrofe de 1929. Hoy todavía, a una generación de aquellos sucesos, el ingreso bruto per habitante es inferior al existente en 1929 (8).

La Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas ha calculado que la capacidad para importar de Chile en 1950-1953 fue de 32.000 millones de pesos de 1950, "lo cual representa un descenso del 40 por ciento con respecto al promedio anual del quinquenio precedente a la depresión".

Finalmente Chile se ha convertido en el país inflacionario por excelencia. Ya en 1925 el peso chileno valía 5 peni-

(8) Según información cit. por Aníbal Pinto en: *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Stgo., Ed. Universitaria, 1959, p. 109, el ingreso bruto de 1925-1929, calculado a miles de pesos de 1940 era de 29, contra solamente 26,8 en el período 1950-1953.

ques 7/8, contra 46 peniques 3/8 en 1872; pero esa devaluación del signo monetario se acrecentó considerablemente durante la década 1929-1939.

En los años posteriores el hundimiento de la minería de exportación lleva a Chile, como en cierto grado a los demás países estudiados, a incrementar sus industrias y servicios.

Por todo esto Chile ejemplifica, incluso de manera superlativa, los problemas económicos creados a las regiones exportadoras de materias primas por la crisis de 1929, que hace especialmente explicable la situación social y política en que se desarrollan hasta 1939.

Es importante consignar que la gran minería chilena de exportación pertenece a grandes compañías norteamericanas, que en 1930 poseen inversiones por 440 millones de dólares, capital acrecido en 1937 a 800 millones de dólares (9).

En toda Latinoamérica será Chile, después de Venezuela y Cuba, el país con mayores inversiones yanquis, y esto se habría consumado durante la dictadura del Gral. Ibáñez iniciada en 1927. Es explicable que el krach de 1929 arrastrara a aquel gobierno, al que sustituyen en 1931 los representantes de la tradicional oligarquía latifundista, primera fuerza económica de la burguesía nacional.

Conviene recordar que según la estadística de 1930, 2620 latifundios totalizaban 21.281.000 hás. ó sea el 78 % del territorio cultivable.

Se comprende que anulada la exportación minera y monopolizadas las tierras, la miseria de Chile durante esta década alcance condiciones pavorosas. La mortalidad infantil en 1934 era la más alta del mundo con 262 por cada mil nacidos vivos; la mortalidad por tuberculosis en esa misma fecha es de 25,3 en cien mil habitantes y el promedio de vida para toda la población de solamente 23 años.

(9) "Chile es una factoría económica de los grandes consorcios extranjeros" dice J. C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile*, Stgo., Ed. Universitaria, 1955; p. 211.

El gobierno oligárquico no llegó a cumplir un año, pues un golpe militar del Coronel Marmaduke Grove instaura la "República socialista de Chile", cuyo programa es "alimentar, vestir y domiciliar al pueblo" (10).

Pero la nueva "república social", dura solamente doce días, aunque constituye un símbolo dentro de la historia chilena, como también la declaración del Partido Radical de entonces, favorable a la lucha de clases y más tarde todavía la fundación del Partido Socialista, en abril de 1933, con un claro ideario marxista.

En el campo sindical las entidades arrasadas por la dictadura del Gral. Ibáñez se reorganizan. En octubre de 1931 surge la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), de conjunta dirección socialista y comunista. Su poderío lo prueban sus 300 mil afiliados y su gravitación en el campo político, donde su existencia fue decisiva para fraguar el Frente Popular (11).

Esta agrupación política, constituida con vistas a las elecciones de 1938 cuenta, aparte de CTCH, con los partidos Radical, Democrático, Socialista y Comunista. Su actuación es muy combativa frente a la legislación represiva del gobierno conservador y la acción de los "tropas de asalto" del llamado Movimiento Nacional-Socialista.

Este partido nazi, dirigido por germano-chilenos fracasa sangrientamente al intentar un putsch en setiembre de 1938.

Con esa lucha, y atendiendo a los grandes problemas nacionales, la victoria electoral del Frente Popular en 1938 frente a la coalición de las derechas, tuvo significado histórico.

(10) El movimiento social obrero por J. C. Jobet, p. 89, en el vol. Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo, Stgo., Univ. de Chile, 1951.

(11) Véase de Moisés Poblete Troncoso El movimiento de asociación profesional obrera en Chile, Méx., El Colegio de México, 1944, p. 41 y sigs.

Chile cierra este período en un clima político similar al de Francia en la misma época y se ahonda la politización de sus trabajadores, empleados y técnicos urbanos y de la minería.

IV

La organización sindical uruguaya durante esta década es consecuente con tres principios, que hemos enunciado en otra oportunidad: a) se mantiene constantemente organizada; b) es orientada por sectores extremistas y c) no trasciende del ambiente de los obreros industriales de la capital y algunas ciudades del interior (12).

El movimiento obrero había permanecido unido hasta 1923 en la Federación Obrera Regional Uruguaya, de orientación anarquista, que en el entusiasmo de la Revolución Rusa había alcanzado alrededor de unos 25.000 obreros cotizantes. En 1923 los anarcosindicalistas y los socialistas comunitantes fundan la Unión Sindical Uruguaya que será la entidad mayoritaria hasta 1928.

Efectivamente en noviembre de 1927 se crea por los comunistas el Bloque de Unidad Obrera, primero en el seno de la USU y después como el núcleo independiente de que surgirá en el mes de mayo de 1929 la Confederación General del Trabajo del Uruguay. Esta nueva central obrera, la primera de orientación predominantemente marxista que ha tenido éxito en el Uruguay, agrupa importantes sindicatos como la construcción y portuarios, reorganiza a los obreros de los frigoríficos, etc. Originariamente cuenta con 37 sindicatos, de los cuales varios hasta entonces "autónomos" y controlados por sindicalistas revolucionarios o anarcosindicalistas fieles a la antigua línea de la USU de apoyo a la Unión Soviética. Estos elementos se agrupan en la Alianza Libertaria, pero su cooperación no durará mucho tiempo pues en oca-

(12) *Ensayo de sociología uruguaya*, Mont., Medina, 1956, p. 237.

sión de celebrarse el primer pleno de la CGT en noviembre de 1930 se produce la escisión. La CGT sigue los avatares de la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA) y sus principios generales. Su evolución, si ha de medirse por el número de entidades adheridas, muestra un constante descenso pues pasa de 37 sindicatos en 1929, a 22 en su primer pleno de 1931 y finalmente a 16 para el segundo pleno en julio de 1932 (13).

El gobierno reaccionario y dictatorial de Gabriel Terra no le escatimará sus golpes, cerrando sus locales sindicales, apresionando a sus dirigentes, prohibiendo su prensa, etc.

El golpe de Estado del 31 de marzo de 1933 trae el transitorio colapso de todas las actividades progresistas, y entre ellas de las sindicales, no solamente de la CGT, sino asimismo de la FORU y la USU. En total entre 1929 y 1933 actúan casi 80 sindicatos obreros, casi únicamente de Montevideo, cuyas fuerzas a menudo se dispersan en la lucha de tendencias que protagonizan las distintas "centrales" ideológicas.

Desde 1933 la lucha política de los sectores progresistas por la recuperación democrática, se vio enlazada con la defensa de los fueros sindicales amenazados por la reglamentación estatal. Más tarde la lucha antifascista también incluyó a los cuadros sindicales y contribuyó decisivamente a politizarlos, siempre incluidos en la "izquierda uruguaya".

Entre los movimientos proletarios de más resonancia de esta época se debe citar las huelgas de los obreros gráficos de la prensa montevideana en 1934, y del gremio de la construcción en 1937.

Producida la recuperación democrática, prácticamente desde 1936, dos años más tarde se anota la máxima radicalización registrada al fundarse la Unión General de Tra-

(13) Los hechos más importantes de la historia de la CGT pueden seguirse a través del cotidiano comunista de Montevideo "Justicia" y la revista "El Trabajador Latinoamericano", órgano de la CSLA.

bajadores (UGT), de orientación socio-comunista. Esta misma coalición se registra asimismo en el plano político local, pero con relativos efectos electorales (1938) y escasa duración por la incidencia de los sucesos internacionales.

El Uruguay terminará esta década en un clima de estabilidad política democrática, hondamente politizado, aunque con un mínimo de tensiones clasistas. Un elemento típico explicativo de su estabilidad es el alto porcentaje de empresas económicas, industriales y comerciales de propiedad estatal, acrecidas con el monopolio del petróleo y alcohol en este período. Otro elemento a retener es el contacto entre los universitarios y el movimiento social y obrero, en empresas como las Universidades Populares.

V

La vinculación internacional de las federaciones sindicales nacionales latinoamericanas en la época del predominio del movimiento anarquista no había tenido mayor efectividad. A pesar que los "militantes" o "agitadores" a menudo se trasladaban de un país a otro, que la prensa y las publicaciones circulaban internacionalmente, y que hay una evidente comunidad de tácticas y conceptos en materias sindicales, las distintas "federaciones regionales" de América Latina no constituyeron en los primeros años una confederación latinoamericana o por lo menos regional.

La conmoción producida por la Revolución Rusa trajo sin embargo su vinculación internacional a través de la Internacional Sindical Roja, en la cual se registraron incluso adhesiones de entidades anarquistas como la CNT española, la FORA y la USA rioplatenses. Más tarde al retirarse la mayoría de esas entidades de la organización moscovita crearon, en Berlín en 1921, la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT).

En la misma década de los años veinte la Federación Americana del Trabajo en contacto con la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), centro sindical reformista

lateral del gobierno mexicano, se crea la Confederación Obrera Panamericana (COPA), que recoge la adhesión de varias federaciones sindicales del Caribe. Este movimiento naufraga cuando al extenderse la política de intervención del Departamento de Estado con la "infantería de marina" en Haití, Santo Domingo, Nicaragua, Panamá, etc. la COPA apoya la política intervencionista norteamericana.

Antes de señalar otros intentos de la década 1929-1939, corresponde destacar las fuerzas del movimiento obrero organizado al iniciarse este período, destacando que como las mismas dependen de causas eventuales son muy fluctuantes (14).

Teniendo en cuenta que en México, Cuba, etc., la legislación propicia artificialmente la sindicación, las cifras de los países de América Austral son de las más elevadas y corresponden a organizaciones estables, internamente cohesivas, y casi siempre animadas por militantes de ideologías político-sociales definidas.

La I.S.R., a pesar de la defección de las federaciones anarquistas ortodoxas, todavía en 1927 conservaba la adhesión de importantes núcleos anarcosindicalistas como los encuadrados en el Río de la Plata por las Alianzas Libertarias. Es así que en diciembre de 1927, conjuntamente con el con-

(14)	Población	Prol. urb.	Trab. org.	Ob. CSLA	% Ob.	% Ob.org.
Argentina	10.081.000	3.000.000	1.100.000	160.000	14.5	5.3
Chile	4.050.000	900.000	500.000	100.000	20	11
Uruguay	1.700.000	300.000	100.000	10.000	10	3.3
Brasil	36.000.000	8.000.000	1.500.000	100.000	6.7	1,25
Paraguay	1.000.000	200.000	80.000	10.000	12.5	5
Bolivia	3.500.000	600.000	170.000	15.000	9	2.5
Perú	6.000.000	1.300.000	400.000	20.000	5	1,5
Ecuador	2.300.000	500.000	150.000	20.000	13.3	4
Colombia	7.000.000	1.500.000	500.000	70.000	14	4.6
Venezuela	3.000.000	600.000	200.000	—	—	—
Cuba	3.400.000	900.000	600.000	140.000	23.3	15.5
México	16.000.000	4.500.000	1.400.000	1.200.000	50	26.6
según "El Trabajador Latinoamericano", Montevideo, Año 1, N° 4, octubre 1928, p. 12.						

greso de la ISR se realiza en Moscú una Primera Reunión Sindical Latinoamericana con la participación de núcleos sindicales de Uruguay, Brasil, Ecuador y México y federaciones nacionales, de las cuales las más importantes son la Unión Sindical Argentina y federaciones de Chile, Cuba y Colombia. En esta reunión se acuerda la constitución de un Secretariado Sindical Latinoamericano con sede en Montevideo para promover una confederación latinoamericana que enfrentase a la COPA y al sindicalismo anarquista ortodoxo. Instalado el comité en setiembre de 1928 inicia la publicación de la importante revista "El Trabajador Latinoamericano", que aparece quincenalmente desde esa fecha hasta febrero de 1933.

La tarea que enfrentaba no podía ser más difícil. En un trabajo ya citado se concluía que "el cuadro del proletariado organizado de América Latina es bastante pobre y lamentable", y sus causas serían las siguientes:

"En primer lugar una industria joven, y por lo tanto movimientos obreros jóvenes que no han tenido tiempo aún, ni experiencias suficientes, para poder reclutar a todo el proletariado industrial en el seno de los sindicatos; segundo, una enorme cantidad de artesanos, sobre todo en los países del Pacífico, que permanecen a un costado del movimiento clasista; tercero, una aplastante cantidad de trabajadores agrícolas asalariados comúnmente llamados neones, quienes, en casi todos los países de la América Latina, se encuentran en una situación de verdaderos siervos en los enormes feudos de los señores gamonales, hacendados y estancieros, elemento muy difícil de organizar; cuarto, una gran afluencia de inmigrantes en Argentina, Brasil, Uruguay, y de los cuales muy poco se han preocupado las organizaciones sindicales; quinto, el carácter sectario de nuestras organizaciones sindicales; con la lucha de tendencias y subvendencias ideológicas y la forma aciuda y violenta de discusiones, que al obrero novicio asustan en parte, o lo cansan, concluyendo éste por alejarse del Sindicato; y sexto, la causa fundamental que impide el crecimiento orgánico de nuestros sin-

dicatos son los regímenes bestiales y de terror blanco que reina en muchos países de la América Latina, siempre e invariablemente apoyados por los imperialistas" (15).

El comité de Montevideo, y un subcomité para el Caribe con sede en México, promovieron la creación de federaciones nacionales en distintos países latinoamericanos, y esos esfuerzos triunfaron especialmente en Colombia, Brasil, México y Panamá, aparte de Uruguay donde surge la Confederación General del Trabajo. Finalmente, en mayo de 1929, se constituye, siempre en Montevideo, la Confederación Sindical Latinoamericana, rama de la ISR, con la intervención de delegados de diez federaciones nacionales y núcleos de varios países, entre los que se destaca el argentino; agrupando en total —según los organizadores— a unos 660.000 obreros sindicados (16).

La acción efectiva de la CSLA llega a 1933, pero se extiende nominalmente hasta 1936, en que se disuelve para integrarse sus elementos en la nueva CTAL.

Las condiciones generales en que se desarrolló su actuación fueron especialmente difíciles pues coincidieron con la crisis económica, la creciente desocupación, y la represión de gobiernos militares o reaccionarios en casi todos los países latinoamericanos. Gran actividad fue desplegada en la lucha contra la guerra, realizándose dos congresos en Montevideo, (uno de activistas obreros en 1929 y otro de base más amplia con la intervención de intelectuales en 1933); pero en estos años en América se registra sin embargo conflictos de la hondura de la guerra del Chaco, (entre Para-

(15) Informe oficial de la CSLA, reproducido en "El Trabajador Latinoamericano", Mont., Año 1, set. 1928, revista cit.

(16) Estando instalado el congreso adhirió la novel Federación Sindical Hondureña, que rivaliza con la antigua Federación Obrera de Chile: (FOCH).

Es de observar que a menudo las llamadas "federaciones nacionales" son agrupaciones ad hoc de sindicatos comunizantes, que juegan un papel minoritario frente a las antiguas federaciones.

guay y Bolivia), o luchas aisladas como la colombiana-peruana por la zona de Leticia, etc.

Si los movimientos huelguísticos fueron muy abundantes en esos años, a menudo tuvieron el carácter de defensivos.

La orientación general de la CSLA, a pesar de prometerse organizarla sobre una base más amplia que la usual entre las viejas federaciones anarquistas, termina por incurrir en un similar sectarismo. Originariamente procuró unificar a todos los militantes revolucionarios y clasistas sin exclusiones; y por ejemplo entre 1928 y 1931 tienen un lugar importante en los organismos confederales los anarcosindicalistas, e incluso sindicalistas revolucionarios. El desentendimiento lo precipita el hecho que la USA, de acuerdo a un referéndum, retira su adhesión a la CSLA, con lo que se pierde la posibilidad de tener una base sindical importante en la Argentina (17).

La lucha contra el nazifascismo internacional que unió a distintas fracciones, y especialmente a socialistas y comunistas, acercó a los militantes obreros que en casi todos los países crearon, a partir de 1933 importantes federaciones obreras.

La iniciativa de vincular a esas centrales nacionales de trabajadores estuvo a cargo de la Confederación de Trabajadores de México, dirigida por el publicista Vicente Lombardo Toledano, y la reunión constituyente de lo que sería la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) se realizó en setiembre de 1938, con la asistencia de delegaciones de todos los países latinoamericanos, salvo Brasil impedido de concurrir por razones de orden político interno, y del Comité de Organización Industrial (CIO) de EE.UU.

(17) Un balance especialmente sugestivo es el trazado por la misma dirección de la CSLA para la conferencia sindical de Moscú, que puede leerse en el suplemento nº 34-35 de "El Trabajador Latinoamericano", revista cit.

Del sector de América Austral asistían delegados de la Confederación General del Trabajo de Argentina, Confederación de Trabajadores de Chile y Unión General de Trabajadores del Uruguay (18).

En el preámbulo de sus Estatutos la novel entidad continental reclama "la implantación de un sistema democrático basado en la independencia económica de todos los países y en la solidaridad de todos los pueblos del mundo" y que "el fin principal de la clase obrera latinoamericana debe ser obtener la independencia económica y política completa de las naciones latinoamericanas, independizándolas de los sistemas semifeudales que en ellas subsisten, a fin de elevar las condiciones actuales económicas, sociales y morales de las grandes masas de sus pueblos", etc.

Del punto de vista de su organización interna se dividió América en tres zonas o regiones, a saber: América Austral (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Perú, Paraguay y Uruguay), del Centro y del Norte.

(18) Según resulta del posterior congreso de Cali en diciembre de 1944, los efectivos de la CTAL eran por entonces los siguientes, que es interesante comparar con los de la ISR quince años antes:

		Miembros
Argentina	Confederación Gral. del Trabajo	250.000
Bolivia	Federación Sindical de Trabajadores	25.000
Chile	Confederación de Trabajadores	400.000
Colombia	Confederación de Trabajadores	200.000
Costa Rica	Confederación de Trabajadores	40.000
Cuba	Confederación de Trabajadores	500.000
Dominicana	Confederación D. del Trabajo	10.000
Ecuador	Confederación de Trabajadores	150.000
México	Confederación de Trabajadores	1.300.000
Nicaragua	Chrerismo Organizado	10.000
Panamá	Federación de Trabajadores	1.000
Perú	Confederación de Trabajadores	300.000
Paraguay	Confederación de Trabajadores	50.000
Uruguay	Unión General de Trabajadores	40.000
Venezuela	distintas organizaciones	40.000

Según *El movimiento obrero latinoamericano* de Moisés Poblete Troncoso, ob. cit., p. 269.

El estallido de la guerra mundial de 1939, y más todavía la situación de los militantes obreros comunistas entre el pacto nazi-soviético y la invasión de Rusia, crearon inicialmente cierta hesitación en la acción sindical continental. El primer congreso ordinario de la CTAL se pudo celebrar recién en México el 21 de noviembre de 1941, consolidado por los acontecimientos europeos que reafirmaban la solidaridad de distintos sectores proletarios. Esto explica la adhesión de la Confederación de Trabajadores de Puerto Rico, al tiempo que el mensaje del Consejo Central de Sindicatos de la URSS. También que sea la CTAL la que propicie por 1944 la creación de la Federación Sindical Mundial que por algunos años incluirá prácticamente todos los grandes movimientos sindicales del mundo de post-guerra (19).

El movimiento sindical orientado por las tradicionales corrientes anarquistas, y en menor grado anarco-sindicalistas, intentará también en esta década que estudiamos, vincularse internacionalmente a través de toda América Latina.

Lo mismo que en el caso del movimiento obrero de orientación comunista la primera impulsión provino de Europa, e incluso deriva de los sucesos de la Revolución Rusa de 1917. Las federaciones anarco-sindicalistas latinoamericanas que habían adherido a la novel ISR, la abandonaron en 1922, al tiempo que otras federaciones de la misma tendencia eran expulsadas en Amsterdam del Sexto Congreso de la FIG. Estos dos grupos de sindicales fundan en Berlín el 23 de diciembre de 1923 su propia central internacional. La nueva Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) se reclamará de la tradición bakuninista y de los congresos anarquistas de principios de siglo.

Las federaciones latinoamericanas, y los distintos grupos anarquistas, en la medida que se fueron separando del movimiento comunista, terminaron por fundar en mayo de 1929,

(19) Véase, *Presente y futuro de la América Latina*, México, CTAL, 1944 y documentación oficial conteniendo actas y resoluciones de las primeras reuniones de la confederación latinoamericana.

(es decir al mismo tiempo que en Montevideo se crea la CSLA), su propia Asociación Continental Americana de los Trabajadores, ACAT. A pesar de su denominación, y hasta la nominal relación con la International Workers of World (IWW), la ACAT agrupó casi exclusivamente a la FORA, FORU, Centro Obrero Regional del Paraguay, Federación Obrera Local de La Paz, CGT de México, y organizaciones menores de Brasil, Guatemala, Perú y Costa Rica (20).

El Congreso recomendaba como aspiración de futuro el comunismo anárquico, entendiendo que la propaganda de las ideas filosóficas del anarquismo debe ser la preocupación constante de todos los revolucionarios que aspiran a suprimir con la tiranía económica del capital, la tiranía política y jurídica del Estado". Entre los fines inmediatos se destacaba la reducción de la jornada de labor de seis horas, la lucha contra el militarismo y la mayor participación de los trabajadores en los resultados de la producción.

Esta entidad no pudo prácticamente funcionar porque su Secretariado fue encarcelado en Buenos Aires por el gobierno militar en 1930. Después de varios intentos de reorganización en Montevideo y Santiago de Chile, volvió a instalarse en la Argentina a mediados de 1932. En febrero de 1933, y según resulta de su revista, la ACAT lleva su Secretariado a Chile, donde a su vez le sorprende nuevamente la reacción con la Ley de Facultades Extraordinarias. Recién en febrero de 1935, y después de dos años de silencio, reaparece la revista "La Continental Obrera", órgano de la ACAT, ahora respaldada por la Confederación Gral. de Trabajadores de Chile.

La decadencia del movimiento obrero libertario parece detenerse, e incluso se reavivan sus fuerzas, en ocasión de los sucesos de España. Las noticias llegadas de la península,

(20) Congreso Constituyente de la ACAT, Bs. As., ed. Oficial, 1929, 64 pps. Véase asimismo la colección de su revista oficial *La Continental Obrera*.

y el poderío de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica reaniman las magras federaciones locales, y a través de la Asociación Internacional de Trabajadores, que por entonces ha trasladado su sede de Berlín a París, vuelven a prodigarse los contactos (21).

Esta es la situación entre 1936-1939, pero el colapso de España, y el traslado del secretariado de la AIT de París a Estocolmo, redujeron nuevamente al mínimo las relaciones entre los distintos sindicatos de orientación anarquista o anarcosindicalista (22).

VI

La crisis del 29 fue especialmente significativa en los países productores de materias primas para los centros industriales, y cuya economía reposa en la exportación.

Incapaces de equilibrar su balanza comercial, faltos de actividades económicas saneadas que les independizaron de la crisis internacional, su vida financiera y económica se vio gravemente deteriorada. Se calcula, por ejemplo, que todavía en 1956 Chile no se había repuesto de sus efectos.

Políticamente la crisis significó el hundimiento de los gobiernos locales de extrema derecha vinculados estrechamen-

(21) Véase el boletín de la AIT, y la revista *La Internacional*, editada por esa misma entidad en París durante estos años.

(22) Podría citar asimismo a las federaciones internacionales por oficio, que según nuestras noticias no son muchas. Así los marítimos de la cuenca del río de la Plata y sus afluentes, organizados ya en la década de los años 20, o los picapedreros que desde 1920 tenían una Federación Sudamericana con sede en Montevideo que edita incluso un periódico regular de orientación usista.

La Federación Obrera Nacional de la Construcción de la Argentina fue la única entidad latinoamericana que adhirió a la Federación Internacional de la Edificación y Madera, con sede en Amsterdam, participando en su segundo congreso de Berna de 1939, según memoria del II Cong. Ordinario de la FON de la Construcción, Buenos Aires, 1940.

te a los intereses del capital inversionista americano (v.g. los de Cuba, Perú, Bolivia y Chile).

Las consecuencias sociales de la crisis, ahondaron la lucha de clases, agudizaron la miseria de las clases populares, y reforzaron el sentido, o conciencia de clase de los estratos superiores. Estos, integrados predominantemente por las oligarquías terratenientes, procuraron opoderarse en forma absoluta del aparato político, incluso derrocando los gobiernos democráticos —como en Argentina y Uruguay— o sustituyendo a las dictaduras al servicio de las empresas mineras como en Chile. Estas nuevas dictaduras suprimieron las libertades democráticas y prohibieron el movimiento obrero y social, adoptando al tiempo medidas que descargaban de sus intereses los efectos de la crisis.

La lucha del movimiento obrero en ocasiones llega a resultados tan inesperados como en Chile donde, después de la efímera República Socialista, a fines de la década, triunfará el gobierno del Frente Popular, por el aporte de los sindicatos y los partidos Radical, Democrático, Socialista y Comunista.

De estos hechos, en cambio, arranca en la Argentina el entronizamiento de una dictadura militar, y gobiernos anti-populares y fascistas que se prolongan hasta 1955.

Ideológicamente se siente el impulso poderoso que proviene de la lucha en Europa contra el fascismo, especialmente después de iniciada la Guerra Civil Española de 1936-1939.

En el movimiento obrero organizado crece la importancia de las tendencias marxistas, (socialistas y comunistas), que colaboran en la politización de las masas de trabajadores. El anarquismo, aunque intenta su reorganización, sigue decayendo en su importancia cuantitativa en el medio proletario. Tiende a imponerse una modalidad de lucha sindical partidaria de los convenios colectivos, favorable a soluciones pacíficas de los conflictos, defensora de la legislación laboral incipiente, favorable al mutualismo y cooperativismo. Los organismos sindicales en Chile, Uruguay, e incluso Argenti-

na, —en la medida que lo permite su situación política— crecen numéricamente, adquieren bienes y tienen una actividad pública muy considerable; pero globalmente —salvo Chile— denotan menor combatividad, y un sentido de clase menos marcado. Si electoralmente los partidos socialistas, comunistas o sus fracciones, muestran una tendencia constante a su crecimiento, esto representa poco en el panorama total de las políticas locales, donde suman electoralmente porcentajes mínimos, salvo ocasionalmente; y de nuevo, el caso de Chile en 1938.

El estallido de la guerra mundial encuentra a las masas en Chile y Uruguay con una clara orientación antifascista, incluyendo junto a los obreros a las clases medias urbanas.

De esta década es la organización de las primeras federaciones latinoamericanas de trabajadores, anarcosindicalistas y comunistas. Estas últimas —en el momento de las alianzas de frente popular y la lucha internacional contra el fascismo— se trasmutan en coloscales federaciones que abarcan prácticamente a todos los países latinoamericanos.

Este mundo dinámico, madurado por la crisis, las guerras y la evolución económica, acelera las tensiones y contradicciones que se amplían y acondizan hasta comprender países enteros en la década siguiente.

APENDICE

LA REVOLUCION MEXICANA EN EL URUGUAY

La historiografía hispanoamericana durante mucho tiempo creyó poder apreciar el total de la historia de cada país recurriendo a su misma memoria histórica, a sus exclusivos fondos documentales y a su personal literatura.

Desde México a la Argentina, las escuelas nacionales de historiadores se empeñaron en trazar la historia nacional de cada uno de los países sobre el único fundamento de sus materiales locales y de su visión o conciencia histórica de su pasado.

Esta etapa la determina un nacionalismo cerril, pero más todavía supone una etapa primitiva del manejo de la teoría y metodología histórica, que olvidaba que las historias nacionales hispanoamericanas no son campos de conocimiento histórico suficientemente amplios o comprensibles.

En una segunda época, a los efectos de conocer mejor a ciertos personajes o meramente para publicar en forma exhaustiva los fondos documentales relativos a ellos, se comenzó a recurrir a los archivos y otros repositorios de los países vecinos. Es tal el caso de las importantes series documentales sobre Bolívar, O'Higgins, San Martín y Artigas.

Fue fácil pasar a la etapa que nos interesa subrayar, aquella en que se procura captar la imagen del propio país utilizando a menudo el reflejo —en ocasiones fugitivo— que ha dejado en otros pueblos, o en hombres que pueden estimarse caracterizados. La visión de nuestros países a través del relato de los viajeros de los siglos XVIII y XIX es muestra bien típica de ello, y la importancia que

se le ha concedido constituye un elocuente índice de esta técnica. Importante resulta seguir la reacción de un país frente a un gran acontecimiento histórico de su vecino.

Tal es el sistema que se ha intentado, y con éxito, a propósito de aquellos países en que está especialmente desarrollada la opinión pública, y en que ésta es muy sensible a los problemas del exterior. Así la Guerra Grande del Río de la Plata en Inglaterra, o el Imperio de Maximiliano en los Estados Unidos.

Menos transitado, en cambio, es el que intentamos ahora, y que consiste en rastrear la resonancia de ciertos grandes hechos de un país hispanoamericano en otro. Conspiran contra su éxito el hecho de que la opinión pública y sus órganos de expresión se encuentran menos desarrollados en esta parte del mundo, y que —aunque resulte teóricamente absurdo— se conocen menos los hispanoamericanos entre sí que con relación a Europa o a los Estados Unidos.

Los hechos históricos de las potencias imperiales, o de aquellas que sin serlo tienen el prestigio de la riqueza o el conocimiento, nos llegan con más fuerza y nitidez que los que se refieren a pueblos hermanos por la lengua, el origen y la historia.

Pero además, la resonancia del hecho histórico exterior suele tener una dinámica propia, o una manera de actuar que ilumina ciertos aspectos de la vida histórico-social del país receptor.

A propósito de ciertos grandes hechos, como las revoluciones, es apasionante observar la distinta reacción de cada una de las clases sociales que componen un país, el distinto tono de los grupos de la intelectualidad, y la selección que, para su receptividad, tienen las generaciones.

Las Revoluciones son tan escasas en América como abundantes las "revoluciones", y por ello debe ser explotada la oportunidad que brinda la Revolución mexicana de 1910 de estudiarse a través de cada uno de los países hispanoamericanos.

El Uruguay en el primer cuarto del siglo XX está en condiciones objetivas inmejorables para interesarse en un hecho histórico de la cuantía y perfiles de la Revolución mexicana. El país vive la gran transformación democrática —revolución pacífica— que lo ha convertido en una comunidad altamente socializada, en que la le-

gislación social, la existencia de importantes empresas económicas nacionales, un fuerte movimiento obrero y el desarrollo de la educación pública laica son algunos de sus rasgos más caracterizados.

En 1911 se inicia la segunda presidencia de José Batlle y Ordoñez, y en 1917 se adopta la segunda Constitución uruguaya, de la cual se ha dicho que, junto con la mexicana de Querétaro, constituye un documento revelador de una nueva visión de la vida política.

Si bien es cierto que la resistencia posible de las clases altas se vio quebrada por la derrota del partido nacionalista terrateniente en la guerra civil de 1904, y que en la transformación participó buena parte de la burguesía más progresista, no faltaron en el Uruguay —en sustitución de los hechos bélicos típicos de otras revoluciones— la polémica, la discusión, la lucha cívica.

En ese esquema y en esas circunstancias se inserta el cuadro de la resonancia de la Revolución mexicana en el Uruguay.

No ha faltado nunca en el Uruguay una viva corriente de simpatía por México y por sus asuntos, pero la Revolución mexicana —hecho histórico eminentemente popular y revolucionario— puso en primer término en evidencia la solidaridad del extremismo social. El interés por los asuntos mexicanos y su comprensión se inicia entonces en el sector de las ideas sociales extremistas uruguayas, y sólo después llega a interesar al círculo de los intelectuales, de los estudiantes, de las clases medias.

No debe creerse por esto que hasta 1910 no existiese en el plano del movimiento obrero y social una vinculación entre ambos países. José C. Valadés dio a conocer, en el año 1927, una interesante correspondencia intercambiada entre la "sección uruguaya de la Asociación de Trabajadores" y la "sección mexicana" de la misma asociación internacional, que se remonta a los años 1872-1877 (1).

Esa vinculación, que era no solamente la propia de individuos que pertenecían a una misma áera cultural, sino, además, la de

(1) José C. Valadés, ob. cit.

gentes que sostenían parejas ideas en cuanto a la organización social y al porvenir del socialismo en el mundo, no se desmintió en ocasión de llegar al Río de la Plata las primeras noticias relativas a la Revolución mexicana.

Especialmente, los periódicos anarquistas de Buenos Aires y Montevideo destacaron, ya antes de 1910, los intentos y los trabajos del Partido Liberal mexicano y difundieron los nombres de los hermanos Enrique y Ricardo Flores Magón, Camilo Arriaga, Praxedis Guerrero, Juan Saravia y otros (2).

En julio de 1911, es decir, apenas a escasos meses de iniciarse en Puebla y en Chihuahua, el 20 de noviembre de 1910, la gran Revolución mexicana, el periódico *El Socialista* de Montevideo, subtitulado "Defensor de la clase trabajadora", entonces dirigido por don Adolfo Vázquez Gómez (pero bajo la inspiración del Dr. Emilio Frugoni, fundador del Partido Socialista uruguayo el año anterior, y orientador de este partido desde 1906 hasta nuestros días), dedica por vez primera dos columnas a lo que llama "la cuestión mexicana". Detalla ampliamente la evolución de México desde 1876 hasta esa fecha, y termina diciendo:

Empero llegó el año de 1910 en que el despotismo se impuso con descaro sin precedentes, y el pueblo protestó con energía ante las Cámaras. No se podía sufrir más, y entonces la razón de la fuerza se sublevó enérgica, desafiando todos los peligros. Aquiles Serdán dio el grito de rebelión el 18 de noviembre de ese año, en plena ciudad de Puebla. Era la primera escena que acusaba el descontento popular, siguieron miles de acontecimientos de sangre, y la rebelión por último ha tomado tales proporciones, que extinguió el gobierno del general Díaz. Veremos cómo se producen los acontecimientos, y pondremos al corriente a los lectores de *El Socialista* (3).

(2) Véase Diego Abad de Santillán, **Ricardo Flores Magón, el apóstol de la Revolución social mexicana**, México, 1925.

(3) Sobre los orígenes del socialismo y el movimiento obrero en el Uruguay, véase nuestro libro **Ensayo de sociología uruguaya**, ob. cit.

La información había sido proporcionada —según se manifestaba en el mismo artículo— por don Clemente Ubastiaga, “que nos escribe dando detalles del génesis de la Revolución mexicana”. A pesar de su promesa, *El Socialista* no volverá a ocuparse de la Revolución mexicana hasta agosto de 1911, después de una reorganización que lo lleva a figurar, ahora sí, como “órgano oficial del Partido Socialista”. Pero lo hace para iniciar, durante varios números, una apasionante consideración polémica sobre las características revolucionarias del movimiento histórico de México, y las relaciones que podría tener aquél movimiento con el socialismo.

El autor de estos escritos es el ciudadano Evaristo Bozas Urrutia, hombre de partido, sabedor de las teorías del socialismo de la época, en las que prefiere muy especialmente las corrientes evolucionistas de tipo reformista, y defensor acérrimo de la organización proletaria en los cuadros de los partidos socialistas adheridos a la Segunda Internacional. Su primer escrito, intitulado “La revolución de México y el socialismo”, es contundente y dice así:

De la revolución de México hemos dicho que no es social, que no será, ni triunfará. Tres afirmaciones que hacemos profundamente convencidos que responden a una realidad histórica de México. Tres afirmaciones que sentamos, frente al equívoco anarquista, obstinado en dar a esa revolución liberal un carácter social, comunista, de expropiación consciente. Tres afirmaciones que hacemos y que probaremos en seguida, pese a los anarquistas que desde sus tribunas y de sus periódicos no sólo sostienen y propalan con manifiesta inconsciencia el momento actual del capitalismo, hecho equívoco, sino que apostrofan con energía agresiva la neutralidad que frente a la revolución mexicana observa el socialismo militante. Y al hacerlo estableceremos de paso una nueva afirmación: la de la inconsciencia histórica de los anarquistas, para quienes una ligera crisis espasmódica, como la de México, es una revolución social.

Estos pensamientos se encuentran desarrollados por extenso en el número 24 de *El Socialista*, correspondiente al 3 de septiembre de 1911, donde con acopio de citas extraídas especialmente de *Regeneración* (órgano del Partido Liberal Mexicano), de publicaciones

anarquistas y anarcosindicalistas que en el Uruguay, la Argentina y España apoyan el movimiento, y de los teóricos social demócratas como Jean Jaurès y el argentino Juan B. Justo, se hace la condenación del movimiento insurreccional de México en razón de detalladas consideraciones.

Sus argumentos son los siguientes: el pueblo mexicano, atrasado social y políticamente a causa de la larga dictadura de Porfirio Díaz, "carece de una noción clara de la sociedad y de la historia, ignora sus luchas, sus revoluciones económica y política, y no sabe, por tanto, que el capitalismo, en la fase histórica contemporánea, está en un momento culminante de la expansión y predominio del mercado internacional"; además, no se ha formado "un proletariado internacional suficientemente fuerte para arrancarle ese predominio, ni suficientemente preparado, por su educación social, política y moral, para dar a la sociedad una forma comunista".

Y después de detallar muy someramente las diferencias entre Madero y los liberales, dice "que ese partido liberal por su grata es anarquista; por su método, burgués; y por su acción guerrera adquiere las características de las mandoneras sublevadas".

"El partido liberal —dice más tarde— adopta el mismo sistema revolucionario de los partidos burgueses. La guerra civil, el atentado a las poblaciones, el saqueo, etc.".

En el segundo de estos artículos agrega los siguientes argumentos:

La causa del proletariado no debe confundirse con la de los políticos burgueses maderistas o liberales. La causa del proletariado debe estar desligada de las pequeñas luchas de la política de tierra adentro con las cuales poco o nada tiene que ver aquélla... (De ahí depende) el unánime silencio que han asumido todos los socialistas de todos los países ante este episodio político. De ahí también un perfecto acuerdo entre nosotros y los socialistas norteamericanos, acuerdos rea- lizados recientemente, etc.

Las críticas de Bozas Urrutia apuntan no solamente a las características singulares de la Revolución mexicana, sino a la posibilidad del uso de la revolución como método de transformación histórica. Dice:

Si los anarquistas no fueran tan románticos, ni tan ideológicos, ni tan inconscientes de los movimientos históricos de las modernas luchas entre capital y trabajo; si en lugar de vivir en esa casi divina Acracia, esperando, como por arte de magia, el parto de la sociedad burguesa para lanzarse en exclamaciones ingenuas o imprecaciones terribles contra los que, con una sensatez digna de aplauso, mantéñense a la expectativa frente a los acontecimientos; si hubieran aprendido algo en materia de tácticas, en los largos años de lucha obrera; si, en una palabra, la experiencia hubiera tenido para ellos un valor educativo, es indudable que el episodio de México no les causaría otra impresión que la que puede causarles cualquiera de las revoluciones políticas, tan en uso en los jóvenes países hispanoamericanos, cuyo fin es sacar del poder a Juan para poner a Pedro, o sacar a Díaz para poner a Madero, que es lo que ha pasado en México.

Estos dos escritos de Bozas Urrutia produjeron cierta conmoción y fueron comentados por la prensa socialista, obrera sindicalista y sobre todo anarquista de ambas márgenes del Plata, en términos contradictorios. El autor fue desafiado por un centro anarquista a una polémica pública, para discutir si era o no revolución social lo que se estaba produciendo en México. Desde Buenos Aires, como nos informa el número siguiente de *El Socialista* mismo, escribe don Bernardo Burgos Gómez, que se dice "ex-miembro del Partido Liberal y socialista revolucionario", y que por lo tanto es de origen mexicano. En su réplica compara a Flores Magón con Benito Juárez, con Abraham Lincoln y con el entonces presidente del Uruguay, José Batlle y Ordóñez. Dice que "la revolución será, desgraciadamente, sofocada poco a poco", pero observa que "la junta del Partido Liberal no dependió nunca de Madero, operó siempre por separado, si bien es cierto que sin el ambiente que preparó éste durante el reeleccionismo, dentro y fuera de Anahuaca, la revolución proletaria obrera habría fracasado como otras veces". Pero se manifiesta de acuerdo con Bozas Urrutia en reconocer que "solamente una lenta evolución y la autoconsciencia del proletariado pueden lograr el advenimiento del socialismo", pues cabe dudar de la posibilidad de una transformación revolucionaria.

En el número siguiente, Bozas Urrutia utiliza cuanto de desfavorable hay en esa carta, y resume su pensamiento diciendo:

Los socialistas norteamericanos tuvieron una frase muy apropiada para calificar a los revolucionarios mexicanos: los llaman "imposibilistas". Esta es la cabal denominación. Así que yo hasta hoy no rectifico ni un solo concepto de mis artículos. Y me es satisfactorio constatar que un mexicano los compruebe.

Después de otras consideraciones termina diciendo que no insistirá más en esto, "porque **El Socialista** no puede emplear espacio en detallerías ligeras".

El tema desaparece, por lo menos durante varios meses, de las páginas de **El Socialista**.

De hecho, la polémica estuvo dirigida no tanto a la crítica de la Revolución mexicana como, por intermedio de ella, al pensamiento y a la acción de los anarquistas uruguayos. Estos venían realizando una activa propaganda, haciendo mitines, publicando manifiestos o periódicos y reuniendo fondos para la causa de la Revolución mexicana, y muy especialmente a favor del Partido Liberal de los hermanos Flores Magón.

Esta corriente se vio especialmente estimulada cuando, en setiembre de 1911, el doctor Juan Creaghe, entusiasmado por las noticias que llegaban de México, abandonó su consultorio médico en la ciudad de Luján y su trabajo en **La Protesta** de Buenos Aires, órgano del que fue desde 1903 el animador más importante, y se embarcó para Los Angeles (California), donde se reunió con el grupo editor de **Regeneración**. A fines de 1913 regresó a la Argentina, pero poco después volvió a ir a México, y murió en los Estados Unidos en el año 1920. Tenía por entonces más de 70 años, y para pagar su viaje había vendido los pocos útiles de cirugía y muebles que le quedaban de sus pasados años de holgura económica.

Una vez en California, desde el periódico **Regeneración** dirige un manifiesto "A los compañeros de la Argentina, Uruguay y de todo el mundo", que comienza así: "Compañeros: Me creo en el deber de llevar a vuestro conocimiento mi opinión sobre el movimiento actual en México, como la de uno que ha tenido oportunidad de formarla con cierto conocimiento de causa". Después de

señalar la gran importancia del movimiento encabezado por Emiliano Zapata, expresa:

Deseo llevar a vuestro conocimiento el testimonio sincero y sin reserva de que el movimiento social mexicano merece todo esfuerzo y todo sacrificio de vuestra parte, y anunciaros que todo lo que veis en *Regeneración* es solamente un pálido reflejo de la realidad... En mi concepto, México debe la suerte de estar a la cabeza de esta hermosa revolución económica y agraria al problema de la tierra. Hasta los más intelectuales de los mismos burgueses declaran, en revistas y diarios que he tenido a la vista, que no podrá haber paz en México hasta que el pueblo esté en posesión de lo que considera suyo.

Y termina diciendo:

Compañeros, vuestro periódico *Regeneración* está llevando a cabo una propaganda verdaderamente necesaria y benéfica para sostener la causa de la revolución. Pero lucha con grandes dificultades, como podéis ver por el enorme déficit que pesa sobre él. Tiene muy nobles compañeros que dirigen, y son dignos de apoyo; vosotros lo ayudaréis haciendo honor a la palabra de vuestro viejo compañero.

La importante revista semanal de crítica y arte *Ideas y Figuras*, que en Buenos Aires edita durante varios años el gran poeta y agitador libertario Alberto Ghiraldo, dedica casi, íntegramente el número 75 de su año IV (julio 11 de 1912) a la "Revolución social de México". En un extenso artículo, "El comunismo en América en la revolución de México", casi seguramente obra de su mismo director, se hace una amplia propaganda de la Revolución mexicana, no sólo a propósito del Partido Liberal, sino muy especialmente sobre el "zapatismo". Transcribe el manifiesto ya aludido del doctor Creaghe, y textos de Kropotkin y de Jean Grave, que se refieren al movimiento mexicano.

En Montevideo —como ya aludían los escritos polémicos de Basas Urrutia— los periódicos libertarios de la época, y de manera muy especial *Idea Libre*, *Tiempos Nuevos* y *El Anarquista* se ocupan en estos años de la revolución en México. Particularmente importantes son los artículos que a este tema dedica el periódico *Tiem-*

pos Nuevos, que anima don Antonio Marzovillo, cuya labor por la difusión de los hechos mexicanos tiene en el Uruguay la misma importancia que en la Argentina tuvo la del Dr. Creaghe.

Las tesis básicas que movilizan la prédica de don Antonio Marzovillo son las siguientes:

Quiero que nuestros lectores, y con especialidad los socialistas, se den cuenta que no es creación nuestra la tal revolución, y sí un hecho real a todas luces. Que la tal revolución no triunfe, no será eso una razón para que nosotros, y los hombres libres en general, dejen de apoyarla. Que esa misma revolución, aun triunfando, no tendrá una finalidad completamente social y anarquista, no importa, ni lo pretendemos por ahora, pero en cambio será una brecha que se abre para dar paso a una verdadera evolución, con menos trabas que las que hoy existen.

En una década brillante para las letras y el periodismo del Uruguay, la que va de 1900 a 1910, se destaca en primer plano el escritor español Rafael Barrett (4).

Sus colaboraciones en el diario *La Razón* de Montevideo —reco-
gidas en excelentes volúmenes— fueron enviadas en su mayor parte
del Paraguay, donde residió entre 1904 y 1908 y más tarde en los
primeros meses de 1910. En el Uruguay, “donde tenía sus mejores
amigos”, como expresa uno de sus biógrafos, sus páginas contaban

(4) De él dijo José Enrique Rodó, al acusar recibo del volumen *Moralidades actuales* (Montevideo, 1910): “Ha enaltecido usted la crónica, sin quitarle amenidad ni sencillez. La ha dignificado usted por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo. Hay cronistas de fama europea, que escribiendo fuera del bulevar no tendrían nada interesante que decir a nadie, y que aun escribiendo desde el bulevar son incapaces de comunicar a una página más que el interés de la novedad que cuentan y comentan. Usted escribe desde una aldea de los trópicos y para el público de Montevideo y, devolviendo en impresión personal los ecos tardíos de lo que pasa en el mundo, produce cosas capaces de interesar en todas partes y siempre, porque tienen una soberbia fuerza de personalidad” (Epílogo de las Obras completas de Rafael Barrett, Buenos Aires, 1943, p. 696).

con un público devoto, en que figuraban las figuras más representativas de las letras, Rodó, Vaz Ferreira, Frugoni.

En una fecha que es posible establecer por el contexto, dedica una de sus páginas diarias a "México" (5).

Saluda a la Revolución mexicana con estas palabras: "Una revolución en México es una buena noticia. Es satisfactorio que dé alí señales de existencia alguien más que el dictador y la oligarquía de banqueros." Seguidamente analiza el porfirismo calificándolo de enemigo de su país, bajo el aspecto de empobrecer a México y entregar la riqueza nacional a los extranjeros; a Porfirio Díaz, que "el 16 de octubre hará su entrevista en El Paso con el Presidente Taft", lo llama "Supremo Endosador de Cheques". También se refiere al proceso seguido en Nueva York contra Carlos Fornaro, autor del libro *Díaz, Czar of Mexico*, como un hecho muy reciente. Según Barrett, "el mayor mal que causan los dictadores a sus patrias es imponerles una paz absurda".

La opinión de Barrett, aparte de su difusión y calidad intelectual que consignamos, es muy interesante para establecer la reacción en el Uruguay ante los sucesos de México porque el autor pertenece a la corriente anarquista, dentro de una interpretación no violenta casi tolstoiana (6). Tenemos incluso la prueba de que Barrett distingue perfectamente las verdaderas de las falsas "revoluciones", al estilo hispanoamericano, pues en un trabajo anterior, intitulado "Revoluciones", manifiesta:

La "revolución" ha surgido como un procedimiento normal, que favorecieron el carácter, la topografía y la industria. Con el criollismo ecuestre y trashumante, lo primitivo de las comunicaciones y la hacienda que se encontraba en el camino y que permitía renovar los montados y preparar el chu-

(5) *Obras completas*, ed. cit., pp. 643-645.

(6) En un artículo intitulado justamente "Mi anarquismo" (*Obras completas*, pp. 510-511), sostiene: "Me basta el sentido etimológico 'ausencia de gobierno'. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo... Educarnos y educar... Todo se reduce en el libre examen. Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien."

rrasco diariamente, fue fácil hacer política opositora. Una "revolución" resulta más barata que una campaña electoral.

Es evidente que su concepto coincide casi literalmente con el del ilustre Justo Sierra cuando caracteriza la "bola" en la historia política mexicana, para afirmar seguidamente que hasta su época sólo ha habido dos revoluciones auténticas en México, la de Independencia y la de Reforma (7).

Estos desvelos no eran desconocidos por los mexicanos, y tenemos en nuestro poder una interesantísima carta dirigida, con fecha agosto 14 de 1914, "A los compañeros de *Tiempos Nuevos*", escrita en el papel membretado de *Regeneración, Semanal Revolucionario* (por entonces en Los Angeles), y que firma por el grupo editor Enrique Flores Magón. El texto merece la transcripción íntegra:

Tenemos en nuestro poder vuestra grata carta de 25 del pasado mes de junio, en la que nos anunciarás que nos habéis mandado la cantidad de \$ 1.95 por conducto del compañero Jaime Vidal, y ahora tenemos el gusto de participaros que dicho buen camarada nos ha remitido ya la cantidad referida, que ha quedado anotada en nuestros libros a vuestro favor sesenta centavos, y al del compañero José María Regueira \$ 1.35.

Suponemos que dicho compañero Regueira estará recibiendo el periódico por vuestro conducto, pero de desear que le vaya directamente, servíos comunicarlo junto con su dirección.

No sois vosotros los primeros en inquirir la causa de que los rebeldes compañeros en armas en México no nos ayuden con fondos; esta falta de ayuda es fácil de explicarse. En México escasea el metálico; la mejor prueba de ello es que el político Carranza, lo mismo que Villa, tuvieron que expedir papel moneda, cosa que no hacen nuestros camaradas porque no tienen gobierno que autorice dichas emisiones, desde el momento en que luchan contra todo lo que huele a Gobierno.

(7) J. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, 1940. p. 181.

Además, los nuestros no son mayoría en México, que de serlo ya estaría implantado el Comunismo en toda la región, y no habría más necesidad del dinero, ni de revolución.

El único grupo afin a los nuestros es el de Zapata y, sin embargo de ser él más fuerte que los nuestros, tampoco puede hacerse de dinero fácilmente. El único medio que tienen los llamados "zapatistas" y los nuestros para hacerse de algún dinero, es atrapando ricos y frailes, y quitando lo poco que puedan. Pero ese dinero les hace falta para hacerse de más armas y sobre todo de municiones, que son tan costosas y tan escasas en México.

Lo único que sí pueden expropiar son las cosechas y ganados, a más de lo que haya de existencia en las tiendas, pero dinero en efectivo casi nada, pues lo que no ha sido enviado a los bancos de las grandes y bien guarneidas ciudades, ha sido remitido al extranjero.

Ya veis, pues, la imposibilidad de enviarnos dinero. El poco que logran adquirir se ven forzados a emplearlo para proseguir la lucha armada. Y os parecerá increíble, pero lo cierto es que se nos acosa pidiéndosenos armas y municiones por los grupos que están en el campo de operaciones, elementos necesarísimos, y que no podemos remitir por más que queremos. Lo único que hacemos —y con ello ponemos en peligro la vida de Regeneración— es poner en pie inicial de guerra a pequeños grupos, juntando de aquí y de allá, con miles de dificultades, los pocos elementos que se puede.

Solamente nosotros, que estamos en esto, podemos comprender los grandes sacrificios con que avanza la revolución por Tierra y Libertad, atenidos los liberales mexicanos a sus propios recursos y a sus escasísimos elementos, abandonados a sus propios recursos, y, para mayor desgracia, hasta vituperados e insultados por camaradas de fuera, que a priori nos acusan de antiliberales, de estafadores y de embaucadores, de estar engañando al mundo proletario. ¡Como que no fuera suficiente con que haya un grupo —por pequeño que éste fuera— de compañeros que se esfuerzan por encauzar la revolución mexicana a un fin práctico y beneficioso para los prole-

tarios, para que los camaradas de todo el mundo dieran valer en nuestra ayuda! Desgraciadamente no sucede así. No se nos ayuda, sino que, por el contrario, en su egoísmo hasta trabas se nos pone, y se nos obstaculiza en nuestra marcha hacia nuestra emancipación, ya sea haciendo silencio en la prensa libertaria hacia nuestro movimiento, o descaradamente insultándosenos sin fundamento alguno.

Yo personalmente os digo, hermanos, que estoy tan asqueado de ver la ruindad de espíritu de muchos llamados anarquistas, que si no fuese porque esta lucha se ha vuelto vida de mi vida, y por ella estoy dispuesto a ir al cadalso a cualquier hora, ya hubiera yo despachado todo en hora mala, y cometido suicidio yendo a matar a cualquier tirano, para que de una vez me matasen a mí.

;Cuánta miseria! ;Cuánta ruindad! ;Cuánta depravación hay todavía en nuestros mismos llamados camaradas! ;Cuánta!

Si la Revolución mexicana llegara a fracasar, sería en grandísima parte debido a la falta de apoyo de los mismos que debieran habernos apoyado. Y si así llega a suceder, que sobre ellos caiga la maldición del proletariado futuro.

No es cierto que Ricardo vaya al Congreso Internacional de Londres; faltan dos cosas para poder hacerlo: lo primero, dinero, y lo segundo, tiempo. Pero habiendo dinero se encontraría tiempo.

Camaradas: no dejéis de hacer cuanto os sea posible por ayudarnos. Con los saludos sinceramente vuestros en la lucha por la emancipación del proletariado, deseándoos Salud y Anarquía. Por el Grupo de Regeneración, E. FLORES MAGÓN.

Este tipo de vinculaciones, y las publicaciones antes aludidas, podrían erróneamente inducir a pensar que la resonancia de la Revolución mexicana en el Uruguay se reducía al estrecho y cálido círculo de los militantes obreros y socialistas de élite, a sus periódicos y centros de relativa área de acción.

Lo que sucede es que ese ambiente actúa como precursor e inicia la difusión de los problemas mexicanos, pero andando el

tiempo el tema llega a capas más amplias de la población y hasta alcanza cierta resonancia que puede calificarse de nacional.

Justamente en 1914 se registra uno de esos episodios en que se moviliza toda la opinión pública, y el "caso de México" alcanza un interés candente, que trasciende al ambiente universitario, gana la gran prensa, se manifiesta popularmente y hasta amenaza convertirse en un problema político interno.

Cuando llegan al Uruguay las primeras noticias sobre el desembarco de las tropas norteamericanas en la ciudad de Veracruz (21 de abril de 1914), y seguidamente detalles de la heroica resistencia de los cadetes de la Escuela Naval y del vecindario del puerto, se enardece la opinión pública y se pronueven sucesos que todavía hoy son recordados por los uruguayos.

Todos los diarios y periódicos se ocupan extensamente de esas noticias, y en la oportunidad se rememoran los grandes hechos de la historia mexicana, incluyéndose fotografías de sus principales hombres públicos, edificios, paisajes, tipos humanos, etc. Uno de los periodistas más acreditados de la época, el poeta Leoncio Lasso de la Vega, inicia en *El Día*, periódico dirigido por el propio presidente de la República Batlle y Ordóñez, una serie de incisivos artículos sobre México, el primero de los cuales (23 de abril de 1914) pone el acento en la tradición indígena del país y alude a los anteriores conflictos con los Estados Unidos.

En *La Razón*, que dirige el periodista Eduardo Ferreira, y que es un diario de gran influjo en los medios intelectuales, se lee en la edición del 24 un editorial intitulado "La actitud de los Estados Unidos. Invasión de México. Protesta de la América Latina", en que se expresa:

Se comete un nuevo atentado contra la América Latina frente a la indiferencia de sus gobernantes como en otrora presenciamos la extensión de su influencia imperialista, que va lentamente invadiendo los territorios comprendidos en la América del Sur y que si se han mantenido tranquilos, desenvolviendo sus riquezas, acumulando elementos culturales, fue precisamente porque se hallaban distantes de la zona de influencia directa de los políticos del Norte...

En la misma fecha, *La Democracia*, órgano del tradicional Partido Nacionalista o Blanco, también en un editorial ("Méjico y Estados Unidos"), dice terminantemente: "Penden sobre la soberanía y hasta sobre la independencia de las repúblicas débiles de Sudamérica los mayores peligros..."

El Día, a pesar de publicar los artículos de Leoncio Lasso de la Vega, no se coloca en el tono del resto de la prensa de Montevideo. Se transcribe, por dos veces en una semana, un editorial del diario *La Vanguardia* de Buenos Aires, órgano oficial del Partido Socialista Argentino, en que se destaca el carácter regresivo del gobierno de Victoriano Huerta y la confianza en que la intervención militar estadounidense no vulnerará la soberanía nacional mexicana, sino que sólo tendrá por objeto contribuir al restablecimiento de las instituciones libres de México.

Es comprensible que en ese clima, al que colaboran asimismo reuniones espontáneas de los estudiantes, de los militantes de la extrema izquierda o del nacionalismo, haya tenido un éxito notable la iniciativa de un grupo de escritores reunidos en la revista *Tábaré*, entre quienes figuraban autores tan conocidos como Julio Raúl Mendilaharsu, Fernán Silva Valdés, Enrique Casaravilla Lemos y otros. Estos lanzan un manifiesto "Al pueblo uruguayo", donde se lee:

Tropas yanquis han invadido a Méjico, patria hermana de nuestra patria. Después de Puerto Rico, después de Cuba, después del desmembramiento de Colombia para fundar la república de los traidores de Panamá, el pueblo de Monroe ha pisoteado sus doctrinas democráticas y se presenta ahora como el blondo Tartufo de la política internacional. Para protestar contra ese acto de cesarismo vejatorio, invitamos a todo el pueblo a una manifestación, sintiéndonos solidarios por la comunidad de lengua y de raza, de triunfos en lo pasado, de aspiraciones en lo presente, y de victorias en lo porvenir.
¡Viva Méjico! ¡Viva la América Latina!

Es evidente que se trata de admiradores de *Ariel*, publicado en 1900, y no nos sorprende ver cómo al día siguiente se hace pública una extensísima lista de adhesiones que encabeza justamente José Enrique Rodó, junto con Miguel A. Páez Formoso, Eduardo Ro-

dríguez Larreta, José G. Antuña, José Pedro Blixen Ramírez, Alberto Reyes Thevenet, Enrique Cluzeau Mortet, Eduardo Acevedo Alvarez, Vicente H. Salaverry y... Evaristo Bozas Urrutia, el crítico de 1911 de la Revolución mexicana en *El Socialista*.

Hay asimismo otras adhesiones significativas que nos permiten afirmar que se trata de un movimiento de solidaridad nacional, por encima de banderías. Así la Federación de Estudiantes hace pública su adhesión y constituye un Comité Estudiantil pro-México, después de que el poeta Angel Falco "pronunció un vibrante discurso elogiando la actitud bizarra de la juventud", como dice un cronista. (Como se recordará, el vate Angel Falco fue designado poco después cónsul del Uruguay en México, donde residió muchos años colaborando eficazmente al mejor conocimiento de ambos países.) Por la Federación de Estudiantes firman algunas personas que alcanzarán significación en el país, como Bartolomé Vignale, Humberto Bogiano, Eduardo Terra Arocena, Eustaquio Tomé, Oscar Bellán y otros.

No faltan las adhesiones de los centros políticos más distintos. Así el Comité Popular Nacionalista (del partido derechista y nacionalista del Uruguay), pero también el Centro Internacional de Estudios Sociales que agrupa a los anarquistas, y clubes colorados como el "Club José María Sosa de la 18^a Sección de Montevideo", que corresponde al partido gubernamental y progresista.

Desde el exterior también llega la adhesión de una personalidad especialmente significativa, la de Manuel Ugarte, entonces en las filas del Partido Socialista Argentino, que ya marcaba una línea muy nacionalista y antiyanqui. También Ugarte —como es sabido— fue posteriormente a México como representante diplomático de su país.

La manifestación tuvo lugar por la noche el sábado 25 de abril de 1914 en el centro de la ciudad de Montevideo. Fue concurridísima, y muy apasionada en sus "Viva Méjico" y "Mueran los Estados Unidos", y a ello contribuyeron incendiarios discursos de Julio Raúl Mendilaharsu y Angel Falco.

Terminado el acto, la multitud, en la cual se contaban prácticamente todos los estudiantes universitarios, intentó marchar sobre el edificio de la Legación de los Estados Unidos y atacar algunos co-

mercios estadounidenses. La policía resultó impotente para contenerla, y se recurrió entonces a la tropa de caballería, que después del toque de clarín cayó sobre la masa. Esta repelió con armas improvisadas el ataque, y se estableció una formal batalla campal de que resultaron unos cincuenta heridos, en su mayoría leves.

Es de notar que se trataba de un hecho inusitado en las costumbres uruguayas. Salvo alguna huelga en localidades alejadas o en zonas suburbanas, no había antecedentes recientes de un suceso semejante, y menos siendo buena parte de los asistentes intelectuales, e tudiantes o personalidades del ambiente.

Las brutalidades de la tropa, la "heroica resistencia" del público, la injusticia de los procedimientos, etc., ocuparon la imaginación de los uruguayos y provocaron nuevas tormentas.

Al día siguiente, el diario *La Democracia*, en su primera plana, a seis columnas y con letras titulares no usuales en ese tiempo en Montevideo, bajo el título de "La imponente manifestación de protesta de anoche. El Presidente de la República, partidario de la actitud yankee, manda alejar al pueblo", hacía larga crónica de los sucesos y utilizaba la ocasión para propiciar una crisis política. La solidaridad espontánea del pueblo uruguayo por sus hermanos mexicanos se convertía en causa de una nueva batalla política doméstica.

En el diario *El Día*, escrito en el inconfundible estilo del presidente Batlle y Ordóñez, en la edición del día anterior a la manifestación se publicó un artículo en que se leía: "El gobierno habría prohibido la celebración de este acto, pues las actitudes nacionales resucitó de países con quienes mantenemos las mejores relaciones deben someterse siempre a larga y reposada reflexión, pero la ley sobre reuniones populares no se lo permite y su acción no pueda ser otra que la de conservar el orden", etc. Seguidamente se abundaba en las razones antedichas contrarias al gobierno de Huerta, y se transcribía, por estimarlo coincidente en sus directivas, el artículo de *La Vanguardia* antes aludido.

La oposición nacionalista acusó entonces al Presidente de la República de ser partidario del intervencionismo de los Estados Unidos en los asuntos internos de las repúblicas hispanoamericanas, y por ello haber ordenado el apaleamiento de los manifestantes.

El asunto se llevó a la Cámara de Representantes. En la sesión del 30 de abril de 1914, el líder nacionalista Luis Alberto de Herrera interpeló al gobierno y reclamó la presencia del Ministro de Relaciones Exteriores, "que después de la manifestación había visitado al embajador de los Estados Unidos para pedirle disculpas por los gritos del público, "Muera los Estados Unidos", y el intento de atacar la Legación". En el debate intervinieron los más brillantes tribunos parlamentarios de la época, Washington Beltrán, Julio María Sosa, César Miranda, y el debate se prolongó durante toda la sesión y en la correspondiente al sábado 2 de mayo de 1914.

El gobierno, que tenía holgada mayoría, desechó la acusación y reiteró su confianza de que la intervención terminaría pronto y no afectaría la independencia mexicana. Ciertos episodios muestran cómo se encontraba obligado a dar algunas satisfacciones a una opinión pública que seguía fervorosamente la causa de México, sin pronunciarse en general, justo e decirlo, sobre el problema exclusivamente mexicano Huerta-Carranza.

El diario *El Día*, en su edición del 3 de mayo, publicó un cambio de correspondencia entre el Presidente de la República y el ex Ministro de Relaciones Exteriores Emilio Barbaroux, demostrando que el gobierno nunca reconoció como jefe del Estado mexicano al general Huerta, y mostrando las razones políticas que le llevaron a esa actitud. Días más tarde el jefe de policía de la capital, Virgilio Sampognaro, concurrió al Círculo de la Prensa y, so pretexto de conocer la situación de algunos periodistas que se encontraban entre los heridos por los sucesos de la manifestación del 25 de abril, dio explicaciones sobre la actitud de las fuerzas a su cargo.

De más está decir que todos estos episodios reforzaron la adhesión a la causa mexicana y pusieron más en evidencia el sentimiento nacionalista de escritores, estudiantes, etc. En las semanas siguientes, la prensa afecta a México publicó sensacionales correspondencias contra la intervención yanqui bajo títulos como éste de Luigi Barzini, en *La Democracia*: "Una conquista más feroz que una guerra".

Un tema interesante sería estudiar la incidencia de la legislación, especialmente la de tipo social, sobre la elaboración de las leyes y disposiciones similares uruguayas. Debe observarse, ante

todo, que en 1917 y simultáneamente en México y Uruguay se aprueban textos constitucionales que serán estimados, por muchos años, como los más adelantados no solamente de la América hispánica, sino incluso en el plano internacional.

Que en el Uruguay se sigue con atención en esos años la legislación nueva de México, resulta de la lectura de la prensa. Así en *La Batalla* de Montevideo, "periódico de ideas y crítica" publicado quincenalmente por el movimiento libertario, en la edición de la primera quincena de junio de 1916 se lee bajo la firma de Angel Morelli y en un extenso artículo de primera plana intitulado "Méjico":

Se está procediendo a una reforma legislativa tendiente a sancionar una serie inmensa de derechos adquiridos por la Revolución, que causa asombro, máxime tratándose de Méjico, y que deja muy atrás el programa político de Batlle, considerado como el más avanzado de América. Y en todos los decretos y cláusulas gubernativas, especialmente de aquellos Estados de la federación donde la lucha es más cruenta y tiene un objetivo humano, campea un lenguaje completamente nuevo que dice mucho del espíritu revolucionario que lo motiva...

Todo otro capítulo de la resonancia de la Revolución mexicana en el Uruguay correspondería al eco obtenido por el agrarismo zapatista.

Ya la prensa simpatizante con el "magonismo" comenzó a llamar la atención sobre Zapata y, como vimos, el mismo periódico *Regeneración* puso muy en alto la estima que por Emiliano Zapata y sus huestes sentían los revolucionarios mexicanos.

Con fecha 30 de diciembre de 1917, el semanario libertario *La Batalla* de Montevideo manifiesta lo siguiente:

Probablemente para muchos será una novedad saber que en México aún se está en revolución, a pesar de haber transcurrido unos siete años desde la caída del tirano Díaz y de existir actualmente un "presidente" que se llama Venustiano Carranza. Pues bien, en México aún existe la revolución y no es menos de la cuarta parte del territorio la que está en poder de los funcionarios encabezados por los hermanos Zapata.

Seguidamente se cita la fuente de su información, que se manifestará abundantemente en Montevideo por lo menos durante dos años, casi hasta el 10 de abril de 1919 en que desaparece físicamente el gran líder popular agrarista. Esa fuente es el agente de Zapata en Cuba, general Jenaro Amezcuá, que realiza una "jira de propaganda" en la isla antillana y mantiene una amplia correspondencia con periódicos y centros del Río de la Plata.

En Montevideo se difunde bastante el volumen intitulado *Méjico revolucionario* (8), donde, aparte del Plan de Ayala, las leyes agrarias de Morelos de 1916, los manifiestos de Zapata, algunos textos de Antonio Díaz Soto y Gama y ciertos artículos de actualidad política tomados casi siempre de *El Sur de Morelos*, hay unas escasas páginas en que se intenta mostrar la resonancia de la Revolución mexicana en el extranjero. Con excepción de las declaraciones del general Amezcuá a la prensa cubana, el resto es exclusivamente de origen rioplatense, pues allí leemos el ya conocido manifiesto del doctor Juan Creaghe, el artículo de *La Batalla* antes aludido y un texto de ocho páginas suscrito por J. Vidal, intitulado "Historia de la revolución económica en México. Montevideo, Uruguay, Edic. de 1918", que por esa denominación podría suponerse originariamente un folleto, aunque nada similar he encontrado en la conocida bibliografía de Max Nettlau ni en los repositorios de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

En cuanto a su autor, hay en el movimiento obrero de esos años dos personas del mismo nombre y apellido: el administrador de un periódico anarco-individualista, *El Hombre*, de cierta gravitación en el medio, y el animador de la Federación Sudamericana de Piqueteros, con sede en Montevideo. La preocupación economista que denota el autor, y el mismo hecho que destaca en su escrito de que los datos que relata son "adquiridos personalmente durante nuestra permanencia en México, a más de estar relacionados por espacio de algunos años con los liberales mexicanos", posible por su misma situación como sindicalista, hacen pensar que se trata del

(8) *Méjico revolucionario. / A los pueblos / de / Europa y América. / 1910-1918. / Imprenta / Espinosa, Ferré & Co. / Amaralga 77 y 79. / Habana.*

segundo indicado. Se notará que esta persona es casualmente citada en la carta antes transcrita de Flores Magón a *Tiempos Nuevos* de Montevideo del año 1914. Sería interesante fijar sus andanzas en México.

A su juicio, "la revolución actual de México representa para el progreso humano un gran paso hacia la verdadera libertad, realizándose un cambio sorprendente de principios en las luchas populares, que nos hace entrever a los libertarios una esperanza próxima a realizarse y una victoria cercana a nuestras aspiraciones comunistas". Vidal encuentra en el movimiento mexicano la alborada de nada menos que la Revolución Socialista Mundial ("el movimiento histórico de la revolución humana ha tomado como punto de partida los hermosos campos de México"), y habla de la próxima liberación de los "proletarios tropicales" de la América central, y de las repercusiones en la América del Sur e incluso en Europa. "La señal vendrá de América..."

El general Amezcua mantiene viva la relación con Montevideo durante bastante tiempo. Hemos visto una fotografía suya dedicada en términos líricos —al estilo de la época— a María Collazo, redactora responsable de *La Batalla*, mujer efectivamente de gran temple y seguramente una de las personalidades femeninas más destacadas de la historia social del Río de la Plata.

Ese mismo periódico edita hacia 1918 una hoja suelta, en gran formato, intitulada "El comunismo en México", donde se transcribe íntegramente el artículo de Edgecomb Pinchon (9) sobre el Estado de Morelos, publicado antes en el *Pearson's Magazine*. Seguramente este artículo, destinado a la gran prensa, pleno de anécdotas y hecho con simpatía por el zapatismo, es conocido en México.

En cuanto a Montevideo y al ambiente obrero en que se difunde, sólo explica el hecho la gran solidaridad que despertaba popularmente México. Allí hay frases como ésta: "Siete años de libertad

(9) Se observará que, a pesar de la grafía distinta, se trata de Edgecomb Pinchon, el conocido escritor norteamericano, autor de la biografía novelada *Viva Villa*, que ha alcanzado en su versión española dos ediciones en el Río de la Plata.

han cambiado al peón en una escultura viva muy parecida a la que imaginara para los hombres del Norte Walt Whitman" (sic).

Posiblemente podrían señalarse en México las contrapruebas del interés que su revolución despertaba en el Uruguay. Por lo pronto, la actividad de Amezcua sobre el zapatismo llega a conocimiento de los líderes agraristas. Así lo declara expresamente el citado general en declaraciones que hace al periódico *La Discusión* de La Habana el 15 de abril de 1918 (10). Señalemos asimismo un breve escrito firmado por Emiliano Zapata, que Amezcua publica en *El Mundo* del 10 de mayo de 1918, documento muy interesante en que se traza un breve paralelo entre la Revolución rusa y el movimiento agrarista mexicano, especialmente en el plano de su resonancia mundial (11).

Finalmente, José C. Valadés nos proporciona personalmente un dato interesante, pues asegura haber visto en la papelería de doña Juana Gutiérrez de Mendoza, preclara combatiente del zapatismo, cartas de Montevideo de doña María Collazo, redactora responsable de *La Batalla*. Desgraciadamente no he encontrado en Montevideo el material epistolar correspondiente de México.

En la década de los años 1920 a 1930 el tema mexicano pierde naturalmente su lugar especial en los periódicos, manifiestos, mítines

(10) Transcritas en las pp. 166 ss. del mencionado libro *Méjico revolucionario*, en los siguientes términos: "Sí, señor, a la presente, universalmente es conocida la Revolución del Sur. En los archivos del Cuartel General obra ya la enorme correspondencia que se refiere a las muestras de simpatía que hacen a nuestra causa centenares de diarios, de revistas ilustradas, grandes centros de obreros, hombres eminentes en las letras y en las artes de los Estados Unidos, Francia, España y de varias repúblicas de este Continente."

(11) *Méjico revolucionario*, p. 184: "Por eso es tan interesante la labor de difusión y de propaganda emprendida por ustedes en pro de la verdad; por eso deberán acudir a todos los centros y agrupaciones obreras del mundo, para hacerles sentir la imperiosa necesidad de acometer a la vez y de realizar juntamente las dos empresas: educar al obrero para la lucha y formar la conciencia del campesino."

nes de la extrema izquierda, pero en cambio arraiga firmemente en el ambiente intelectual. Un Comité de Amigos de México es presidido por la escritora Clotilde Luisi y propicia una serie de importantes conferencias en el Ateneo de Montevideo, donde intervienen incluso varios mexicanos, como Alfonso Reyes (ministro embajador en Buenos Aires), Lerdo de Tejada (también en el servicio diplomático), el entonces agregado obrero de la Embajada de México en la Argentina, Carlos Gracidas, etc. Entre los uruguayos es significativa la presencia del fundador del Partido Socialista Uruguayo, doctor Emilio Frugoni, quien pronuncia dos conferencias en agosto de 1928 (12).

En su exposición, Frugoni justifica ampliamente la elección de su tema:

Todo país es una lección en el mundo... Entre todas las naciones de América ninguna atrae tanto en la actualidad la atención curiosa del sociólogo, del historiador, del estadista, como Méjico. Es él un campo en el que se está realizando una verdadera fábrica de porvenir y en el que libran grandes batallas fuerzas sociales que no han renunciado todavía desgraciadamente del todo al empleo de la violencia y de las armas... Mientras el gobierno federal y el de algunos Estados, especialmente el de Yucatán, se entregaban con plausible ardor y a veces con admirable empeño a la obra de la reconstrucción nacional sobre las bases de una legislación avanzada, dando solución a los problemas vitales, levantando el edificio de una organización jurídica inspirada en un sabio espíritu de justicia social y luchando, por otra parte, con un abrumador pasivo histórico, se desataba por todo el mundo una campaña de descrédito, de difamación contra la situación política mejicana, que es, naturalmente, la obra de todas las fuerzas reaccionarias, pero que tiene dos fuentes principales: una, el capitalismo norteamericano; otra, el clero católico afectado en sus tradicionales privilegios (13).

(12) Recogidas en el volumen *La lección de Méjico*, Montevideo, 1928; 40 pp.

(13) E. Frugoni, *La lección de Méjico*, pp. 5-6.

Sobre el problema de la calificación del movimiento histórico mexicano, cuya calidad revolucionaria había sido negada enfáticamente al principio en la prensa socialista uruguaya, Frugoni adopta una actitud más comprensiva, influido por el balance de los años transcurridos. A su juicio, es el mexicano "un movimiento de innegable trascendencia social, una verdadera revolución agraria, sean cuales fueren las modalidades que, por encima de todo eso, hayan podido imponer las rivalidades de las diversas y numerosas fracciones". Pero su apoyo a la Revolución mexicana —que nunca califica de social— es siempre crítico. "Existen —dice— signos de atraso político, como ser: marcado predominio presidencialista, caudillismo, fanatismo personalista, corrupción en algunos funcionarios administrativos."

Estas dos conferencias, más que teorizar sobre el problema ideológico, se ahincan en cuestiones muy concretas: la cuestión del petróleo y el problema religioso. También aluden brevemente a la reforma agraria, y la primera concluye con estas palabras:

Podemos llegar a la conclusión de que Méjico ha realizado su revolución francesa, frente al feudalismo territorial persistente en el cuerpo orgánico de la nación. Pero es una revolución francesa que viene naturalmente impulsada e influída por las corrientes espirituales, económicas y sociales del siglo en que se realiza.

Hace un gran elogio de Emiliano Zapata y de la obra educativa de Vasconcelos bajo la presidencia de Obregón. El folleto abunda en cifras, fechas, citas, y su información es en buena parte oficial. Cita, entre los autores mexicanos, a Vasconcelos, a Vicente Lombardo Tedesco (sic, por Toledano), al ingeniero Luis León, extensamente a Pérez Lugo, y al dominicano Henríquez Ureña.

La segunda y última de las conferencias termina con estas palabras definitorias, que harían suyas todos los integrantes de la intelectualidad progresista uruguaya: "En esta hora han de estar con Méjico todos los espíritus modernos y avanzados, como contra Méjico todos los espíritus obstinadamente conservadores, reaccionarios y retrógrados."

Efectivamente, no han faltado, ni podrían faltar en el Uruguay, las voces de crítica y reprobación de la Revolución mexicana. Su

importancia es mucho menor que la correspondiente al núcleo de los "mexicanistas", pero su existencia permite mostrar la trascendencia del fenómeno histórico de México, y trazar en el interior de la sociedad uruguaya una frontera significativa.

Por 1911 se publica en Montevideo un folleto anónimo en que se critica duramente a la Revolución mexicana, mostrándola como un ejemplo de los excesos revolucionarios consentidos por gobiernos perversos. La intención era, evidentemente, influir en el ámbito nacional uruguayo en un año de huelgas y nuevos proyectos de legislación social, que inicia la segunda presidencia de Batlle.

Por desgracia, no estamos en condiciones de proporcionar más informes sobre esta publicación, a la cual debo referirme por datos de segunda mano.

En 1917, cuando se discute la Constitución uruguaya que (entre otras novedades) separa la Iglesia del Estado, o, mejor dicho, confirma una separación ya producida entre ambas instituciones y en todos los terrenos desde hacia varios años, aparece un libro de Ariosto González intitulado *La persecución religiosa en México*. Su autor, católico militante y muy conocido historiador, argüimenta contra "los excesos revolucionarios" anticatólicos en la República mexicana. La obra tiene una relativa difusión y, por cierto, no posee la acritud de la mayoría de los escritos de este tipo y origen.

Podría extenderse este ensayo hasta nuestros días y precisar mejor ciertas épocas y el reflejo de ciertos personajes, como por ejemplo el muy sugestivo de Pancho Villa y posteriormente de José Vasconcelos y Lázaro Cárdenas. Pero las páginas que anteceden tal vez sean suficientes para indicar un camino y abrir una senda en que la tradicional amistad de dos repúblicas democráticas se pueda encontrar en el plano de la investigación histórica.

INDICE

	Pág.
PROLOGO	7
INTRODUCCION	12
Cap. I. — LAS CLASES POPULARES EN LA REVOLUCION INDEPENDENTISTA LATINOAMERICANA Y PARTICULARMENTE DEL RIO DE LA PLATA, 1810-1830	24
Cap. II. — LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE AMERICA LATINA EN EL SIGLO XIX	34
Cap. III. — AMERICA LATINA Y LA PRIMERA INTERNACIONAL	49
Cap. IV. — LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DE AMERICA LATINA EN EL SIGLO XX	62
Cap. V. — EL MOVIMIENTO SOCIAL Y OBRERO EN AMERICA AUSTRAL: ARGENTINA, CHILE Y URUGUAY de 1929 a 1939	51
APENDICE — La Revolución Mexicana en el Uruguay	113

NOTICIA:

Los textos de los cinco capítulos fueron presentados, discutidos y aceptados en los Coloquios científicos de: Viena (1965), Roma (1955), París (1964), Burdeos (1963) y Estocolmo (1960).

El texto del Apéndice se publicó la primera vez en la revista "Historia Mexicana", México.

HD8110.5 R3



a39001 002015348b

Este libro se terminó de imprimir en EL SIGLO ILUSTRADO, calle
Y1 1276, Montevideo (Uruguay) para la Editorial PALESTRA, Bue-
nos Aires-Montevideo, el dia 15 de abril de 1967, al cuidado del autor.

mo profesor de la Universidad de Montevideo.

En lo internacional, a una profusa docencia en cursos y conferencias en Europa y América, Carlos M. Rama une el prestigio del Doctorado de la Universidad de París (Historia - Sociología) y con la misma orientación señalada, sus obras de trascendencia internacional: **La crisis española del Siglo Veinte** (Fondo de Cultura Económica, México) editado en Francia por Fribbacher; **Teoría de la Historia e Itinerario español** (Editorial Nôva, Buenos Aires)."

OTRAS OBRAS DEL MISMO SELLO

Carlos M. Rama. — **Revolución social y fascismo en el Siglo XX.**

Rosa Raicher de Schapire. — **Nacionalismos e imperialismos en el Cercano Oriente.**

Caio Prado Junior. — **Evolución política del Brasil.**

Juan José Arévalo. — **Fábula del Tiburón y las Sardinas.**

Josef Polisensky. — **Desarrollo social y político de Europa Central.**

Martín Buber-Penimí. — **Judeos en la URSS.**

Editorial PALESTRA

Buenos Aires - Montevideo

Peña 2451 (Bs. Aires)

Yí 1276 (Montevideo)



Editorial
PALESTRA